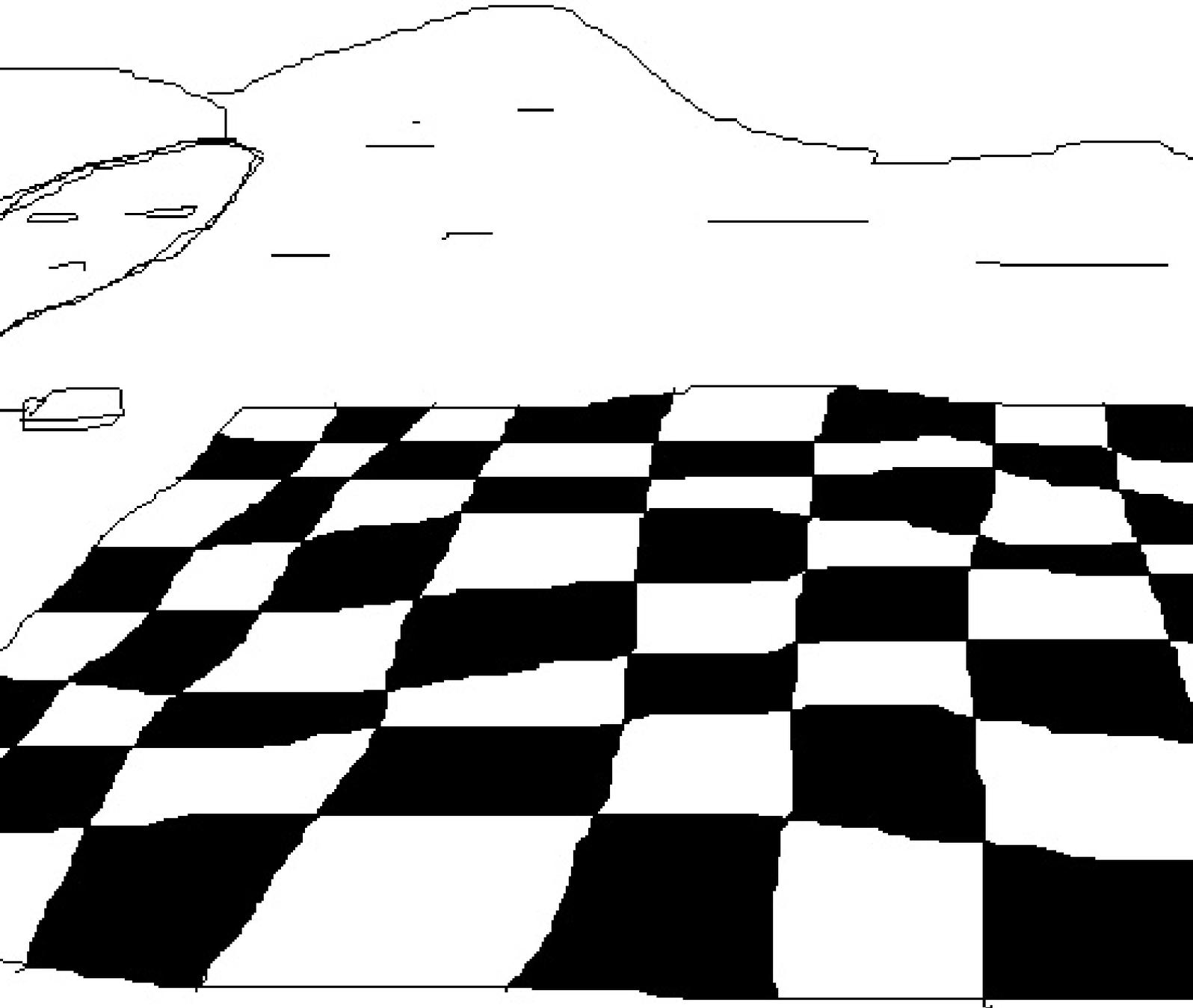


Entendimiento Sintético

Eduardo Mendoza A.



Capítulo 1

La entrevista.

¿Y bien? ¿Cómo empezar? Lo cierto es que todo fue muy confuso al principio. Y me gustaría decirte que sólo fue al principio; adoraría poder decir que todo aquello se fue aclarando poco a poco, pero mentiría.

El profesor Mario era en muchos sentidos exótico. Siempre tenía una respuesta para todo y "todo debía tener una respuesta" según sus palabras. Vaya cliché, un profesor que cree que todo tiene respuestas. Lo cierto es que sea lo que fuere, esa tarde me hallé sentado frente a él, frente a alguien que nunca había visto ¡vaya! Que no sabía que diera clases en mi escuela. No había tenido compañeros que lo criticaran, o profesores que lo alabaran. Sería justo decir que de hecho él era un ente desconocido en aquel campus. No puedo evitar comentar que mientras me dirigía hacia su cubículo dudé si sería buena idea presentarme.

Sinceramente no tenía mucho más que hacer, pues en aquel tiempo el semestre había concluido y con él mis estudios de licenciatura. Para mí, el siguiente paso sería una maestría, una decisión casi trillada por esos lares. Pero hubo algo, al ver ese papel pegado en las noticias semanales, no pude evitar sentir una atracción irrefrenable. No tenía colores vivos o letras góticas, ni siquiera era interesante lo que decía. Cuando lo vi ya tenía algunos otros anuncios encima: clases de regularización, mochilas extraviadas, lo de siempre. Pero no tuve respuesta al ver esas simples palabras: "Investigador IA", seguidas de: "Se solicita pasante para investigación en Inteligencia Artificial" y finalizaba con: "Sin pago".

Sinceramente ahora que lo pienso no tenía nada de llamativo, sin embargo, cabe mencionar que no fui el único que se presentó, otros cinco estudiantes animados por la idea de investigar Inteligencia Artificial tuvieron el mismo impulso que yo, el cual no fue otro que desenmarañar los secretos de ese cartel tan poco común.

Al entrar en aquél cubículo lo primero que pasó por mi mente fue: "pequeño", sí, como ese juego de describir en una palabra lo que pasa por tu mente un segundo después de ver algo, así se redujeron mis posibilidades a ese adjetivo. El profesor Mario se encontraba sentado tras un escritorio que claramente llevaba demasiado tiempo en el inventario de esa institución. En el interior del cubículo se encontraban dos libreros, uno detrás del profesor y el otro a un costado de la ventana, éste último, tapaba la poca luz que podía entrar en aquel lugar. Los mismos no contenían más que unos cuantos libros y muchas hojas desordenadas. El pizarrón se encontraba frente al profesor y a lado de la puerta había un perchero sin ningún artículo en él. Finalmente una silla que parecía aún

más antigua que el escritorio te posicionaba de espaldas al pizarrón y en frente de aquel sujeto absorto en unas notas que aparentemente había escrito ese mismo día.

Él sin embargo, me pareció bastante agradable; una vez sentado, como si de una recompensa por haber hallado el asiento se tratase, dejó sus notas de lado, y con una sonrisa comenzó aquella entrevista.

– Hola – me dijo – bienvenido, ¿deseas algo de tomar? Tengo café, té o agua.

– No gracias – le respondí – vengo por el anuncio del muro, quisiera saber un poco más de qué se trata.

– Ah, el anuncio. Debí ponerle fecha, quizá así no hubieras perdido tu tiempo. Eres el sexto que se presenta pero ya hace un mes que decidí prescindir de ayudante.

Al escucharle decir eso me sentí tonto, claramente había sido un error presentarme y lo primero que me vino a la mente fue darle las gracias y salir, pero por alguna razón me interesó saber porqué había tomado esa decisión.

– Bueno lamento escuchar eso – le dije – ¿ha cancelado el proyecto?

No – contestó volviendo a sus notas – el proyecto sigue sin retrasos.

Se le veía bastante tranquilo y esa fue su única respuesta, no dio más explicaciones y, de repente, cuando me disponía a levantarme, fijó nuevamente su mirada en mí y con un gesto meditabundo me dijo.

– ¿Cómo se te ha ocurrido cuestionar si el proyecto sigue en pie? Si pones atención a mi oración, dije que había decidido no tomar a ninguno de los candidatos, eso claramente indica que la investigación sigue su marcha, pero tu pregunta fue, por otro lado, si el proyecto seguía en pie...

En ese momento se levantó pasando la mirada por toda la habitación, evidentemente pensando en esas palabras, repitiéndolas una y otra vez. Fue entonces cuando noté la figura del profesor, era un tipo alto, de complexión delgada, tez clara, vestimenta juvenil; a pesar de sus 45 años aproximadamente. Tenía la camisa desabotonada en la parte superior y arremangada, la corbata floja, con jeans y cinturón informal; en realidad vestía una combinación cómoda y agradable a la vez. Sus barbas crecidas y semi canosas y su cabello medio alborotado le daban una apariencia cómica pero respetable, como un tipo que te denota seguridad y sencillez en una misma escala.

Al no entender su cavilación decidí no contestar hasta que aclarara sus ideas del todo, pero de algún modo me intrigó saber qué lo había hecho pensar de ese modo y sin darme cuenta me vi contemplando igual que él el significado de aquellas palabras.

Cómico, sería el calificativo que daría en primera instancia a aquel escenario, pocos minutos después de mi llegada ya nos encontrábamos pensando y sin decir palabra, justo como haríamos frecuentemente de ahí en más. Porque, verás, ese era el modo en que el profesor Mario sobrellevaba todo lo que para los demás es cotidiano. Él trataba de analizar hasta aquello que para los demás no requería análisis alguno. Tenía una necesidad intrínseca de comprender no el significado, sino el camino sinuoso que te llevaba a él.

De pronto, me vino una idea a la mente, estoy seguro que esa idea fue la razón de que nuestros caminos se estrecharan, pues bastó ver la reacción del catedrático para comprender que estábamos conectados.

– Fue el camino de mayor peso – contesté como comprendiendo de pronto todo aquello.

– ¿A qué te refieres? – me inquirió saliendo inmediatamente de su meditación.

– Verá usted, la realidad es que tenía muchas respuestas posibles a una decepción tal, podía, por ejemplo, romper en llanto, enfurecerme, o simplemente aceptarlo sin importancia y salir de aquí con un gesto amigable, pero ninguna de esas opciones me agradó, yo quería saber la razón de su decisión. Para no preguntar directamente me vi obligado a tomar el camino, suponiendo que cada respuesta es un camino, que me acercara a interrogarlo sin interrogarle ¿me explico?

– ¡Sigue!, ¡sigue! – dijo con un gesto de asombro.

– Pues bien, digamos que ingeniosamente le herí el orgullo, puesto que mi pregunta terminó tomando un significado de fracaso en su proyecto, a lo que evidentemente vendría una explicación más extensa de los motivos que lo llevaron al punto en cuestión. Pero su pregunta no es ¿por qué? Sino ¿cómo? ¿cómo se me ocurrió formular esa pregunta? Pues bien, la respuesta es que tengo un carácter inquisitivo e ingenioso, algunos le llaman "Ingeniería Social". Puedo algunas veces conseguir respuestas sin hacer preguntas o mejor dicho cuestionar rodeando el objetivo real. Sin embargo, – continué cada vez más emocionado – la verdadera respuesta a su pregunta profesor, no es otra que: "me dio la gana", y esto es porque si tuviera hambre, sueño, aburrimiento, etc... hubiera tomado un camino menos sinuoso, lo que significa que en otro contexto mis acciones cambiarían radicalmente, aún siendo yo, aún teniendo el carácter que me hacer ser yo. Puedo repetir este escenario con cambios tan claros que se

podría llegar a pensarse que alguien más está en mi lugar, puesto que hasta tenemos la capacidad de sorprendernos a nosotros mismos tomando sendas inimaginables. Así pues, y siendo aún más claro, la respuesta a su pregunta cambia con cada segundo que paso aquí.

Lo sé, ese argumento marearía al compañero más brillante, a tal grado, que me hubiera llamado "loco", pero no al profesor Mario. Él abrió los ojos de manera exagerada mientras se acercaba lentamente a su silla, sin despegar su mirada de la mía. Tomó asiento, y tras unos segundos de asombro me dijo mientras me extendía la mano – bienvenido – casi como un susurro, y esta vez no como la primera vez, en esta ocasión me estaba diciendo que había sido seleccionado como su asistente.

Poco después de aquel protocolo comenzó la explicación. El profesor Mario se dispuso a exponer su proyecto, indicando el procedimiento a seguir y lo más importante, las conclusiones que deseaba obtener. Quiero pensar que fui el primero en escuchar esas palabras sin soltarse a carcajadas, porque resulta que, en esa escuela, en aquel edificio y dentro del cubículo más pequeño que había visto, dos sujetos se reunirían todos los días con la finalidad de hacer un ente electrónico-inteligente. No, no es la primera vez que se escucha eso, menos aún la primera ocasión en que se intenta dotar a una computadora de la inteligencia humana. Basta con abrir un libro o acceder a un buscador en Internet para saber que desde que el primer aparato de esta naturaleza fue encendido, se vislumbró tal quimera. Y esto es, sencillamente, debido a que el cerebro humano, el órgano que nos da la capacidad de ser inteligentes, es la musa que vino a inspirar la creación del dispositivo más complejo que ha construido el intelecto humano. Con estas razones sobre la mesa, ¿quién osa negar la magnitud que dicho invento, o descubrimiento, tiene? Y digo descubrimiento porque al no existir aparato semejante nadie es capaz de decir el rumbo que se tomará para llegar a él.

La exposición del profesor Mario no pudo ser menos que inspiradora. Alguien con tal ambición tuvo el tiempo de masticar las palabras, y pulirlas, hasta transformar todo aquello en un poema. Me sentí escuchando al ingeniero que había llevado al hombre a la luna, escuchando al hermano Wright compartiendo su idea loca por primera vez con aquel de su misma sangre, y ¿porqué no? Me sentí en presencia de Nikola Tesla, Albert Einstein, Copérnico y cuanto genio llamado loco en vísperas de sus más imponentes descubrimientos. Aunque, puedo decir que toda esa palabrería estaba de sobra, pues yo me había hecho presente esa misma tarde porque, simplemente, compartía en mayor o menor grado la locura de este hombre. Pero la parte más importante de este monólogo estaba por venir, aquella que demostraba qué tan fuera de sus cabales podía estar mi nuevo mentor.

– ¿Cómo construiremos este ser inteligente? – pregunté de forma

maquinal.

Entonces mi mentor fijó su mirada hacía arriba a la izquierda (hacia su centro de memoria) y dijo claramente evadiéndome.

– ¿Cuál es tu nombre?

– Rodolfo – contesté.

– Te llamaré “fito”, soy malo para recordar nombres, y tú por tu parte podrás llamarme “profe”, creo que lo mejor es tener una relación simple, porque lo complicado vendrá muy pronto. Ahora – dijo levantándose y conduciéndome a la salida – dejemos la teoría de lado y descansemos, mañana te veré a las diez de la mañana más o menos, hasta entonces.

Fue la primera vez que le vi, y diez minutos de entrevista bastaron para sellar una relación que buscaba a toda costa conseguir una meta tan poco realista como la conquista de las galaxias.

El camino a casa esa ocasión fue corto, más corto de lo que nunca había sido. No recuerdo a ciencia cierta qué ocurrió, quizá tropecé un par de veces, quizá hasta fui saludado por algún conocido, pero nada de eso quedó registrado en mi memoria, pues durante todo el trayecto al cuarto número 4 del edificio P que me fue asignado en aquella universidad, no pude atender a otra cosa que no fuera mi cavilación provocada por tan extraño encuentro. Lamento decir que ni siquiera pensé en mi futuro, en qué ocurriría con mis estudios de posgrado o qué diría a mis padres que se encontraban a más de 300 kilómetros de distancia, los cuales no habían tenido preocupación alguna por mí desde que la beca escolar me permitía continuar sin solicitarles respaldo alguno.

En aquél momento sólo pensaba en qué tan probable era alcanzar la meta propuesta por aquel casi conocido. Sus argumentos habían sido nulos, sólo hablaba de sueños infundados y deseos de triunfo, porque eso era, un triunfo, un paso que de lograrse colocaría a la humanidad en un punto tan sobresaliente como el descubrimiento del fuego mismo. Y de a poco, mis pensamientos se centraron en lo que vendría de un descubrimiento tal, y vaya que la ciencia ficción a ayudado de manera importante a imaginar el mundo que sobrevendría después de la Inteligencia artificial, la que fuera dotada de verdadera inteligencia. Por supuesto se hablaba de muerte, de comportamiento fuera de los límites del ser humano, porque aquello no era humano; de dominación, en fin, un claro miedo soportaba el endeble sueño de crear algo que no se comprendía del todo, porque ¿qué se sabía de la inteligencia? Ni siquiera somos capaces de definirnos del todo, de comprendernos del todo. Un hueco así de grande no se solventa fácilmente, es por eso precisamente que no se ha logrado

semejante meta.

Cuando por fin me hallé dentro de mi habitación, fui tumbado de aquella nube que me había creado el profesor Mario y caí de lleno en la realidad. Una nota pasada bajo la puerta venía a recordarme lo que había dejado de tener presente esa tarde, después de la entrevista. La nota decía:

“Estimado Licenciado en Sistemas Rodolfo Ramirez, le informamos que para continuar con los beneficios de la beca Tomás Monsanto, es necesario que en el transcurso de la semana haga llegar al comité académico su carta de aceptación en alguna de las maestrías del Instituto de Posgrados. Así mismo, le informaremos del nuevo esquema de pago y de las propuestas de vivienda que puede usted elegir una vez aceptado.

Sin más por el momento queda de usted el Dr. Juan Márquez.”

Esa nota poco formal, era de mi asesor de Tesis de licenciatura, el doctor Márquez. Al ser miembro del comité académico sabía muy bien mi posición y conocía mis intenciones de continuar con mis estudios de maestría, sin embargo, no tenía conciencia de mi nueva incursión en la investigación. Decidí que al día siguiente le comunicaría mi nueva empresa, quizá podría acceder a otra beca, o incluso a alguna plaza de investigador novato, aunque no sabía cómo se manejaba todo aquello supuse que habría alguna forma de proseguir mis estudios con el profesor Mario.

Tras leer algunos correos y tomar un descanso decidí investigar un poco más sobre la IA. Encontré varios artículos relacionados a la creación de aparatos cotidianos, era evidente que el mejor uso que se le había dado hasta ahora era el de servir a la humanidad, facilitándole sus labores. Se veían aparatos electrónicos que iban desde autos que se conducen solos hasta nano robots, algunos también habían sido hechos para platicar, jugar ajedrez, reconocer rostros e incluso caminar. En Japón, país donde se toman muy en serio este tema, habían construido un robot que se parecía mucho a un ser humano, podía caminar, hablar y obedecer algunas ordenes. Sin embargo, que lejos estábamos aún de nuestro sueño, bastaba ver algunos logros para notar que todo aquello se encontraba en sus albores. Eso no me decepcionó.

Capítulo 2

Una dosis de realidad.

La mañana del 21 de septiembre me sentía renovado, ese jueves no se sentía como ningún otro, sería el comienzo de una carrera que traería mejores cosas para mí, aún después de ver lo complicado de la empresa, noté que si fallaba sería una experiencia más por agregar a mi trayectoria universitaria. "Investigador IA". – me dije – Imaginé que obtendría becas en todo el mundo, trabajando en laboratorios en Cambridge, recorriendo países, dando conferencias, en fin, me sentía muy afortunado de poder pertenecer a algo semejante.

Al salir tomé mi paraguas, era una mañana lluviosa, y eso bastó para mejorar aún más mi humor, pues me encantan los días fríos y nublados. Caminé tranquilamente, aún faltaba media hora para mi cita con el profesor Mario, así que compré un café expreso y me dirigí a aquel cubículo mientras contemplaba el paisaje. Es gracioso que a veces, justo antes de una decepción, podemos disfrutar a plenitud el porvenir. Pero desgraciadamente esa mañana de septiembre no fue del todo bella, pues al llegar con el profe, tan seco como me fue posible, una sensación agrídulce me empapó.

Encontré al catedrático empacando los últimos libros que "llenaban" sus libreros, con una mirada desencajada y un poco más distraída de lo habitual. Y si llamo agrídulce a la sensación que me embargó en ese momento, fue porque con él se encontraba una joven muy hermosa, ayudando a la tarea de mudanza que evidentemente había emprendido el profe aquella mañana. Al pasar, ella me miró con ojos de sorpresa, tras un saludo de cortesía me acerqué al profe y le pregunté por la situación.

– Bueno no es nada – me dijo – simplemente he terminado mi labor aquí y continuaré mi trabajo desde casa, el mes pasado me habían anunciado la decisión del comité.

Al fin entendí la razón por la que había decidido no tener asistente para su investigación, sin embargo, no me quedaba claro el que no me comentara tal suceso. De cualquier modo, no pensé mucho en ello, mi concentración se iba hacia esa joven de unos 20 años de edad, tes clara, esbelta, de rasgos finos y hermosos. La veía de reojo y ella no había apartado su mirada de mí, inquisitiva y curiosa.

– Pero no comprendo – dije al fin – ¿cómo se realizará la investigación?

- No te preocupes por eso, a unos minutos de aquí se encuentra mi casa.
- contestó - Ahí tengo todo lo necesario para la investigación.

No pude evitar notar que la joven mencionada frunció ligeramente los labios tras escuchar esas palabras y dijo sin ningún tapujo por mi presencia.

- Papá, no es posible que pienses aún en eso, sabes bien que necesitas de tu plaza para poder pagar los gastos, renunciar así como así no te llevará a nada bueno, además ¿has pensado en el tiempo que tardarás en tu investigación? ¡podría llevar años! Necesitas pensar en algo más realista.

- Calma Mary, calma - dijo volviéndose hacia ella en un tono bastante paternal - sólo haré algunos sacrificios, además es en pos de la ciencia. Anda - continuó, recordando que yo estaba ahí - ve por un café mientras converso un poco con fito ¡oh qué descuidado soy! Mary, él es fito, es el asistente del que te platicué, fito ella es mi hija Mary. Como verás está un poco preocupada por la situación, pero pronto verá los avances que tendremos y se sentirá más segura con respecto a nuestro trabajo.

Su saludo fue mas que despreciativo. Tras darme la mano salió del cubículo, no sin antes mirar a su padre, para, acto seguido, mirar hacia arriba y cerrar la puerta tras ella. Fue entonces cuando el profesor se dispuso a explicar la situación tal cual se encontraba.

- Deberás disculparla, - comentó - ella se preocupa mucho por mí desde el divorcio; como era natural vive con su madre, pero no hablaremos de eso. La razón de que no te haya informado sobre este pequeño cambio es porque simplemente no afecta en lo más mínimo nuestro proyecto. Tuve un mes para preparar las pizarras y algunos equipos de cómputo que nos ayudarán en nuestra labor.

- Sin embargo, - le contesté en un tono algo desapegado ya del proyecto - yo por mi parte tengo pensado realizar estudios de posgrado, suponía pues, que éstos podrían ser llevados en el desarrollo del proyecto, mediante un arreglo con la institución. Pero creo que usted ya no pertenece a institución alguna ¿cierto?

- ¡POSGRADOS! - dijo con voz fuerte, creo que aumentada por la falta de objetos en aquel pequeño cubículo - ellos no saben nada, no piensan en nada fuera de sus rígidos libros.

No pude evitar notar que esas palabras salían de él debido a algún desacuerdo con los catedráticos, sus colegas claramente no lo veían como un igual, quizá lo vislumbraban inferior, o ¿porqué no? Él los veía como inferiores, sea cual fuere la razón era claro que este profesor no iba

acorde con mis aspiraciones.

– La investigación mi querido amigo – prosiguió en un tono bastante más relajado – no se basa en regla alguna, por el contrario, es una acción de desapego a las reglas tan profundamente arraigadas que implica salir del sistema que ellos han formado, que ellos crearon para tener a un grupo de estudiantes que piensen como ellos, actúen como ellos y sean tan ignorantes como ellos. Piénsalo, una obra maestra como el Contrapunctus de Bach, se sale tan bruscamente de las obras creadas por sus contemporáneos que en un principio ellos mismos la consideraron sobrecargada, inaudible y hoy, sin embargo, se aprecia como una de las obras de la música clásica más completas y excelsas de todos los tiempos. Las reglas están ahí para decirnos que no debemos ser mejores que los mejores, nada más para eso.

Bueno, ¿qué contestas a eso? El profe se había envuelto de pronto en una maraña de ilusiones que iluminaban sus pensamientos, era como ver sus aspiraciones al rededor suyo, como un aura formada por ese conjunto de palabras tan apasionadamente dichas. Pero, no pude olvidar lo más importante.

– En verdad pienso como usted profe, pero comprenderá que yo vivo de las becas, mi hogar está en esta misma institución, en el edificio P habitación 4 y ayer recibí algo que está a punto de convertirse en una notificación de desalojo, pues tengo pocos días para inscribirme en una maestría, o la beca será retirada y terminaré en la calle.

– Lo que quiero darte a entender fito, es que no es necesario pasar por esos caminos para comprender lo que es incompresible – contestó sin centrarse en mi conflicto –, yo mismo estuve donde tú estás ahora, e hice lo que tú quieres hacer. No te negaré esa oportunidad, porque qué mejor forma de aprender que equivocarse, pero me gustaría en verdad que tomaras esta oportunidad, ya que si pudiera regresar a cuando tenía 22 años como tú, dejaría todo sin dudar si alguien me diera más opciones, éstas opciones.

– Y las acepto, pero dónde o cómo vi...

– ¡Mario! – interrumpió nuestra conversación intempestivamente un amigo del profesor – Demonio desagradecido ¿así te vas después de todos los sacrificios que he hecho por ti? ¿No te das cuenta que he dejado todo para que tengas estas oportunidades?

Sin comprender lo que ocurría me quedé mirando a ese par que reía a carcajadas, burlándose de la situación. La verdad es que me agradó ver a esa pareja de profesores dejando fluir su amistad sin reverencia

innecesaria.

– Así que aquí está fito – dijo el extraño, mirándome y acto seguido dándome un abrazo de esos que te dan los tíos lejanos que tienen tiempo sin verte – pero ¿cómo has estado? Al fin te conozco. Debes estar totalmente loco para juntarte con este sujeto.

– Él es Charle – me indicó el profe, presentado al fin a su amigo –, es un benemérito en cuanto a matemáticas se refiere.

– Es todo un placer profesor Charle.

– Sólo llámame Charle, los galardones déjalos para los catedráticos del instituto a los cuales orgullosamente ya no representamos ni Mario ni yo. Pero bueno, ¿cuándo comenzamos?

– Charle será nuestro compañero en el proyecto. Mi buen amigo al enterarse del...

– ¡Pleito! – interrumpió Charle –, claro que me uniría indudablemente a mi buen amigo.

Ese sujeto era bastante agradable, sin tapujos al hablar y siempre sonriente. Parecía tener la edad del profesor, con unos kilos de más, cara redonda y barba, barriga prominente pero discordante al profesor, pues vestía un traje muy elegante color gris oxford, y zapatos muy relucientes.

En ese momento entró Mary con una cara que denotaba su desacuerdo con el profesor, pero al mirar a Charle todo en ella se transformó.

– ¡Tío Charle! – gritó mientras se lanzaba en un abrazo – pero ¿qué haces aquí? ¿Ya te dijo mi padre sobre su proyecto? ¿Vienes a disuadirlo?

– Mi niña – le contestó en un tono tan paternal como amigable –, pero claro que no, he venido a apoyar a este loco, porque como bien sabrás estoy tan o más loco que él, es más, hasta juraría que todo esto fue idea mía y no me di cuenta de ello hasta ahora.

Entonces me encontré en una escena enteramente familiar, hasta parecía una reunión navideña. Aquél trío se veía como una verdadera familia, todo sonrisas y abrazos, pero de pronto el profesor Mario interrumpió aquello para dirigirse a mí.

– Justo en este momento estaba comentando con fito los pormenores de nuestra pesquisa, en realidad estaba acordando con él los términos en que sería aceptado como inquilino para poder realizar la investigación.

Y así, sin más, me estaba dando un hogar a condición de ser parte del proyecto. No puedo explicar lo sorprendido que estaba ante tal suceso, no había tenido tiempo de pensar en eso con tantas presentaciones y pláticas entre los amigos. Pero como si de un relámpago se tratase vinieron a mi las palabras, quizá contagiado por aquella forma de ser tan desapegada que se veía en ellos.

– Pues siendo de ese modo no tengo reparo en ser parte del proyecto profe – contesté ante la mirada sorprendida de Mary y la sonrisa siempre presente de Charle.

– Ay no, por mí hagan lo que quieran – dijo al fin soltando una carcajada Mary.

– Si ya sabes lo terco que es tu padre – le contestó Charle abrazándola una vez más.

Cuando todo aquello terminó el profe envió a Charle y Mary a dejar las últimas cajas en el auto, diciendo – en un momento los alcanzamos –. Cuando al fin estuvimos solos, el profe decidió continuar la negociación unilateral que hasta ahora se había sostenido. Se sentó en el escritorio, evidentemente por última vez, y dijo:

– Fito, no puedo ofrecerte pago alguno, sin embargo, estoy dispuesto a ofrecerte techo y alimento como una beca por tu labor en esta empresa. Sé que tienes otros planes y no es mi intención presionarte ni disuadirte a no continuar con ellos. Así pues, esta es mi oferta y si decides no aceptarla no me sentiré defraudado ni mucho menos.

Entonces se levantó tomó los apuntes que estaban sobre el escritorio, lo único que quedaba de él en ese cubículo, borró los apuntes a gis que aún adornaban la pizarra y me miró.

Me encontraba muy confundido y excitado por todo aquello, así que antes de que dijera cualquier otra cosa y sin pensar bien mi respuesta dije – ¡Acepto!

Capítulo 3

El terruño.

La vida es bastante simple cuando eres un estudiante, cuando eres joven, cuando no tienes deberes para con alguien más, o al menos, eso es lo que todos podemos pensar en algún momento durante nuestras vidas. No cuando somos jóvenes, sino cuando los vemos y los "comprendemos".

<<Simple>>, no sería la palabra que utilizaría para definir mi situación tras todo lo acontecido, aquello a lo que había entrado por mi propio pie. Si tuviera que definir en una palabra lo que me estaba pasando ésta sería; imposible de encontrar. ¡Por todos los cielos! ¿Una palabra? ¿Por qué sólo una palabra? ¿Por qué una definición? ¡Ah! No hay más que decir acerca de eso. Y sin embargo, ahí estaba yo, lleno de dudas, como era lógico.

Hay quienes dicen que soy cínico, y vaya que sí. Nunca pensé en los problemas que podría ocasionar en aquel hogar del que era casi un intruso, como muchos me sugirieron. Durante un segundo dudé de mi capacidad de avergonzarme de las cosas que causan ese sentimiento a los demás. Pero se me pasó rápido. Por otro lado tampoco me importó mencionar los pormenores de esta empresa a mi familia, ellos sólo supieron lo que era necesario. A veces pienso que soy demasiado independiente y esa imagen me reconforta. Además, y lo menciono porque fue un tema que mis amigos incluían a menudo en nuestros encuentros, tampoco me importaba qué aportaría al proyecto, porque la forma de ser del profe en muchos sentido me hacía sentir confiado, era demasiada inspiración en una sola persona, así que yo la compartía, cargaba con mi parte.

Lo que en verdad me llenaba de dudas era aquello que se metió en mi mente como una espina de la que se hace imposible el despojarse, vaya que me volví uno con el problema, cada paso que daba, cada situación cotidiana se había transformado en un algoritmo que desmenuzaba hasta el hartazgo, y fue así que llegué a la conclusión de olvidar mis conocimientos del tema y enfocarme en ver todo como algo nuevo, haciendo de mí mismo un filósofo mediocre pero seguro de mis métodos.

Y así, sin más, me uní a este dueto de científicos convirtiéndolo en un trío de locos. Porque, sin importar mi falta de experiencia o mis conocimientos inferiores, me di cuenta de algo evidente: si emprendes cumbre por un camino jamás recorrido no habrá quién te diga que vas a mal paso. Y con esta nueva filosofía llena de cinismo, como había mencionado, llegué a lo

que sería mi nuevo trabajo y hogar.

Por aquél entonces, mis posesiones se reducían a cuatro libros: Don Quijote De La Mancha, de Miguel De Cervantes, mi favorito por sobre todas las cosas; La Divina Comedia, de Dante Alighieri, uno de esos que todos dicen que debes leer, aunque para ser sinceros, la parte del cielo no me agradó del todo; Obras Completas de Herman Hesse, de esos que trae tres en uno, con Demian, Siddhartha y El Lobo Estepario; y finalmente El Congreso De Futurología de Stanislaw Lem, este último aún sin leer, sería mi pasatiempo y por lo visto mi nueva enciclopedia, ya que por el nombre me sonaba a algo muy relacionado con mi trabajo. También tenía un poco de ropa, nada formal, y un encendedor zippo del cual soy inseparable. Eso era todo lo que necesitaba, por ello, realicé la mudanza en un sólo día y sin asistencia de nadie. Mis amigos ya debían estar ocupados en sus posgrados para ese entonces, hecho que me hizo sentir aún mejor, porque como dijo el profe, yo estaba haciendo algo que por mucho superaba a cualquier maestría, de eso estaba seguro.

Fue grato entrar a mi nuevo hogar, cuando el profe se dignó a abrir, pues tuve media hora para revisar la parte exterior con mucho detalle: La parte frontal tenía una cerca muy blanca, rodeada en la parte interna por un grupo de arbustos muy juntos. Seguido de estos arbustos se encontraba un árbol de jacaranda grande y en flor. Un pequeño camino de piedras llevaba a una puerta de madera la cual maltraté un poco durante unos diez minutos, pues aparentemente el profe era de hábitos nocturnos y mi arribo fue el primer sábado de octubre a las diez de la mañana, para ser exactos. En ambos lados de la fachada había ventanas, grandes y de madera igual que la puerta, sin embargo, cubiertas desde dentro por unas cortinas muy contundentes y de color azul casi negro.

Al abrirse la puerta se asomó una figura esbelta, alta, con barba descuidada, cabello enmarañado y ojos entre cerrados, indudablemente era el profe. Hecho que me tranquilizó, pues después de un rato comencé a temer que no fuera la casa correcta. Además de la descripción que he dado, cabe mencionar que llevaba unos jeans, una camisa arrugada y mal fajada y unas pantuflas, ese era el profesor Mario en todo su esplendor.

– ¡Oh!, haz llegado – dijo sin mayor contemplación, mientras abría la puerta por completo al unísono que su boca en un bostezo contagioso.

– Hola profe, veo que ya se levantó – dije en uno de esos sarcasmos que le salen a uno en momentos de inspiración pura.

– Lo lamento en verdad – contestó el profe en medio de una carcajada – me acosté hace apenas cuatro horas. Estaba trabajando y vaya que no he parado. Pero pasa, pasa, te mostraré tu habitación, está en la parte superior, subiendo por las escaleras es la segunda, pero antes deja que te

muestre la planta baja.

Al entrar, la casa tenía una estancia enorme, totalmente en tinieblas, nada parecido al pequeño cubículo de la universidad. Al echar un vistazo, con luz tenue, pensé que se trataba de una bodega, a pesar de su fachada totalmente hogareña. El interior, sin embargo, parecía tener un techo muy elevado. Por fuera la casa parecía constar de dos pisos, pero por dentro tenía una disposición atípica. El profe abrió las cortinas del lado izquierdo, y la luz me mostró el piso de madera, el blanco de las paredes y el cristal de las mesas. Al abrir las cortinas del lado derecho me sentí un poco sorprendido por la vista y finalmente, cuando abrió las cortinas de las ventanas superiores comprendí la belleza de ese lugar, la cual trataré de relatar lo más exactamente posible: Primero imaginemos una T invertida, después recorramos esa T por una gelatina rectangular, desde el frente a la parte posterior. El hueco que deja esa letra sería la estancia de la casa. La planta baja no tenía habitaciones, al menos no al frente, sino que constaba de ventanas a ambos lados, sin paredes, sólo tres columnas, las cuales sostenían las habitaciones hermosamente dispuestas en la parte superior, a la cual llegaremos en un momento. Tras esas ventanas se veían jardines, con dos pequeños estanques, uno en cada jardín, y de esos estanques una pequeña caída de agua producía un sonido que embelesaba el oído. El interior estaba amueblado con sillones, mesas de cristal y aluminio, computadoras, pantallas enormes, sillas de trabajo muy cómodas y algunas plantas. Al fondo de la estancia se veían dos cuartos, el del lado izquierdo era la cocina, muy amplia y bien dispuesta. Frente a ella, y ocupando una pequeña parte de la enorme estancia, se encontraba un hermoso comedor de madera con diez lugares, cuatro laterales y dos cabeceras. La otra habitación, la del lado derecho, era un estudio, con libreros y escritorio. La cocina era de dos paredes, pues las ventanas se extendían hasta ella por su lado izquierdo, sin embargo, al frente tenía una barra. El estudio era de dos paredes igualmente, pues no tenía pared interior izquierda, y al igual que la cocina la exterior constaba únicamente de ventanas. En medio de estos dos cuartos estaba la escalera, la cual subía hasta otra ventana en la parte superior trasera de la casa. Al encontrarse con la ventana la escalera se partía en dos, llevando a dos marquesinas con pasamanos, que coronaban toda la parte superior. Estas marquesinas daban acceso a las diez habitaciones, cinco de cada lado y frente a la entrada de cada habitación se veía un pasillo flotante que llegaba hasta la habitación contraria. Las marquesinas se unían en la parte interior frontal de la casa, y tanto ellas como los pasillos tenían un pasamanos de madera finamente tallado.

Me quedé boquiabierto al ver todo aquello, pues el profe parecía de gustos excéntricos y algo costosos, pero antes de que pudiera decir palabra, tres golpes contundentes dados a la puerta de la entrada me sacaron de mi embeleso. Seguido de los golpes se escuchó la voz de Charle en un grito diciendo "¡Zángano!, ¡levántate y abre la puerta!", con ello era evidente

que Charle conocía bien lo hábitos del profesor.

– Ah, ese es Charle – Dijo el profe en una voz divertida – ¡Calma demonio! que ya estoy de pié.

– Pues en ese caso abre – dijo la voz más tranquila de Charle del otro lado de la puerta – Es que quiero ir al baño – esto último casi como en secreto.

Al abrirse la puerta Charle entró como alma que lleva el diablo, me saludó como si nos hubiéramos visto ese mismo día y continuó hasta una habitación pequeña, debajo de la escalera, la cual yo no había notado, y profiriendo sollozos de alegría aunados al sonido de un chorro potente, parecía haber alcanzado el baño a tiempo. Al salir, se le veía aliviado y más alegre que de costumbre.

– Excelente fito, excelente – dijo – veo que ya estás listo para nuestras labores, no sabes que gusto me da.

– En realidad acaba de llegar – contestó el profe – justo le estaba mostrando la casa.

– Un paraíso ¿no es así? – me interrogó Charle con una gran sonrisa – la disposición fue en gran parte idea mía, aunque no me quieran dar el crédito. Mary dijo que la casa era una belleza cuando se casó con este granuja.

– Mary es el nombre de mi ex-esposa, al igual que el de nuestra hija, a la que ya conociste – dijo el profe en un tono de lo más natural – y le encantaba esta casa.

– Yo diría que le dolió más dejar la casa que a ti. – bromeó Charle – Estoy seguro que casi te lleva a juicio por ella – rieron ambos, parecía que el tema de la separación no le había sentado mal al profe. Hay personas que gustan mucho de su soledad y de su espacio, eso lo entendía yo muy bien.

Después de todo aquello me mostraron mi habitación. Me tomó cinco minutos acomodar mis pertenencias, como había dicho el profe, era la segunda al subir la escalera del lado izquierdo. Mi nueva habitación constaba de baño propio, un closet, mucho más grande de lo que necesitaba, y una gran y mullida cama; además, tenía un escritorio, lampara y una silla para mis momentos de estudio en solitario. Al finalizar mi arribo, el profe comenzó a preparar un guiso para la comida que constaba de champiñones, papas cambray y cortes de carne. Charle le ayudó, de modo que yo sólo los observaba y escuchaba algunas de sus más jocosas anécdotas, proporcionadas por Charle y complementadas por el profe. Según me contaron, ambos se conocieron en el doctorado, no fue

difícil entender porqué se hicieron amigos tan rápido. Este, sin embargo, sería el primer proyecto en el que trabajarían en conjunto. Charle era un soltero empedernido y gustaba de incluir sus amoríos en las conversaciones, las cuales siempre comenzaban con "Una vez salí con una mujer que...", era evidentemente un hombre extrovertido. El profe, por su parte, me contó que se había casado con su novia de toda la carrera. Al regresar del doctorado le propuso matrimonio en un restaurante, a la vieja usanza. Me comentó que vivieron felices durante quince años, pero que sus respectivos trabajos demandantes habían enfriado la relación hasta el punto de quiebre. Ella era una excelente cirujana, según me contó, especializada en neurocirugía. Aparentemente aún se veían de vez en cuando y de buen modo.

Al finalizar la comida el profe fue al estudio y del librero sacó tres puros y una botella de vino tinto, con los cuales celebrábamos nuestra nueva empresa.

De algún modo, me sentí verdaderamente en mi hogar, y era extraño, pues estos dos sujetos con los que conversaba como si fueran mis familiares lejanos, eran unos completos desconocidos hacía algunas semanas, y sin embargo, ya se habían convertido en más que simples colaboradores.

Capítulo 4

El ¿por qué? Eterno.

Quizá muchas de las mejores ideas de la historia comenzaron así, en tertulia, con vino, cigarros y entre amigos, pues eramos amigos más que compañeros. La conversación se había alargado hasta muy entrada la tarde, íbamos en la tercera botella de vino y nos sentíamos más inspirados que nunca.

– La inteligencia es algo imposible de entender – dijo el profe henchido de orgullo, como conociendo algo que los demás desconocen – Es como aquella pintura que una vez vi en un libro, como la mano que se dibuja a sí misma dibujándose.

– ¿Pero qué acabas de decir? – inquirió Charle bastante confundido – no me puedo imaginar algo semejante, una mano dibujándose a sí misma mientras se dibuja, mira que tontería, eso es imposible de imaginar, ya no hablemos de plasmarlo en una pintura. Si en verdad existe algo así quiero verlo.

Nada tardío el profe, se dirigió a su computadora y unos segundo después aparecía ante nosotros la imagen que, basados en la descripción, no parecía posible. Y sin embargo, ahí estaba, tan ingeniosa, tan perfecta, una imagen capaz de describir lo que intentábamos hacer. Nuestro trabajo, aquello por lo que habíamos dejado todo, por el que nos habíamos vuelto prácticamente unos locos, estaba frente a nosotros. Ciertamente, no habíamos hecho nada aún, pero al menos yo, y Charle seguramente también, nos sentíamos como si hubiéramos realizado una ardua labor sin entender lo que hacíamos, y entonces, sin previo aviso, nos mostraran la obra terminada, lo que se había logrado, el resultado espectacular de un trabajo bien hecho. No estoy seguro cuántos minutos estuvimos viendo esa imagen, estupefactos, no dijimos palabra, solo observamos, notamos los contornos, los detalles, aquello que no se decía directamente, sino que se ocultaba en lo más recóndito de aquella obra maestra, y después de un buen rato Charle fue quién hablo.

– ¿Quién hizo esta maravilla?

– Un holandés, Maurits Cornelis Escher, y su obra se titula “Manos dibujando” – contestó el profesor, con una gran sonrisa. Era evidente que su descubrimiento había conseguido la reacción deseada.

– Fito – se dirigió Charle hacía mí, sin que ninguno de los dos despegara

los ojos de la pantalla – ¿qué ves ahí?

– El porvenir Charle, yo veo el porvenir.

– Ni más ni menos mi apreciable amigo. – me contestó Charle retomando su conciencia, como despertando de un largo sueño – Esto mis amigos, es nada más y nada menos nuestro nuevo estandarte de batalla, porque precisamente es lo que conseguiremos, crearemos manos que se creen a sí mismas.

Encendimos otro cigarrillo, afortunadamente los tres eramos muy aficionados al tabaco. Nos sentamos en la sala y comenzamos a debatir de manera acalorada, todo comenzó con el siguiente razonamiento:

– Debe existir un algoritmo lo suficientemente bien planteado, para hacer que una computadora razone, sin embargo, nadie lo ha encontrado – dijo el profe.

– Un conjunto de pasos, con perfección matemática – contestó Charle – capaces, con base en su perfección, de describir un mundo tan imperfecto como el nuestro – El profe asintió.

– Pero un conjunto de pasos – contrapunteó el profe – necesariamente finitos, los cuales, podrían convertirse en un razonamiento infinitamente complejo.

– Para poder conseguir un manejo de elementos infinitos – dijo Charle ya bastante emocionado – deberá ser un sistema perezoso, pues de lo contrario podría perderse en la búsqueda de una respuesta.

– Pero ¿qué has dicho? – respondió el profe, se levantó de su asiento y comenzó a caminar con una mano en el bolsillo y la otra en el mentón – Toma tres colores, los tres colores primarios: Azul, Rojo y Amarillo. Enseña a un niño a combinarlos y ahí tienes. Ese niño puede formar cualquier color que pidas, una infinita gama de colores. Entonces, tendrás una infinidad de soluciones, usando insumos finitos. Sin embargo, la solución perezosa haría que el niño no formara nunca ningún color que solicites... – dijo y después de eso, calló, mientras continuaba su meditación.

– Pero si no lo haces perezoso ese niño mezclara y mezclara sin detenerse, se terminaría los insumos antes de poder dar con el color que busca – respondió Charle muy feliz por haber dado con un problema al ejemplo tan simple que había formulado el profesor.

Y entonces, decidí que era momento de aportar en el debate. Cabe recordar, que mi nuevo paradigma filosófico distaba mucho de éste,

científico, que había iniciado el debate, así que dije:

– Caballeros, creo poder ver en sus razonamientos un dejo de verdad, sin embargo, permitan que les haga notar dos errores garrafales en este debate – Ambos, muy silenciosos, me miraron estupefactos esperando, notablemente ansiosos, mi descubrimiento – verán – continué muy seguro de mis palabras – el primer error es que, durante su hilada de conjeturas, lograron perder el objetivo, ya que, el insumo que han mencionado no es lo que debemos aportar, sino los pasos que el niño debería seguir para formular los colores que le sean solicitados. El segundo error, un poco peor que el primero pero derivado de él, es que si nos damos a la tarea de indicarle al niño qué hacer para formar la gama de colores, entonces estaremos siguiendo el camino que toda investigación en Inteligencia Artificial ya ha seguido, que es precisamente, decir qué y cómo. En mi opinión, ningún ser que se llame a sí mismo inteligente puede basar sus decisiones en un algoritmo, pues ello lo haría totalmente predecible y completamente maquinal.

No diría que asombro fue lo que mostraron las expresiones de mis dos colegas, más bien diría que se veían sumamente felices, aunque a Charle no se le notaba la diferencia del todo. Acto seguido el profe sacó su mano del bolsillo y comenzó un aplauso al que lentamente se unió Charle.

– Lo sabía, lo sabía – dijo demasiado feliz como para asegurar su sobriedad – eres por mucho el mejor candidato que podía haber ocupado este puesto. Acabas de dar en el clavo. Sin libertad, no hay inteligencia. Tienes por completo la razón.

– Si pero... – contesté.

– Ah, que valía tiene fito en esta empresa – interrumpió Charle antes de poder continuar – no cabe duda que estamos demasiado bien instruidos con errores, y fito, en un momento, nos lo ha demostrado. Excelente.

– Sin embargo – continué – esto no es de mucha ayuda.

– Pero ¿por qué no? – cuestionó el profe entendiendo perfectamente qué iba a decir – lo que acabas de hacer fito, es regresarnos al principio, y eso, cuando vas por un camino erróneo, es el aporte más notable que se pueda dar, por tanto, te ruego que continúes.

– Pues – lo que dije a continuación no era un discurso planeado, en realidad y con toda sinceridad, me encontré a mí mismo envuelto en un lapso de inspiración que mi nueva filosofía debió proveer. Y sin tapujos continué – no sé cómo crear la Inteligencia, no lo sé, lo que sí sé es que en estos días me he llenado de preguntas que van de lo absurdo a lo completamente racional, preguntas como ¿Por qué la gallina cruzó el camino? – nunca olvidaré las caras de mis colegas al escuchar semejante

expresión. No sólo creyeron que me había vuelto loco, sino que estaba totalmente embriagado, hecho que no negaré del todo – no me mal interpreten por favor – dije – no es la pregunta en sí, sino la respuesta la que ha robado mi atención ¿había comida del otro lado? ¿Un macho quizá? ¿Qué tan largo era el camino? ¿Era de día o de noche? ¿Llovía? Y mejor aún ¿había una cerca? ¿Un obstáculo? ¿Transitaba algo o alguien por aquel camino? Puedo seguir, se los aseguro, pero ¿saben qué es lo más interesante de todo? Ustedes ya habían respondido a esas preguntas antes de formularlas. Sin que yo preguntara todo esto, formaron una imagen completa de la situación, y cada uno de ustedes de manera diferente e irreplicable, totalmente original. ¿Por qué? Y aquí viene la parte más interesante de todo mi monólogo profesores. Cuando hayan hecho estas conjeturas, no solicitadas, cuando hayan encontrado la mejor respuesta que sus entendimientos permitan, entonces y sólo entonces, les diré que lo hizo <<para llegar al otro lado>>. ¡Qué maravilla del ingenio! Qué inteligencia tan exquisita. Sabiendo yo, que todo aquello había ocupado su atención, los regreso a la realidad de una manera tan brusca que transforma su meditación en una carcajada ¿Por qué? Porque el cerebro, ese órgano que parece tener una capacidad infinita, se puede decir a sí mismo que ha perdido el tiempo de forma innecesaria. No sólo se saturó de trabajo, fue capaz de interrumpirlo de tajo y comprender que había errado.

No sé qué me pasó, por un momento me convertí en un cliché, pero, sin darme cuenta, había comprendido frente a ellos algo que antes de ese monólogo, no había comprendido. Aprendí algo mientras lo explicaba, algo nuevo, algo que no sabía, y eso, eso es lo que yo definiría como inteligencia.

– Me haz dejado sin palabras – dijo el profe meditabundo – no sólo acabas de desmoronar nuestras ideas, sino que has demostrado la complejidad de la inteligencia y lo que es peor, lo haz hecho con el ejemplo más burdo que se me hubiera podido ocurrir.

– Pero ¿se han dado cuenta? – preguntó Charle – la risa es la respuesta más habitual a las situaciones que toman desprevenido a nuestros ingenio. La Inteligencia Artificial actual no se ríe, no puede comprender que se ha equivocado, pues, al haber sido programada para responder de la forma en que lo ha hecho, si hubiera detectado un error, previamente lo hubiera corregido de forma automática. La Inteligencia Artificial no se equivoca.

Capítulo 5

¿El comienzo?

¿Cuántas personas estarán trabajando actualmente en el desarrollo de la Inteligencia Artificial? O en una de sus ramas. Es muy complicado de decir, pero, seguramente son muchas. Cada investigador, estudiante o persona común con un hobby poco común que dedique su tiempo a esto, lo está haciendo de formas tan diversas que, crea sus propias reglas, fórmulas y axiomas. Y sin embargo, todos nosotros, investigadores de este tema, podemos mirarnos mutuamente y ver a un colega que al igual que tú cree que puede alcanzar un arcoiris. Los hay en auto, en avión o simplemente a pie. Y yo, es decir, nosotros, el equipo que formamos ¿En qué medio se transporta a lo inalcanzable?

Había comenzado mi primer día en ese nuevo lugar al que de ahora en más llamaba hogar. Tras la tarde-noche de tertulia filosófico-científica y las tres botellas de vino, he de decir que no fue precisamente temprano, pues al levantarme, el reloj marcaba las diez de la mañana, hora cabalística, debido a que fue la misma hora de mi llegada el día anterior. Pero ante todo, vamos a ser claros, porque yo sé que la gente común, en una situación como esta, se puede llegar a sentir incómoda o apenada, debido a que la casa que ahora habita no es la propia, sin embargo, yo, me levanté sin tapujos ni preocupaciones, me dí un baño, me vestí y bajé la escalera. Listo para preparar el desayuno. Para cuando el profe se levantó, se sintió muy agradecido del plato que ocupaba su habitual puesto en la mesa y que estaba destinado precisamente a él.

Esa mañana de domingo, me tenía de un excelente humor, ya que estaba lloviendo. El profe y yo nos sentamos a conversar, a pesar de lo complicado que parezca, de cosas bastante coloquiales, simples y hasta divertidas. Hablamos de Charle, sobre todo de Charle; de la lluvia, los pájaros, la preparación de los huevos que componían nuestro platillo matinal y de mil cosas, pero ninguna de trabajo. Aparentemente ambos sabíamos que ya llegaría el momento de preocuparnos, sobremanera, del qué y el cómo, así que por ahora disfrutábamos tranquilamente de esa mañana lluviosa de domingo.

– Hoy vendrá Mary de visita – soltó el profe sin la menor contemplación, como algo común. Pero qué de común podía tener que una mujer sumamente hermosa fuera de visita a tu casa, santuario privado, y te permitiera sentirte cómodo. Por supuesto que el hecho me resultó desgarrador, y toda aquella seguridad y desfachatez que me distinguía se

había esfumado en un instante.

– Pero, – dije, tratando de no sonar extrañado – es que ¿acaso estará ocupado profe?

– Evidentemente mi estimado fito. No todos los días recibo tan maravillosa visita, espero que no te incomode este hecho, pero los domingos para mí son días de tranquilidad y por tanto los destino a cosas fuera del trabajo.

– Por supuesto profe, lo entiendo – respondí, de la forma más tranquila posible, sin embargo ¿qué podía hacer? No tenía planeado tener tiempo libre, mis amigos no estaban. En aquel lugar, que finalmente me parecía extraño, no supe qué hacer o cómo actuar, por primera vez me sentí como un extranjero en tierras lejanas y esa sensación me disgustó mucho.

<<Pero ivamos! ¿qué se hace en estos casos?>> pensé, pues no tenía intenciones de continuar con mi filosofía, la cual después de la juerga de la noche anterior me resultaba bastante agotadora, y fue entonces cuando pensé en Charle, por supuesto supe de inmediato que él no estaría disponible, o mejor dicho, me avergonzaba pedir su asistencia en este imprevisto <<¿qué me está pasando? Yo no soy así. Que va, no importa, tomaré mi libro y saldré a leer a algún parque>> sí, mi libro sería la solución, aquél aún sin empezar, que había llevado conmigo y era una de mis más sagradas y escasas posesiones.

Por supuesto no saldría de casa hasta que llegara Mary, sabía que la situación sería incomoda, sin embargo, no podía perder la oportunidad de verla una vez más; no me malinterpretes, no soy un romántico, pero había comenzado a sentir una atracción considerable por ella, y más allá de una conquista, sentía la necesidad de satisfacer mi deseo de verla.

Para cuando llegó, yo ya me encontraba vestido y listo para mi excursión, escuché cuando la puerta se abrió, escuché cómo se saludaban ella y el profe y escuché su charla monótona de padre he hija y fue hasta después de cinco minutos, bien cronometrados, que por fin salí de mi habitación dispuesto a demostrar que estaba lleno de planes y listo para emprender. Pero fue entonces cuando ocurrió, bajé las escaleras con la convicción de saludarla de una forma casi ensayada, pero ella me recibió con los brazos abiertos y con una gran sonrisa, como si fuéramos viejos y entrañables amigos, y así, sin siquiera dar oportunidad a poner de pretexto mis planes, me encontré tomando un helado con ellos en el parque que había planeado como mi santuario de lectura. La conversación fue fluida, las carcajadas brotaban fácilmente y me hicieron sentir, el profe y ella, nuevamente bienvenido, si es que esto puede pasar por segunda vez.

– Y tu familia ¿qué piensa de esto? – me preguntó Mary sin tapujos, evidentemente haciendo referencia a nuestro trabajo.

– Pues.. – difícil de contestar – no estoy seguro, lo aprueban pero no es que haya pedido su opinión – mala respuesta para una niña de 20 años con una marcada preocupación por los temas familiares.

– ¿Qué? ¿Cómo es posible eso? ¿No se preguntan dónde estas? ¿Con quién?

– No me gustaría hablar de eso – contesté a tantas complejas y abrumadoras preguntas, sin embargo, pareció entender muy bien mi desapego, después de todo, ella pasó por el divorcio de sus padres, de modo que, después de un pequeño pero incómodo silencio cambió de tema.

– Yo aún no sé si me iré – dijo casi melancólica – quizá me vaya a estudiar al extranjero, pero aún no lo decido, puede que me vaya de intercambio a Japón ¿te gusta Japón?

– Me encanta, – y no mentía, me gusta mucho la cultura oriental – toda su historia, sus emperadores, sus ideales de honor, las espadas.

– Su machismo, su clasismo y su pudor – contestó de forma desafiante. Creo que había más en ella que sólo una niña, pues era imposible de convencer sin buenos argumentos.

– El machismo es una tradición, más que una imposición. – contesté aceptando el reto – El clasismo está presente en todos los países, pero en ellos es más evidente debido a su afán de demostrarse honorables, lo que hace parecer al mundo que su deseo de honor es una forma excluyente de crear minorías. Y el pudor es un claro respeto a la privacidad del prójimo, lo cual demuestra que son más respetuosos que pudorosos o clasistas. Yo diría que más bien es una mala interpretación de su cultura poco comprendida por el occidente.

– Sí, por eso quiero ir a Japón – contestó, así, sin más y con una gran sonrisa, totalmente convencida de que mi respuesta era correcta, como si fuera justamente lo que esperara escuchar de mí.

El domingo se terminó demasiado rápido, quizá por la fabulosa compañía que tuve. El profe y yo acompañamos a Mary a su casa como a eso de las siete y vimos a su madre, la ex-esposa del profe. Me saludó cordialmente y nos recibió en su casa unos minutos. A pesar de lo que se esperaría no fue un momento silencioso o incomodo, contrario a ello, fue como ir de visita a casa de viejos amigos y, tras tomar un té, partimos de vuelta al

hogar un poco agotados.

– Mary es muy especial – me dijo el profe, en un claro tono de melancolía, durante el trayecto, pero nunca supe a cuál de las dos Mary se refería y él no lo especificó, en principio creía que hablaba de la hija, pero no puedo asegurarlo.

Al llegar a casa, sin provocarme sorpresa alguna, encontramos a Charle esperando nuestro regreso, completamente feliz y dispuesto a comenzar con nuestro trabajo. Era evidente que todo esto iba a llevarse a cabo en las noches, porque, qué mejor inspiración que una noche fría, silenciosa, con cigarrillos y café.

Después de iniciar el trabajo y transcurridas unas dos horas, comencé a percibir algo que me azotó en lo más hondo de mi ser. Me di cuenta de que nuestro “trabajo” se estaba viciando. Al mirar a mis dos compañeros noté que no sólo no estábamos llegando a nada, sino que más que trabajo todo aquello comenzó a parecer un debate-tertulia que no me pareció científico en absoluto: Noté que habíamos cambiado el café por unas copas de vino, nuevamente; fumábamos y platicábamos, intercambiábamos opiniones, pero no apuntábamos, planeábamos o diseñábamos, eramos simplemente unos amigos en plena y llana charla.

– Amigos, – dije tras aclarar la garganta e interrumpir aquella conversación que parecía complacer sobremanera a mis interlocutores – no quiero sonar brusco ni mucho menos – creo que vi la necesidad de aclarar ese punto, pues tuve el presentimiento de que ninguno compartía mi inconformidad – pero, ¿no creen que deberíamos comenzar a planear o diseñar? Porque, verán, creo que no estamos llegando a nada concreto. – Me sentí tonto al recibir risas de su parte en vez de desaprobación o molestia.

– Pero fito, – contestó el profe – justamente este método de desarrollo que estamos llevando a cabo fue idea tuya. Charle y yo lo consideramos más que estupendo.

– Así es fito, – apoyó Charle – la última vez nos demostraste que íbamos por muy mal camino, nos ayudaste a darnos cuenta de ello, es por esto mismo que el profe y yo conversamos al respecto – ¿notaste que dijo “conversamos”? ¿Qué no pensaban hacer nada más que conversar? – y decidimos que la mejor forma de hacer lo que nadie a hecho es, nada más y nada menos que, hacerla como nadie lo está haciendo.

Debo aceptar que por un momento me sentí tentado por esa idea que sonaba bastante revolucionaria, pero no terminó de convencerme en lo absoluto, pues por desgracia, ellos no estaban en mi situación y, justamente eso, mi situación, era la de un joven científico que más que hacer ciencia se pasaba el tiempo conversando con dos profesores

retirados que más que interesados en desarrollar algo, parecían dispuestos a tomar unas vacaciones de diversión, vino, tertulias y cigarros, pero ¿dónde quedaba yo en todo eso? Soy cínico, pero no me gustó la idea de vivir a costa de dos señores, recibiendo techo, comida y sustento mientras ellos se divertían y yo, sólo era espectador de sus anécdotas. Quizá habrán notado mi semblante de intranquilidad e incredulidad y fue entonces cuando Charle continuó.

– Eres un maldito genio Mario – dijo Charle en una carcajada que por un momento me supo molesta, pero que pronto comprendí como un plan finamente concebido y maquinado por mis dos colegas – mira qué ingenioso te has visto al indicarme que fito se mostraría incómodo en menos de un día – acto seguido sacó un billete de su cartera y lo entregó al profe no sin mostrarse indignado al respecto.

– Conformémonos diciendo que ambos lo sabíamos, pero tú fuiste más optimista al respecto – dijo el profe guardando el billete en el bolsillo de su arrugada camisa y mostrando una sonrisa triunfal.

– Comienzo a sentirme incómodo, pero por la situación ¿qué está pasando? ¿me podrían explicar? Porque simplemente no entiendo a qué va todo esto de una apuesta por mi incomodidad – dije.

– Experimentación – dijo Charle muy complacido – es lo que es, y como bien sabrás es un paso muy importante en los desarrollos científicos mi estimado fito. Disculparas que lo hagamos en ti, pero de hoy en más obtendremos sujetos de prueba que no estén involucrados en el proyecto, te lo prometemos.

– Estamos detectando la respuesta que tiene la inteligencia ante una situación que no sólo se volvió poco interesante, sino también monótona e insoportable, como fue este caso. – contestó el profe, añadiendo – Si estás de acuerdo, creemos que la mejor forma de comenzar será tomando sujetos de pruebas, los cuales abundan a nuestro alrededor, nosotros mismo lo somos, y someterlos a situaciones que se vuelvan predecibles, lo cuál nos dará un patrón y quizá un mapa de cómo se reacciona en ciertas circunstancias ¿qué opinas?

Predecible, eso es lo que opinaba, pues su forma de actuar ante esta situación era total y completamente predecible, por ello contesté, no sin un claro dejo de ironía.

– Toma a tres sujetos, pídeles realizar una investigación y lista ante ellos los pasos a seguir para realizar dicha investigación. En menos de un día los tendrás experimentando.

!Jai, no había más que decir, en una frase había terminado con ellos de un modo que no habían previsto, pero, debo decir que pasaron por tres

fases en unos cuantos segundos: ira, ante la clara burla de la que se habían vuelto víctimas, confusión, al no entender del todo lo que estaba pasando y finalmente alegría, al alimentar su espíritu científico con fallas. Porque los humanos tenemos límites en nuestra frustración, pero cuando nos convertimos en científicos y entendemos que sin la frustración no hay verdaderos avances no sólo nos mostramos más resistentes a ella, sino que la abrazamos como una buena amiga. Ambos rascaron sus cabezas, se miraron, se carcajearon, se volvieron a mirar y finalmente me miraron a mi y hablaron al mismo tiempo. Se detuvieron al notar que se interrumpían mutuamente, se miraron y tras ceder la palabra el profe a Charle, éste último dijo.

– Tú no paras. No te conformas con ridiculizarnos una vez, sino que lo haces constantemente, y el profesor Mario al igual que yo nos sentimos sumamente sobajados, abrumados y pisoteados – todo lo anterior dicho con un ceño tan fruncido que no parecía ser Charle con quien hablaba, pero en un segundo cambió su cara para dejar pasar al Charle que había conocido en estos días y finalizó diciendo con una amplia sonrisa – eres un maldito genio fito, tú sí que lo eres, y creo hablar por los dos al decir, al implorar, que nos indiques cómo continuar, porque estamos fallando a cada paso y tú te muestras siempre tan certero y asertivo, pero no tenemos idea de qué debemos hacer.

A esto el profe asintió con seriedad pero muy atento a mi respuesta, sin embargo, ¿qué sabía yo de ciencia? ¡Por favor! Sólo era un estudiante hacía algunas semanas y ahora, tenía a dos de las mentes más brillantes que hubiera conocido escuchando atentamente lo que tuviera que decir. No era creíble y mucho menos confortable, y así, decidí que debía dejar atrás mis miedos, en un segundo lo decidí, <<deja de repetirte que eres un estudiante, que no tienes experiencia y comienza a ser de ayuda>> me dije a mí mismo.

Capítulo 6

El algoritmo.

Durante días trabajamos casi sin descanso, nos íbamos a la cama llenos de ideas nuevas y muchas veces no nos retirábamos a descansar hasta muy entrada la mañana del día siguiente. Fueron algo así como dos semanas de trabajo a un ritmo trepidante, sin cansancio, llenos de aliento y vigor. Cada tarde-noche, cuando me disponía a continuar con el trabajo, me desperezaba, bajaba las escaleras y lo encontraba a él, absorto en el pizarrón, leyendo y releendo esa frase, esa respuesta que di la noche que nuestro trabajo comenzaba.

El profe no se había podido sacar de la cabeza mi respuesta, y yo no me podía sentir orgulloso de ella, pues era como si no la hubiera dicho yo, como si no se me hubiera ocurrido a mí, sino como una frase deletreada por una musa perdida en lo más recóndito de mi ser, de mis pensamientos, de mi alma.

Charle también le dedicaba algunos minutos todos los días, cada que alguno de nosotros dejaba su lugar de trabajo para pensar, para aclarar la mente, tenía irremediablemente la necesidad de leer lo que había escrito; con manos temblorosas y ávidas, el profe aquella noche en el pizarrón, la frase que nos regreso al buen camino, o al menos estábamos seguros de ello.

La frase era simple pero segura, no cabía lugar a dudas en su composición, en su significado. Hasta el día de hoy siento que aquellas palabras fueron las que dieron la pauta, el inicio, la transformación y conciliación en nuestras mentes, y también sé que los cambios provocados por ellas fueron buenos y significativos.

Uno de los principales cambios es, sin duda, que Charle ya no se iba de casa. Aquella noche, la noche en que todo dio comienzo, más excitado que nunca nos sacó a la lluvia, nos apresuró a ir a su casa, tomó lo necesario, ropa, libros y algunos menesteres más, los arrebujaó en el auto del profesor y se mudó a uno de los cuartos desocupados. De todo esto el profe no puso objeción alguna, quizá sólo esperaba el pretexto perfecto para solicitarle a Charle su presencia diaria en nuestro lugar de trabajo, en nuestro hogar.

“La razón es un silogismos compuesto de una proposición verdadera, una

proposición falsa y razón.”

Tras escuchar estas palabras, aquella noche, se generó en la estancia un largo silencio, interrumpido únicamente por el repiqueteo de la lluvia en el exterior. Sobre las ventanas caían las gotas armoniosamente y después de mucho tiempo el profe interrumpió el silencio y nos preguntó – ¿qué es la locura? – por supuesto, en el momento no entendimos lo que intentaba inquirir, pero poco tiempo después nos explicó que en sus cavilaciones, la locura había formado una parte muy importante de lo que se considera inteligencia. Es casi seguro que una persona oficialmente loca no razona y sin embargo, la locura crea lo que la razón aborrece y es de lo que se compone la vida, de locuras.

Esa noche nos dijo a Charle y a mi – el hombre que creó el fuego estaba loco, el hombre que dijo que podíamos volar estaba loco, el hombre que dijo que el tiempo y el espacio es una misma cosa estaba loco, pero, todos ellos razonaron a un nivel tan fuera de nuestro entendimiento que lograron darle sentido a nuestras vidas, crearon y copiaron, por ello fito, Charle, creo que la locura es un silogismo compuesto de una proposición falsa, otra proposición falsa y razón. – no sólo había entendido perfectamente aquella frase, mi frase, la había llevado mil pasos más allá, la había hecho suya. Imaginar la locura como un fallo completo en la razón, al menos la razón como aquella frase la definía, parecía tener mucho sentido. La completa ausencia de verdad en un razonamiento tenía sentido.

Y con esto en mente nos dispusimos a trabajar, lo primero que hicimos fue poner a prueba nuestro nuevo credo y no pudimos más que comenzar con nuestro estandarte de batalla: Manos dibujando. Era el turno de Charle, lo miramos y él supo en ese momento que debía aportar algo a esta resolución, tomó papel y lápiz y comenzó a escribir, cuando terminó, había compuesto ésta frase:

“La mano dibuja una mano, el dibujo dibuja la primera mano, el dibujante dibuja manos dibujando, las manos se dibujan a sí mismas.”

Esta frase está escrita también en aquél pizarrón, pero quizá valga la pena explicar porqué esto es un ejemplo de razonamiento:

Proposición verdadera: La mano dibuja una mano. (se trata de un hecho plausible)

Proposición falsa: El dibujo dibuja la primera mano (los dibujos no trascienden su dimensión por tanto no pueden dibujar)

Razón: Se compone de un silogismo que toma como primer proposición lo anterior:

Proposición verdadera: El dibujante dibuja manos dibujando (hecho verosímil e imaginable)

Proposición verdadera: Las manos se dibujan a sí mismas.

Debe existir una mejor forma de expresar la misma razón, pero ¿cuántos argumentos válidos existen en un debate? El punto de este experimento no consistía en encontrar el mejor argumento, el cual debe existir, sino encontrar uno, un argumento creíble. Una pregunta más justa quizá debiera ser ¿quién tiene la razón? Porque finalmente, existe un dibujo de manos que se dibujan a sí mismas, eso es un hecho, no hay duda en ello, pero, ¿cómo le explicarías eso a alguien en un debate? ¿cómo razones? Primero le dices algo cierto, algo que no puede dudar ni el más incrédulo, después, le dices aquello que es increíble, y finalmente, concluyes un silogismo, pues si el silogismo es verdadero aquello falso dentro de la maraña de verdades debe ser verdadero, o al menos, eso creemos cuando le damos a alguien la razón.

Todo esto significa necesariamente que la razón, la verdad absoluta, pertenece a aquél que logra crearla y eso, la creación, es una habilidad de un ser inteligente.

Pero la verdad absoluta no existe, es una quimera, porque basta una falsedad en un argumento para utilizarla de pivote y deducir lo que te plazca: verdad, falsedad o ambas.

Tiempo después, cuando nos encontrábamos trabajando, con una rutina establecida, recuerdo que les dije a mis compañeros <<Pensemos por un momento en un choque automovilístico, situémonos ahí, a un lado de dos sujetos molestos, con autos destrozados y convirtámonos en jueces. El primero indica que él iba a dar la vuelta y que tenía su luz de dirección encendida, el segundo afirma que no había dicha señal y por ello no frenó ¿Quién es el culpable? Lo sé, nos faltan miles de hechos, pero ¿la verdad se extrae de todos los hechos existentes? La razón es del que la crea, y eso es la injusticia en su máximo esplendor.>>

Durante esa noche de trabajo consideramos que teníamos un punto de partida sólido para iniciar. Nuestra máquina pensante tendría la capacidad de crear razonamientos utilizando nuestra definición: esa frase inspiradora escrita en aquél pizarrón en medio de la sala del profesor Mario.

A pesar de nuestras increíbles conjeturas, no podíamos percibir avances reales. No pasó mucho tiempo antes de sentir que lo que hacíamos no llevaba a nada, y fue así, que después de algunas semanas de trabajo, una tarde, mientras bajaba a la estancia, me encontré al profe inmerso en aquellas frases; cavilando, desmenuzando todo lo que le fuera posible.

– Ha pasado tiempo fito – dijo sin despegar los ojos del pizarrón – ¿cuánto?

– Dos semanas, quizá más ¿por qué profe?

– ¿Qué avances tenemos fito? desde aquella tarde en mi cubículo ¿qué hemos logrado?

– No mucho me temo – contesté, y en verdad sentía que no habíamos logrado un gran avance, si bien habíamos contemplado la inteligencia desde distintos enfoques no habíamos diseñado nada en absoluto.

– ¿Qué nos está pasando fito? No entiendo qué está fallando, el trabajo nos elude, las soluciones se han transformado en más y más preguntas, pero no hemos hecho nada – esto último lo dijo de una forma desgarradora, casi incitando al llanto.

El profe tenía razón, pero ¿cómo culparnos? Sabíamos lo que queríamos hacer, nuestra meta, pero saber eso parecía aún más inútil que no saberlo, porque no sólo no avanzábamos, sino que parecía que dábamos pasos hacia atrás. No dijimos nada más durante un rato, hasta que bajó Charle, sonriente como siempre.

– ¿Otra vez pensando en nuestro himno Mario? – dijo, de forma tan natural y despreocupada que contrastaba por entero con el profe.

– Ha pasado tiempo Charle ¿cuánto desde aquella mañana de verano cuando te conocí?

– Eres un melancólico Mario ¿qué se yo? ¿veinte? ¿veinticinco años? No sé.

– ¿Qué hemos logrado desde entonces mi amigo?

Charle no solo no contestó, sino que cambió su semblante, se puso rígido, la sonrisa se le borró del rostro, me miró y yo, creyendo saber qué pensaba asentí. Ese no fue un silencio de esos incómodos, esos en los que

buscas afanosamente qué contestar. Simplemente sabíamos que no había nada que decir, las palabras ya eran en ese momento tan estorbosas e irascibles que no dijimos nada.

Caminé tranquilamente al sillón, me senté, encendí un cigarro, acto seguido Charle hizo lo mismo y el profe tras él. Sólo fumamos, nos miramos, seguimos fumando, pensamos y pensamos, pensamos mucho.

Ya era muy entrada la noche, cuando el profe rompió ese silencio que, más que impuesto por él, había sido una invitación a la meditación grupal.

– Si intentamos experimentar no llegaremos a nada, creo que todos lo sabemos. Si comenzamos a investigar los últimos avances en inteligencia artificial estaremos dando pasos caminados para topar con la misma pared que aquellos, a los que seguimos, toparon. Hemos meditado, hemos pensado, debatido, hablado y hablado sin parar. Durante más de dos semanas hemos hecho bocetos, anotaciones, tachaduras; durante más de veinte años, y a pesar de ello no llegamos a nada. Creemos que estamos en el buen camino al salirnos del camino conocido, pero estamos peor que los que siguieron el sendero sin proferir queja alguna. Estamos... perdidos. – No hubo respuestas – Hoy me he sentido atrapado en mi dimensión, como una mano que no puede trascender su dimensión para dibujarse a sí misma y qué tonto suena eso.

Todos nos sentíamos igual, de golpe habíamos dado con la realidad frente a nuestros rostros, riéndose a carcajadas de nuestras pesquisas, de nuestra sabiduría y experiencia. No tenía nada que decir y lo peor era que no me interesaba buscar una palabra de aliento, una frase salvadora, pues no la había. Sabía que no había nada que negara las conjeturas del profesor. Pero Charle, ahí estaba Charle, pensando muy diferente, y dejando pasar un tiempo justo rompió él también el silencio y dijo.

– Pues entonces no pensemos. – Se levantó, tomó un cigarro, agarró una copa, la sirvió hasta el tope con vino y continuó – bla, bla, bla, y, no hablemos.

– No actuemos – contestó el profe – ¡larguémonos! Ya, en este momento, vayámonos de aquí.

No sé qué pasó, una catarsis nos guió. Tomamos el auto, no creo que siquiera cerráramos las puertas de casa, y comenzamos a conducir. Salimos del pueblo, continuamos por una autopista; pasamos una, dos, tres casetas y seguimos. En el interior del vehículo sólo se escuchaba un disco psicodélico que se repetía una y otra vez. Y poco a poco, como despertando de un sueño comencé a sentirme en armonía. Los rostros de mis amigos se veían igual a como debió verse el mío, relajados y hasta felices. Fue entonces cuando el profe esbozó una sonrisa, luego fue muy

clara y finalmente la siguió con una risa que culminó en carcajadas. En unos cuantos segundos ya estábamos muertos de risa los tres, en el interior del auto, rumbo a ninguna parte, escuchando felizmente la música y riendo sin motivo aparente. Finalmente comenzábamos a comprendernos.

Desperté en el asiento trasero, sentía todo el cuerpo adolorido, entumecido. Frente a mi, en sus respectivos asientos, dormían plácidamente los profesores. Hasta los ronquidos de Charle sonaban armoniosos... libres. Abrí la puerta del auto, hecho que despertó a mis compañeros que segundos después me siguieron al exterior. Hacía frío, mucho frío, estábamos en un recodo, a lado del camino. El automóvil se había detenido en un pequeño espacio entre la carretera y el bosque que nos rodeaba. Charle había sacado unos cigarrillos de su arrugado saco y nos había convidado para, acto seguido, encontrarnos fumando y tiritando en medio de la nada. A nuestro lado pasó un tracto haciendo un ruido ensordecedor que se fue perdiendo tras el recodo y la neblina que nos cubría casi por completo.

– Que lugar tan hermoso – dijo Charle.

– Si, – contestó el profe – y aún más hermoso al no saber ni dónde estamos.

Las risas fluyeron con facilidad tras esas palabras.

– Muero de hambre, maldita sea – dijo Charle, haciendo un claro énfasis en sus maldiciones – tenemos que buscar algo que comer pero ya.

A pesar de la opinión de Charle, que todos compartíamos, no apresuramos los cigarros, pero cuando se hubieron consumido nos encontramos nuevamente dentro del auto camino a donde fuera que hubiera alimento.

Una posada melancólica y solitaria fue nuestra primer y quizá única opción. Era un lugar acogedor, a pie de carretera, con una sopa exquisita y una señora muy amable. El lugar estaba solitario, sólo había una mesa ocupada por dos sujetos que conversaban tranquilamente en un rincón.

– ¿Van a la laguna? – preguntó sin tapujos en un acento que nos indicó la distancia que habíamos recorrido – está muy fría en esta época del año ¿van a acampar?

– Así es mi señora – contestó el profe por todos, y todos estábamos de acuerdo con esas palabras – pero no contamos con equipo ¿sabe dónde podemos conseguir lo necesario?

– Pues a dos kilómetros rumbo allá, está la tienda de Diómedes, él tiene

todo lo que puedan necesitar.

– Iremos sin perder tiempo ¿y para dónde es “allá”?

Doña Martha entendió perfectamente nuestra situación y muy amablemente nos dijo todo cuanto necesitábamos saber para llegar a la tienda de Diómedes y a la laguna. Su sopa nos recuperó del largo viaje de forma casi mágica. Durante el almuerzo conversamos un poco sobre nuestros planes, era evidente que no teníamos ninguno en concreto pero, al ponerlo a votación, nos pareció que acampar sería una excelente idea de manera unánime. De este modo, al medio día ya estábamos en las inmediaciones de la laguna. Habíamos dispuesto una tienda de campaña muy abrigadora, cobijas, quinqués, un hacha, cañas de pescar; nos habían informado que la veda ya había sido levantada, un sartén, una olla, frijoles, café y tres botellas de licor de caña; petroleo, en fin, todo cuanto fuera menester.

Al oscurecer ya habíamos levantado la tienda, encendido una hoguera que espantara el frío, y por si no fuera suficiente, habíamos comenzado la primer botella de licor que a pesar de su rudeza nos ayudó a quitar lo entumecido de los miembros.

– “Eres el tipo de chica que encaja en mi mundo. Te daré cualquier cosa, todo, si lo que quieres son cosas” – fue lo que rompió el silencio, Charle no era bueno para cantar, pero vaya que le salía muy bien esa canción, una de aquellas que se repitieron interminablemente durante nuestro trayecto. Tras esta frase la canción comenzó desde el principio, siendo coreada por tres figuras extrañas en medio de la noche, rodeadas de estrellas, árboles y una laguna muy hermosa.

– Bueno, – dije cuando terminamos de cantar – aquí estamos ¿alguno sabe dónde estamos?

– No – contestaron al unísono con una gran sonrisa.

– Pero qué lugar tan pacífico – dijo el profe – justo esto era lo que necesitaba.

– Lo que necesitábamos – completó Charle – unas merecidas vacaciones.

– Desahogar la mente – dije – aplacar el espíritu.

– Un lugar donde planear nuestro algoritmo – contestó el profe, con lo que, al igual que se había levantado la veda de pesca él levantaba la veda de trabajo, si es que este término puede ser extendido a tales actos. Continuó – Fito, has dado el primer paso con aquella frase, Charle, has dado el segundo al aplicarla, yo por mi parte, daré el tercer paso haciendo

el algoritmo que nos servirá como complemento.

– Eso suena excelente Mario – dijo Charle – y ¿qué tienes del mencionado algoritmo?

– Aún nada en concreto, pero para eso estamos aquí, así que no hay prisa.

Aquella noche culminó por primera vez antes del amanecer, pues el cansancio nos venció con rapidez. Al día siguiente, temprano por la mañana, intentamos pescar el profe y yo, mientras Charle preparaba un desayuno a base de café y galletas. Antes del medio día ya nos encontrábamos los tres pescando, aunque ninguno sabía cómo hacerlo, así que sólo nos sentamos plácidamente y dejamos que el azar hiciera lo demás.

– ¡Escucha! – gritó el profe desde su posición – será el primer paso; escuchar es el sentido que, incluso durante el sueño, no interrumpe su labor. Pero esto puede hacerse de muchas maneras, también sentimos durante el sueño, sentimos los movimientos, olemos nuestro entorno y una sacudida o un olor de alerta pueden interrumpir nuestro adormecimiento. Es así que el sistema deberá escuchar en todo momento.

– Asentimos, y los tres continuamos con nuestra pesca sin agregar nada más.

Pasado el medio día mi caña me dio un jalón repentino, un pez había picado el anzuelo, hecho que provocó que mis dos amigos se acercaran bastante emocionados para apoyarme con el trabajo. Torpemente, pero de manera muy afortunada, logramos hacer que el pez cediera y lo extrajimos del agua. Para nuestra sorpresa medía unos cuarenta o cincuenta centímetros de cabeza a cola.

– Maldito bribón – profirió Charle – mira que luchó con ahínco.

– Pero será suficiente para la comida – dije felizmente.

Después de aquél periodo de excitación, Charle y yo nos dimos a la tarea de limpiar el pez, quitando tripas, agallas y escamas, mientras el profe alimentaba el fuego y hacía frijoles para complementar nuestra comida.

– Registrar y analizar – dijo el profe mientras comíamos – todo aquello que escuche debe ser registrado y analizado. El análisis será un trabajo en conjunto con la escucha, pues mientras no haya nada que escuchar el sistema debe repasar lo registrado con anterioridad, analizarlo y registrar el análisis. Por tanto, una simple palabra servirá para que se generen una infinidad de registros de análisis de la misma.

Charle y yo comprendimos de qué hablaba y continuamos comiendo al igual que el profe. A estas alturas ya habíamos entendido lo que estaba haciendo, así que decidimos no interferir, sólo escuchar y comprender sus ideas. Sin embargo, no todo era silencio, sí conversábamos, pero de cosas coloquiales, no de trabajo, a no ser que el profe hubiera deducido el siguiente paso del algoritmo.

Continuamos con ese ritmo dos días más, durante los cuales, nos habíamos vuelto bastante competentes en las labores de supervivencia. Comíamos y cenábamos pescado, desayunábamos café y galletas, y no hacíamos más que pescar sin pensar, lo cual era sumamente enriquecedor.

Capítulo 7

La demostración.

Siendo sinceros, no eramos hombres de campo, eramos más científicos teóricos, por ello, no pasó mucho antes de que nos cansáramos del pescado, el frío y la falta de aseo, por tanto, tres días de campamento, aire fresco, naturaleza; lluvia, frío y suciedad, provocaron que ninguno de nosotros pusiera objeción en volver al hogar.

Después de llegar, todo volvió a la normalidad. El profe al igual que nosotros trabajaba afanosamente en su algoritmo, yo por mi parte hacía algunas anotaciones, las cuales, consistían en una especie de árbol genealógico de nuestros avances. Para ese entonces había decidido que era momento de poner las cosas en orden. Desconocía por completo en qué trabajaba Charle, sin embargo, desde la vuelta, se le veía poco sociable, ya no conversaba como antes y lo que era más extraño de todo, no hacía bromas ni mostraba sonrisas. En un momento de descanso, el profe se acercó amigablemente a él y le interrogó sobre sus avances, éste contestó sin prestar demasiada atención y sin despegar los ojos de sus anotaciones <<por ahora no tengo mucho>> sin embargo, se le veía muy absorto como para no tener algo entre manos. Quizá fue por ello que el profe decidió no intervenir, pues si era algo que absorbía por completo la atención de Charle sólo podía significar algo nuevo, algo que nos diera más luz.

Nunca olvidaré la noche que nos enteramos por fin del camino que llevaba su trabajo, era una noche tranquila como cualquier otra, yo me encontraba dibujando un diagrama de algo semejante a un algoritmo genético y el profe tachaba, volvía a escribir y tachaba nuevamente una hoja en su mesa de trabajo. Entonces Charle se levantó de su escritorio, tenía el rostro desencajado y al encender un cigarrillo sus manos temblaron incontrolablemente.

– ¿Te encuentras bien? – pregunté de manera mecánica, pero Charle no contestó, eso hizo que el profe dejara de lado sus labores y lo mirara con duda.

– ¿Charle? – éste lo miró, después a mí y nos dijo mientras arrojaba una gran nube de humo blanquiazúl – creo que abrí la caja de Pandora.

– ¿A qué te refieres? – inquirí, ya bastante interesado en lo que iba a contestar. Al mismo tiempo dejé a un lado mis anotaciones y me levanté, di dos pasos hacía él y me detuve, para no abrumarlo, para darle espacio,

pues era claro que no se encontraba del todo bien.

– Amigo mío, tranquilízate. – dijo el profe que había hecho lo mismo que yo, pero él sí continuó hasta poner una mano en el hombro de Charle y mirarlo paternalmente – Cuéntanos qué ocurre, ¡vamos! no puede ser tan malo.

– ¡No lo entiendo, yo no quería! – contestó en voz alta, casi como un grito – perdoname Mario, pero si mis cálculos son correctos puede que haya hecho uno de los descubrimientos más grandes de las matemáticas. Bueno, no, no quiero entorpecer tu trabajo, nuestro trabajo – corrigió – pero ese viaje cambió muchas cosas en mi forma de pensar, en la formulación de nuestras cuestiones y bueno, creo que he encontrado una demostración que, de ser cierta, nos indica, sin lugar a dudas, que nuestra labor ha concluido.

– ¿Qué? – preguntamos al unísono, demasiado atónitos para prestar atención el uno en el otro. El profe complementó ésta interrogante con – Pero eso es excelente, no pierdas un instante más, por favor, indícanos qué has encontrado, podría incorporarlo al algoritmo ¿es así?

– No, no sé qué decir, lo que ha ocurrido no es un avance, es un. De hecho es un retroceso. Un retroceso, que para nuestra desgracia, de ser cierto, nos coloca en una posición demasiado complicada. – Esto último hizo que el profe retirara la mano del hombro de Charle lentamente, un tanto horrorizado, y suplicara con la mirada una explicación a sus palabras. – Es una aseveración que se me ha ocurrido y que podría explicar porqué se ha hecho tan complicado encontrar la manera de crear un ser inteligente y artificial. – al notar que no decíamos nada en respuesta a estas palabras continuó – Pues, verán. He demostrado que, de hecho, la inteligencia artificial no puede existir.

El silencio invadió la estancia, el profesor miró al piso un tanto consternado y caminó unos cuantos pasos vacilante. Yo tampoco dije nada, pero muy dentro de mí sentí lo que, estoy seguro, el profesor Mario también sentía. Era la sensación de haber vaticinado este hecho con antelación. Era el habernos negado a escuchar esa voz que decía que no lo lograríamos. Era el sabor de la derrota. No debemos olvidar que las matemáticas son frías, rígidas y certeras. Tampoco debemos olvidar que si había alguien capaz de hacer semejante conjetura, correctamente, ese era Charle.

Finalmente, tomamos asiento. La mirada del profesor se encontró con la mía y en ella pude leer una disculpa, yo no sé qué le dijo mi mirada, pero creo que era resignación. Sin embargo, algo en su rostro me hizo vacilar por un instante y mi semblante cambió rápidamente al mirarlo, el suyo hizo lo mismo, de pronto ya estábamos seguros nuevamente de que aquello sólo era una piedra más en el camino. Estábamos seguros de que

no nos detendríamos por algo tan pequeño, en pocas palabras, nos dimos la oportunidad de dudar de Charle, y él, al ver este cambio dijo – bueno yo tampoco creo que ésto deba detenernos, quizá me haya equivocado, si eso es, puede ser un simple error de cálculo – pero ¿y si no era así? No podíamos esperar más, ambos, un tanto más tranquilos, solicitamos a Charle una explicación más detallada de lo que había encontrado, a lo que contestó – Pues, mi teorema es algo extenso, sin embargo, de manera sintetizada lo que dice es que si llegase a existir la inteligencia artificial entonces el ser humano no es inteligente –. Tras escuchar este teorema sintetizado, nos detuvimos un momento a entender de qué trataba. No era algo fácil de descifrar, así que nos tomamos nuestro tiempo. El profesor tomó un plumón y se acercó al pizarrón y justo por debajo de aquellas frases que nos habían guiado hasta entonces, escribió el teorema de Charle, lo leyó, preguntó a Charle si lo había escrito correctamente y después de que éste asintiera con la cabeza lo analizamos un momento.

– Si dibujamos una mano que se dibuja a sí misma entonces no estamos dibujando, somos un dibujo. – dijo el profe, tras unos instantes, con aires de entendimiento.

– Yo no podría haberlo dicho mejor – respondió Charle.

La demostración de Charle se hizo presente después de estas palabras: era elegante, llena de verdades y destructiva, destructiva a un nivel más allá de lo que Charle pensó posible, pero que muy pronto veríamos los tres locos dispuestos a crear la Inteligencia Artificial; pero no sólo era eso, resultó ser también constructiva, de hecho, más útil y sincera que cualquier otra teoría barajada hasta ese entonces por nuestro equipo. Albert Eistein dijo: “No entiendes realmente algo, a menos, que seas capaz de explicárselo a tu abuela” y quiero creer que entendí perfectamente la demostración de Charle, así que me atrevo a aseverar que puedo explicarla, y comenzaría diciendo:

Imaginemos que la Inteligencia Artificial existe. Ahora, demos por sentado que la Inteligencia existe y que la poseemos nosotros, este grupo de locos científicos. Según la demostración de Charle debe existir, al menos, un razonamiento que la Inteligencia Artificial no tiene, es decir, una pregunta que no sea capaz de responder y pongamos por ejemplo un juego de Ajedrez. Existen computadoras que en sus primeras pruebas salen victoriosas de cualquier desafío, sin embargo, no pasa mucho tiempo antes que un ser inteligente las abata, es decir, la Inteligencia tiene un razonamiento que no existe en la Inteligencia Artificial, pero, y esta es la parte fuerte de la demostración de Charle, como ambas existen, Charle dice que al revés también funciona. Por lo tanto debe existir un razonamiento que la Inteligencia Artificial posea y que la Inteligencia, o sea, ningún ser inteligente que exista en la realidad, pueda entender. Si esto es cierto, y por supuesto que lo es, existen razonamientos que escapan a nuestra inteligencia, y que nuestra creación posee. Hasta aquí

todo es comprensible, pero donde se pone fea la situación es cuando nos damos cuenta que se ha creado algo con base en nuestra inteligencia que nos ha sobrepasado, por añadidura, una mano que trasciende su dimensión y nos dibuja a nosotros mismos, cuando los dibujantes éramos nosotros.

Charle lo demostró utilizando teoría de conjuntos, y demostró que si existe la Inteligencia Artificial ésta podría deducir cualquier razonamiento humano y viceversa, pero también, podría inferir razonamientos que nosotros no somos capaces de entender, por eso dijo: Si llegase a existir la inteligencia artificial entonces el ser humano no es inteligente.

Nuestros anhelos se habían derrumbado en un abrir y cerrar de ojos. El profe, tuvo la integridad de aplaudir el hallazgo de Charle, pero también se mostró sumiso y poco congraciado ante tal eventualidad. Por un rato nos vimos en un callejón sin salida, con sentimientos encontrados y caminos sinuosos, pues, si las matemáticas demostraban que no había forma de crear algo ¿cómo se puede contradecir a la ciencia únicamente con terquedad? Eso no es digno de un científico.

Pero ¿dudar?, dudar si es digno de la ciencia y en ese momento dije.

– Un momento mis amigos – a lo que Charle dejó escapar un atisbo de sonrisa, esa que ya no mostraba por sentirse tan avergonzado de sus acciones, pues él se sabía culpable de enmarañar más los acertijos que nos tenían ahí presentes – no es momento de sentirse derrotados, creo que es momento de dar un contra-ejemplo a la demostración, porque, no sé ustedes, pero a mí me suena que algo anda mal en ella.

– ¡Fito!, destroza mi teoría como sólo tú sabes – dijo Charle en una carcajada llena de esperanza, aunque también me sonó un poco irónico y burlón.

– ¿Será posible Fito? – inquirió el profe – ¿Puedes dar un contra-ejemplo a la teoría de Charle?

– Pues... – estaba en problemas, no sólo no sabía cómo iba a convencer a mis amigos de que aquello no era un obstáculo, sino que tampoco imaginaba cómo convencerme a mí mismo. – Pues, puede ser, que...

– Espera un momento – me interrumpió el profe – ya lo tengo, qué pasa si... no, eso no sirve.

– Pues, en realidad un contra-ejemplo implicaría encontrar un elemento de la Inteligencia que no exista, y no pueda existir, en la Inteligencia Artificial, pero, si no me equivoco eso significaría no crear verdadera Inteligencia Artificial – comprendió Charle, lo cual me hizo sentirme más y más lejano a encontrar una solución al problema, porque ¿cómo creas

algo que por definición no puede ser creado? Porque si lo creas ya no existe. Vaya, eso ya sonaba muy mal.

– No Charle, no sólo eso – contraatacó el profe – deberíamos asegurarnos de que no existe elemento alguno en la Inteligencia Artificial que nosotros mismos no podamos inferir.

– Pero... – se tomó un instante Charle y continuó – eso tampoco sería Inteligencia ¿dónde queda la creación? La capacidad de innovar, inventar e imaginar mundos nuevos, increíbles e inalcanzables. – Fueron las palabras llenas de sabiduría que nuestro querido amigo Charle había proferido, tras las cuales, el ambiente se tornó un poco más liviano. Si Charle tenía razón nuevamente, entonces, su demostración estaba mal, y, si su demostración erraba las conclusiones, implicaría que la Inteligencia Artificial sí podía existir.

Fue en ese instante cuando lo vimos, todos al mismo tiempo hallamos el tan esperado error en los cálculos de Charle. Nos reímos mucho con el ejemplo que dio el profe al problema resuelto.

– Te faltaba una variable mi amigo.

– Un sin fin de ellas por lo que entiendo – dijo Charle muerto de risa.

– Es como si Fito fuera la Inteligencia Artificial, menudo comparado conmigo, siendo yo la Inteligencia humana y ambos demasiado pequeños ante el conjunto faltante, un Charle, que prácticamente se antoja infinito compuesto de razones aún en la oscuridad de ambos conjuntos.

Ese era el error, faltaba un conjunto en la variable, un conjunto que de cuando en cuando entrega elementos que le pertenecían, a los otros dos conjuntos o a alguno de ellos, haciendo que éstos fueran más grandes que antes de este evento, cambiantes en maneras ilimitadas. Y siendo así, significa que la Inteligencia no sólo no tiene una forma definida, sino que cada persona moldea su forma dentro de sí, dentro de su cerebro, por ello, lo que para algunas personas es un hecho llano, para otras es un completo enigma.

¿Existe la inteligencia? ¿qué es la inteligencia? Sería una pregunta más justa, nosotros, los seres que la poseemos la definimos como una capacidad de resolver problemas, sin embargo, no todos los problemas tienen solución, al menos no para todas la inteligencias. Por ejemplo, si mi maestro de Álgebra pone un problema frente a mí y yo, dedico mi vida entera a buscar la solución y no la encuentro ¿eso me hace un ser sin inteligencia? No, ¿eso hace que el problema no tenga solución? No, pues mi maestro la conoce, incluso me la comparte. Esto significa que si algo es inteligente, como por ejemplo la Inteligencia Artificial, entonces debe existir un problema, por no decir miles de ellos, que no hayan sido

solucionados por ninguna inteligencia, artificial o no, que tarde o temprano pertenecerán a los razonamientos de alguna o ambas. Todo ello convierte, con justa razón, a la Inteligencia Artificial en una instancia de nosotros, seres pensantes, pero creada por nosotros mismos.

Después de esta maraña de razonamientos, aparentemente interminables, Charle comprendió que las matemáticas estarían en nuestra contra y a nuestro favor en igual medida. Si bien es cierto que como científicos tenemos la obligación de dudar de nosotros mismos, no debemos hacerlo tan arbitrariamente, pues explicar al ser humano matemáticamente es una tarea que se saborea imposible.

Pero si de algo me di cuenta aquella noche es que la inteligencia es tan evasiva como el amor. Creemos conocerlo, pero no podemos definirlo y algo sin definición no puede ser creado ¿o sí?

Capítulo 8

La piedra invisible.

Los teóricos de la computación son en verdad grandes mentes haciendo cosas que pocos comprenden del todo. Son científicos llenos de conocimiento y un acervo invaluable de cálculos, algoritmos, axiomas y teoremas. Ellos son la piedra angular de nuestra investigación, porque ellos cometen los errores y nosotros, mi grupo de amigos y yo, los desdeñamos por eso. Sin embargo, al mismo tiempo y en mayor medida los admiramos y seguimos. Si digo que cometen errores me refiero a que el camino que toman no está planeado para realizar nuestro trabajo. Es como ocurrió con Charle y las matemáticas, tarde o temprano encontramos un muro puesto por nosotros mismos.

Tras el terror acontecido la otra noche yo me cree mi propia teoría respecto a qué ocurre entre la formalidad matemática y la Inteligencia, decidí llamarla La piedra invisible.

Imaginé un ser humano en los albores de su vida, un niño pequeño en la edad del por qué. Aún tengo destellos de mi edad de las preguntas, donde todo era nuevo y maravilloso; me sentía ávido de conocerlo todo y a mi alrededor tenía a esos entes extraños a los que llamaba gente grande, que lo sabían todo y para todo podían dar una respuesta, y la respuesta que dieran era siempre la correcta, no había lugar a dudas. La realidad es que nunca salimos de esa fase, pues no importa la edad que tengamos, siempre habrá alguien que sepa más que nosotros sobre algo, y en nosotros existe una naturaleza curiosa que nos hace querer saber. Es tan fuerte ese impulso que existen sociedades para la obtención de la denominada Verdad absoluta. Por desgracia, cuando aún somos muy jóvenes, nos enteramos de que esos entes sabios en los que creíamos no sólo no lo saben todo, sino que nos dan datos tan falsos que dudar de ellos se vuelve un ejercicio obligado; a veces tenemos que dudar de todo. Existe una incontable cantidad de sectas, grupos secretos, cosas paranormales, ocultismo y datos científicos, todo diseñado para encontrar la verdad en las cosas. De pronto, ahí estás tú, en medio de todo y nada al mismo tiempo, cerca de la verdad pero lejos de ella. Al final sólo puedes ir hacia algún rincón y guarecerte con los ojos cerrados y los oídos tapados para no escuchar una nueva verdad cuando a penas estabas entendiendo la primera. Qué hecho tan abrumador.

Por supuesto la ciencia es la mejor verdad que existe, y no soy imparcial al decirlo. Si bien es cierto que se equivoca como todas las otras formas de verdad, al menos ésta comete errores, escucha otras versiones de las cosas, duda y no acepta algo que no pueda ser demostrado. Por fortuna, o

desgracia, ni siquiera ésta es la fórmula infalible para la verdad, porque éste término, la verdad, es tan abstracto, esquivo, elusivo que lo demostrado siempre tiene errores u omisiones, siempre.

A veces pienso que la ciencia se equivoca más, pero ¿será su forma de aceptar los errores lo que da esta sensación? Tenemos la necesidad de no aceptar nuestros errores. Pronto aprendemos que tener credibilidad es el valor más grande que existe, y ¿por qué? Porque siempre buscamos la verdad, y si alguien tiene un atisbo de ella, es alguien digno de ser seguido. Cometer errores te convierte en alguien detestable.

Lo sé, otra vez estoy filosofando, mascullando razonamientos combinados de cosas ciertas, cosas falsas y más razones. Ahora, para asegurarme de que todo cuanto he dicho sea creíble por completo, terminaré diciendo algo de lo que nadie pueda dudar y esto será que: todo es verdad y todo es mentira, hasta que se demuestre lo contrario, y una vez que la balanza se incline hacia algún lado, unos cuantos hechos más del otro lado quitará el poder que se había ganado.

He descubierto nuestro problema, nuestro error para encontrar la verdad es que no lo sabemos todo, y como no lo sabemos todo, cuando llega un conocimiento nuevo éste puede inclinar la balanza hacia cualquier lado, aleatoriamente, o no tan aleatoriamente, más bien hacia lo que estemos buscando, pues cuando llegue alguien dispuesto a buscar en el lado opuesto, sin lugar a dudas, encontrará aquello que nos haga tropezar. Pero esto significa que hay una solución, la solución es saberlo todo. Si lo conociéramos todo, nadie nos podría desmentir jamás, pero ¿por qué no lo sabemos todo? Suena a que eso sería el fin de nuestros problemas.

Por eso llamé a mi teoría La piedra invisible. Siguiendo ésta simple instrucción, me imaginé viendo una piedra por primera vez en mi vida. Es fría, inanimada, común y poco interesante ¡vaya! Es una vil piedra. Pero recuerda que yo lo debo saber todo, así que la observo un poco mejor, me acerco a ella, la tomo en mis manos y verifico qué tan pesada es, qué color tiene, qué sabor tiene y noto que es un poco más pesada que otros objetos igual de inanimados que ella, su color es básico, gris, y su sabor es como el de la tierra, pero ¿por qué sabe a tierra? Me acerco un poco más y noto que tiene tierra a su alrededor y en su interior ¡está compuesta de tierra! Así que antes de poder continuar con mi piedra debo saber qué es la tierra, qué la compone, qué se puede encontrar en una partícula minúscula de tierra. Tomo una partícula de tierra y ésta tiene moléculas, muchas y todas diferentes, antes de ver las demás necesito verificar una de ellas, así que noto que está compuesta de átomos, electrones, protones, neutrones; partículas más pequeñas, subatómicas ¿ellas qué tienen? Necesito tomar una y ver sus propiedades y justo en ese momento, cuando me estoy acercando a la verdad sobre esa partícula minúscula, me doy cuenta que me faltan una infinidad de elementos más por analizar y que dejé a un lado para concentrarme en cada aspecto del

todo. Por eso es invisible esa piedra, porque si así viera las cosas nunca terminaría de ver nada.

Qué ejemplo tan burdo, sin embargo, ese ejemplo tomó a mis interlocutores: Charle y el profe, totalmente desprevenidos. Cuando terminé mi ejemplo, no lo creerás, pero tomaron la imagen de una piedra y la pegaron a un lado de "Manos dibujando", hasta buscaron una en el jardín para ponerla sobre una de las mesas, como pisa papeles.

– Aún no he terminado – dije demasiado emocionado como para ser amigable con ellos.

– Pero claro que no, por favor continúa fito – contestó el profe con tal nivel de excitación que tampoco notó lo seco de mis palabras.

– Pues ayer estaba investigando un poco de teoría. Me encontré por supuesto con los conocidos problemas no computables y, eso fue lo que me hizo pensar en nuestra terrible necesidad de pedir a las computadoras que realicen trabajos que nosotros mismos somos incapaces de realizar, la solución de todo.

– La piedra invisible – dijo el profe en su tono de comprensión que lo caracterizaba.

– Es correcto – contesté – así que si los problemas son imposibles de resolver es por culpa nuestra, no por una capacidad insuficiente.

– Pero claro fito – profirió Charle en un aullido de felicidad – las computadoras inteligentes no serán aquellas que lo sepan todo, sino aquellas que sean tan ignorantes como nosotros mismos. Si les damos la capacidad de omitir detalles innecesarios cometerán miles de errores, pero no se sobrecargarán.

– Todo lo que estamos mencionando ya existe – contestó el profe –. Los algoritmos genéticos tienen la capacidad de omitir detalles que no llevan a la solución, quitando la basura con la supervivencia del más fuerte, el más apto. Sin embargo me parece que puede ser un punto de partida para algo nuevo.

Para aquél entonces el profe ya había completado su algoritmo, ese en el que estuvo trabajando durante casi un mes. Más de una vez me pregunté cómo es que llegamos a desarrollar un algoritmo cuando ya habíamos acordado que, dando instrucciones precisas no seríamos capaces de llegar a nuestro objetivo, sin embargo, cuando compartí mi inquietud con Charle, me contestó – todos tenemos reglas en nuestra forma de actuar, somos seres programados y programables, pues nuestras respuestas a los acontecimientos pueden ser modificadas a placer, o al menos eso hacen los psicólogos, creo. – A lo cual no tuve respuesta. Tenía mucha razón,

claro que no era totalmente cierto, pero tampoco iba por mal camino, creo.

Por supuesto, al terminar esta breve charla tuvimos que poner manos a la obra, no en el trabajo, sino en la preparación de la cena. Para aquél entonces ya había llegado la tan esperada navidad y el profe había decidido organizar una gran cena en nuestro hogar, a la cual invitó por supuesto a sus Maries junto con algunos familiares suyos que yo no conocía. Charle se había encargado de invitar a los amigos más entrañables de ambos y a mi me pidieron extendiera la invitación a mi familia, pues cuando dije que no pensaba irme para pasar las fiestas con ellos, consideraron que una invitación era lo más apropiado. Evidentemente tampoco extendí la invitación, pero fue un buen gesto de su parte.

El hogar tenía adornos por todas partes, un gran árbol de navidad se había apropiado del centro de nuestra área de trabajo y era tan alto que alcanzaba las marquesinas de los niveles superiores. Los pasamanos y ventanas habían sido enmarcados con luces de colores, los jardines y fuentes también, y éstos últimos, además de las luces, tenían un nacimiento tan extenso que había convertido a uno de nuestros patios exteriores en una representación a escala de lo acontecido en Belén hacía dos mil años, con pesebre, animales, pastores, desiertos y bosques. El otro, era una representación a escala de los reinos de oriente, con castillos cuyas cúpulas terminaban en finas puntas, elefantes, estepas y lagunas. Aparentemente para llegar a su destino los reyes magos tendrían que cruzar toda la estancia.

La cena se compondría de pavo, pierna rellena y bacalao. Charle había hecho alarde de una salsa de uva que también se dispondría para el banquete. Yo por mi parte me contenté con rebanar el pan y acomodar los platos y cubiertos.

Poco antes de las siete de la noche llegó Mary con su mamá, venían muy contentas y dispuestas a ayudarnos en lo que fuera necesario, traían un guiso de romeritos y una gelatina enorme. Esa noche se había puesto un vestido soberbio, rojo con listones verdes, la falda llegaba arriba de la rodilla y se antojaba un poco infantil, pero las zapatillas altas y el cabello largo y ondulado la hacían verse como una joven madura y seria, aunque no mucho. Cuando entraron Charle me sacó de un estado de embeleso con un golpe seco pero amigable en la nuca, diciéndome – ey, ey, es como si fuera mi hijita, así que mucho cuidado granuja – esto hizo que Mary soltara una risita muy coqueta he inocente. Cuando me saludó puse mucho cuidado en mis movimientos, esperando que no se malinterpretara ninguno de ellos, pues me sentía evidenciado y observado.

No pasó mucho tiempo antes que comenzaran a llegar los invitados, el profe y su espo... ex esposa daban la bienvenida a cada uno con una

sonrisa, para acto seguido, volver a sus actividades de preparación. Si no supiera que estaban divorciados juraría que eran marido y mujer, se les veía muy amigables el uno con el otro, además de muy cómodos con la situación.

– Tío Marcos, tía Ágata, les presento a fito, es un gran amigo y colaborador de mi padre.

– Ha excelente, excelente – dijo aquél hombre bien parecido, pulcro, delgado y con una barba definida y bien cuidada. Tenía el cabello y la barba canosos pero él no parecía tener arrugas, su esposa, la tía Ágata, era mucho más joven que él, hermosa, esbelta y muy elegante. – Es un placer – dijo la tía – ¿también imparte clases como Mario? Es un gran profesor, muy inteligente. – Creo que no todos sabían a qué nos dedicábamos, así que sólo contesté con una sonrisa diciendo que efectivamente era muy inteligente y ellos no indagaron más.

– ¡Charle! – continuó el señor Marcos – hace tanto que no te veía ¿cómo van esas mujeres? – antes de que pudiera contestar continuó Ágata – ¿ya sentaste cabeza?

– Eh, jum, no. Estoy muy ocupado – contestó Charle demasiado cortés y serio como para tratarse de él mismo, cuando terminó el ritual de saludos y buenos deseos y los tíos se alejaron se me acercó Charle y dijo – aborrezco a ese par, son los familiares más presumidos y pedantes de la familia de Mary. Superficiales en verdad.

– Se nota, – contesté haciendo una pequeña pausa – que los aborreces, no te atreviste ni hacer una sola broma por miedo a que se quedaran a continuar la conversación.

– Ah, espero que ellos no lo hayan notado, no quiero parecer grosero ante los invitados, pero en verdad me cuesta trabajo socializar con gente como ellos.

– Eso es increíble, que te cueste trabajo socializar.

Durante la llegada de los demás invitados éste ritual continuó su marcha, Mary venía con los recién llegados, me presentaba y acto seguido saludaban a Charle. Con lo cual comencé a ver que no eran sólo los tíos Marcos y Ágata, todos los invitados, familiares de Mary, se antojaban detestables para Charle, pues tras alejarse, siempre había un defecto que a él le parecía inapropiado. Que la prima Karla era muy presumida, el primo Mariano mimado, la tía Rita muy perfumada, etc... Al poco rato, y gracias a sus inexistentes habilidades de socializar con ellos, nos encontramos los dos fumando en uno de los jardines, el de los pastores, e intercambiado unas cuantos chismes más, por supuesto. Cuando llegaron los amigos comprendí porqué Charle no soportaba a los familiares. Pues,

con Emanuel el saludo implicaba un brindis bebiendo directamente de la botella de vino tinto; con Pedro, después del saludo, Charle llamó al profe a que se incorporara con ellos, y los cuatro, incluido Emanuel, bebieron un tarro de cerveza cada uno hasta el fondo; con Teodoro mezcal y con Carlos whisky. Para cuando llegó la hora de cenar, todos estaban lo suficientemente tomados como para haber perdido el pudor y conversar fluida y estrepitosamente. Hecho que provocó algunas miradas lascivas y cuchicheo entre los familiares de Mary, ella, la mamá, no sólo parecía contraria a las ideas de sus familiares, sino que, aquellos también eran amigos suyos y compartía el estrépito y conversación con ellos, aunque ella no había bebido.

A la hora de la cena todo volvió a la calma en los frentes de batalla entre familiares y amigos. La tregua duraría mientras la comida no escaseara. Se pasaban el pan amablemente entre ellos y hasta intercambiaban unas cuantas palabras.

Durante el postre el profe se levantó y brindo a la salud de todos los presentes. Agradeció su compañía y acto seguido dijo – amigos, esta cena, además de tener la intención de reunirlos para celebrar la navidad fue pensada para compartirles nuestras metas. Pues Fito, antes alumno y ahora colega, Charle, todos ya lo conocen – esto último no sin una risa general – y yo, nos disponemos a realizar una investigación que será, si la completamos exitosamente, una de las más importantes y aclamadas de nuestra era. – Los amigos hicieron gestos de apoyo y asombro, mientras los familiares, entre ellos Mary, la ex que parecía haber cambiado de bando, se miraron e intercambiaron unas cuantas palabras en secreto. – Nuestra meta es difícil de alcanzar, pero no imposible, – continuó el profe – nosotros crearemos la primer computadora inteligente, la denominada Inteligencia Artificial.

La sala se convirtió en un panteón a media noche. El único sonido audible era el del agua de los jardines corriendo por entre los reyes magos y pastores, pero justo antes de convertirse en un momento incómodo, el tío Marcos dijo – Muchas felicidades a los tres, suena como un avance muy importante y creo hablar por todos cuando digo que les deseo la mejor de las suertes en esta nueva empresa que se han echado a los hombros. – Con estas simples palabras, la tensión se rompió y fue seguida de aplausos y ovaciones, por supuesto, yo, desde mi lugar, en un rincón de la mesa, me sentía extrañamente incómodo por la situación, pues si soy cínico en la vida cotidiana, no lo soy tanto cuando mi trabajo es expuesto ante un grupo de desconocidos y menos aún cuando los avances son escasos. Sin embargo, parecía que no era la primera vez que habían escuchado algo así de labios del profe. Cuando eché un vistazo a los presentes, éstos parecían despreocupados y hasta incrédulos, de hecho, no parecían darle la menor importancia, excepto cuando crucé mi mirada con Mary, la hija, la hermosa Mary, que me miraba desde el otro lado de la mesa con un gesto de preocupación, para, acto seguido, voltear a otro

lado evitando mi mirada.

Terminada la cena me refugié con los reyes magos, no podía ir a mi habitación, pues se consideraría una descortesía, así que me dediqué a fumar con Melchior. De repente, se abrió la puerta y cuando pensé que sería Mary resultó ser la tía Ágata, con un cigarrillo colocado en una boquilla, de esas que usan las damas de alta sociedad, pidiendo fuego.

– ¿Hace cuánto que conoces a Mario? – me preguntó sin tapujos y con una mirada un tanto sospechosa.

– Pues, no mucho, quizá unos tres meses.

– ¡Vaya!, Mario no cambiará, mi hermana tuvo buenas razones para separarse de él – contestó de un modo que me hizo sentir incómodo – ese hombre es capaz de dejar todo por ir detrás de uno de sus sueños. Cuando Mary y él se separaron, ella fue a verme llorando para decirme que ya había tomado la decisión, por supuesto yo la apoyé y aún lo hago – de algún modo, sentía que todo eso no era apropiado para que yo lo escuchara, ¿qué le pasaba a la tía Ágata? Ni siquiera nos conocíamos y ya andaba divulgando sus perspectivas sobre el divorcio del profe.

– Pues no sé qué contestar, como te había comentado no lo conozco mucho – trate de dejar de lado el <<usted>> para que notara lo inapropiado de su conversación.

– Lo que más me sorprende es que según me dijo mi hermana, vives aquí sin oficio ni beneficio ¿qué planes tienes para cuando a Mario se le termine la “inspiración”? Porque quizá no lo conoces bien, pero yo sí, y sé que es tan cambiante como estas luces de navidad. – Ahora si entendía a Charle, esta mujer era muy extraña y maleducada, pero comprendí que lo que decía lo decía por el desdén hacía el profe y el cariño hacía su hermana.

– Tía Ágata – había llegado Mary a salvar la noche – mi mamá te busca – la tía arrojó el cigarro sin contemplación a la fuente, guardó su boquilla y se fue. – ¿Te encuentras bien? Me preguntó Mary con una clara preocupación en el rostro – conozco a la tía Ágata y sé que es muy grosera y directa, espero no te haya molestado.

– No, para nada – mentí – ¿tú? ¿estás bien? No pude evitar notar que no fue de tu agrado el anuncio del profe. – Se veía tremendamente hermosa a la luz de la luna, a lado de Balthassar.

– Amo mucho a mi papá, pero a veces creo que vive en un mundo de fantasía, no es la primera vez que dedica su tiempo a cosas de ésta naturaleza. Mi mamá me contó que de hecho ésta casa la construyó con uno de sus proyectos, pues un empresario estaba deseoso de crear un sistema operativo y mi padre le ofreció crear al mejor del mundo,

controlado mediante instrucciones de voz. Decía que podía aprender los gustos del propietario para abrir aplicaciones según sus costumbres. Pero a los dos años de comenzado el proyecto le fueron retirados los fondos por que su trabajo no avanzaba como había esperado, fue despedido y el empresario lo vetó de las compañías de amigos y socios.

– Eso le puede ocurrir a cualquiera, pero no cualquiera acepta una responsabilidad tan grande – contesté, no sin notar lo lloroso de sus ojos.

– Preferiría que fuera cualquiera, porque un cualquiera no hubiera abandonado a su familia por un sueño tonto.

Ante eso no tuve palabras, la tía Ágata había sembrado la semilla y yo la veía germinar. De repente ni los reyes magos me servían de escapatoria.

– Dime una cosa – continuó – tú ¿crees que en verdad este proyecto suyo tiene posibilidades? ¿crees que logre lo que se propone? – ya tenía suficiente de esto, la tía Ágata había dejado mi tolerancia muy baja, además el tema familiar, considerando a mi familia... no era mi fuerte.

– Creo que es momento de que dejes de lamentar el hecho de que tu padre tenga una vida en la que no seas el centro del universo. Creo que la separación de tus padres no fue cosa de uno, sino de dos y también creo que debes madurar para comprender que la familia sirve para sobrevivir tus primeros años de vida, cuando no puedes valerte por ti mismo, y cuando ya no la necesitas debes separarte de ella como lo harías de una jaula.

Mentiría si dijera que nunca había recibido una bofetada, pero ésta no había sido totalmente merecida. Mary entró echa un mar de lagrimas y yo desee con todas mis fuerzas que nadie hubiera visto lo que había pasado, pero por desgracia esa maldita casa era todo cristal y luces.

Para cuando se fueron los últimos invitados, los amigos, mis piernas ya estaban entumecidas y me había memorizado cada uno de los rasgos de Gaspar, me había terminado los cigarros y no tenía bebida, pero era preferible a tener que entrar en aquél lugar lleno de miradas desdeñosas. Mary, por supuesto, se había ido sin despedirse, de hecho, ella y su madre se fueron cinco minutos después de lo ocurrido. Pensé mucho, a dónde ir, qué hacer, con quién quedarme cuando saliera de aquella casa. Pensé en qué me diría el profe, en la cara de Charle y en el fin de tan excelente proyecto. Cómo un arrebató de ira de una niña inmadura había terminado con todo aquello, aunque fuera muy hermosa. Pero justo cuando pensé que todo había terminado, cuando vi que el profe y Charle iban hacía mi con rostros molestos, entró ella por la puerta principal. Aún llevaba aquél vestido que me dejaba sin aliento e iba seguida por su madre. Intercambiaron unas cuantas palabras que no pude entender y acto seguido, el profe, su ex Mary y Charle salieron de la casa, éste último me

hizo una seña que denotaba una amenaza clara. Mary cruzó la puerta de cristal que nos separaba y se paró justo frente a mi como había estado hacía unas horas.

– Eres un idiota – susurró – pero un idiota muy sincero; no debí abofetearte y menos frente a toda esa gente, pero he hablado con mi madre y ella ahora está explicando lo que pasó a mi padre y a Charle.

– Está bien – contesté, era obvio que esa era su manera de disculparse, pero no tenía ganas de escuchar más.

– ¿Sólo dirás eso? Mira, sé que hice mal, pero no debiste hablarme así. Yo sólo intentaba que comprendieras. Pensé que me entenderías.

– Está bien, no te preocupes.

– Ya basta, puedes hablar, dime lo que piensas, prometo que no volveré a dejarme llevar. Por favor. – Eso último me supo falso, pero no sabía cómo actuar.

– No dije nada malo, es mi manera de ver las cosas nada más, pero tú echaste a perder la relación con mis colegas y de paso la excelente relación que comenzaba a tener con tus familiares – el sarcasmo ayudaba – no sé porqué hiciste lo que hiciste, pero lo hecho, hecho está.

– Pero, me lastimaste.

– ¿Qué? Si ni te conozco, ¿cómo puedo lastimarte? La próxima vez no pidas mi opinión, mejor dime qué quieres escuchar y con gusto te complaceré. – otra vez comenzó a llorar, creo que esa noche, no era mi noche. No estoy seguro de qué pasaba afuera, pero temí que volvieran a entrar y encontraran la situación peor de como la habían dejado.

– Eres igual que él, no les importa nada.

– No quiero discutir contigo. Tus padres están afuera y nosotros no tenemos nada más de qué hablar. Creo que lo mejor será olvidar todo esto, explicaré al profe y a Charle lo que pasó y ellos decidirán cómo abordan la situación – odiaba esto, cómo una comida familiar se había convertido en algo tan dramático.

– Como quieras – contestó mientras secaba sus lágrimas y cambiaba a una expresión fría y distante.

No estoy seguro de qué pasó después. Entré en la estancia, más que rabia sentía tristeza. Ella me siguió, me giré para verla, temiendo que fuera demasiado evidente en su rostro nuestro nuevo altercado, y en ese instante me encontré con sus labios. Fue un momento fugaz, frente al

árbol de navidad, con los reyes magos como testigos y las luces navideñas como firmamento. No recuerdo dónde tenía mis manos, seguramente las tenía torpemente a mis costados, como un cuerpo sin vida. Aquello me había tomado por sorpresa. Lo que si recuerdo es lo cálido de sus labios y el aroma de su perfume. Al separarnos, colocó lentamente su dedo índice sobre mis labios, implorando mi silencio. Después abrió la puerta principal de la casa, recibió a los exiliados con una sonrisa y les dijo que ya habíamos arreglado las cosas.

– Eres un granuja – me dijo Charle, más jocoso que enojado – mira que lastimar así a mi princesita. Pero disculparas a tu tío Charle – esto último dirigido a Mary – sin embargo, estoy de acuerdo con fito, tu padre está haciendo lo correcto.

– No pretendía lastimarlas – dijo el profesor dirigiéndose a Mary, la ex – pero tenemos fe en nuestro proyecto. Las amo demasiado como para obligarlas a soportar ésta carga, que sólo nos pertenece a nosotros. No deben... – Mary la mamá puso un dedo sobre los labios del profe, de la misma forma que había hecho conmigo la hija, y dijo – Nos vamos, pero tienen nuestro apoyo – después de esto lo besó y ambas salieron de la estancia. Mary me dirigió una sonrisa desde la puerta y desapareció. No me había movido un ápice y mi expresión seguramente tampoco había cambiado. Una expresión cómica de incredulidad.

– Si, igual que siempre, esa Mary nunca cambia – dijo Charle, a lo que el profe y yo, atónitos, no pudimos más que asentir. Creo que a los dos nos iba bien esa frase.

Capítulo 9

El rompecabezas de la vida.

- Ahí tienen. Según la caja debe transformarse en una bebida.
- Charle, es un paisaje, no una bebida – contesté ante el juego que nuestro querido amigo había depositado estrepitosamente sobre nuestra mesa de trabajo, permitiendo que las piezas se esparcieran por doquier.
- París de noche, mi querido fito, un paisaje y el nombre de una bebida ¡ah como quisiera una en este momento!
- Trae una botella de vino de la cocina Charle, a mi también me vendría bien un trago – dijo el profe mirando el rompecabezas, totalmente deshecho, que yacía sobre la mesa. Mientras Charle se aprovisionaba de las bebidas, el profe continuó – ¿y qué se supone que haremos con esto? Debo confesar que ya había notado que nos hace falta una distracción, ya que no todo puede ser trabajo, pero ¿un rompecabezas? Temo decirte Charle que me aburren demasiado.
- Lo sé, pero no es para entretenimiento que lo traje, sino investigación.
- Investigación ¿he? – dijo el profe mientras jugueteaba con su mentón sin despegar la mirada de la mesa y las piezas esparcidas caóticamente en la misma.
- Últimamente tenemos muchos algoritmos, conjeturas, teoremas y se me ocurrió que podríamos ponerlos en práctica con un elemento tan simple con un rompecabezas – anunció Charle mientras servía una copa de vino a cada uno de nosotros, incluido él por supuesto.
- Creo que ya estoy entendiendo – contesté – ¿quieres aplicar los algoritmos y teoremas en la resolución del rompecabezas?
- Es correcto.

Y ahí estábamos nuevamente. En nuestras cabezas revoloteaban las teorías, axiomas, algoritmos, es decir, todo lo que habíamos barajado durante nuestra investigación. Estaba la piedra invisible, el algoritmo del profe, las manos que dibujan, las frases del pizarrón y algunas anotaciones más. Y ahora que lo recuerdo, creo que fue un momento muy cómico, nosotros tres, sentados mirando el rompecabezas, con un

cigarrillo en una mano y una copa de vino en la otra.

La magia dentro de un rompecabezas es que no hay verdades a medias, pues una pieza va o no va en la posición elegida y si por azares del destino, aparenta pertenecer a una sección específica, conforme se van desvelando más secciones, tarde o temprano se vuelve evidente el error. Esa pieza faltará en algún lado y otra podrá tomar su lugar, creando una solución.

Así pues, la frase del pizarrón era aplicable en momentos de duda. Cuando una pieza parece pertenecer a una sección particular, podemos presionar (meter falsedades en la ecuación) con más fuerza para que encaje. Pero esto no constituirá un error hasta que se tenga el rompecabezas casi terminado, es decir, lo sepamos todo. Porque justamente un ejemplo hermoso de la piedra invisible es aquél que presenta un rompecabezas: el ejemplo de la piedra y las moléculas se acota en un problema con elementos finitos, dejando libertad a mirar con detalle cada elemento hasta que, al terminar o casi terminar de armar, nos volvemos más sabios y por ende podemos decir si lo que parecía verdad ha dejado de serlo.

Pero quizá el elemento que más valor aportaría sería el algoritmo del profe, pues hasta ahora no habíamos tenido oportunidad de ponerlo a prueba. Un conjunto finito de pasos que nos permitirían resolver cualquier problema de manera inteligente.

El tan esperado algoritmo del profe se componía de los siguientes pasos:

- Escuchar
- Registrar
- Analizar
- Priorizar
- Categorizar
- Eliminar
- Responder

Si, parece poco y simple, pero según el análisis del profe, éste conjunto de pasos eran suficientes para resolver cualquier problema, por complicado que fuera.

El profe procedió a explicarnos la forma en que debíamos seguir el algoritmo para resolver el rompecabezas. Tomando a Charle como ejemplo le pidió que hiciera un intento.

– Escuchar... ¿no sé si te refieres a la orden de comenzar a resolver el rompecabezas o a seguir tu algoritmo?

– A ninguna – dijo el profe con una sonrisa orgullosa – para entender lo que verá la inteligencia artificial debes colocarte en su posición, sé empático. Al hacer esa pregunta estás trascendiendo tu dimensión, eres

una mano que pretende abofetear al pintor.

– Tu universo es el rompecabezas, no existe nada más.

– Exacto fito. – aplaudió el profe y continuó su explicación – Charle, no existe nada fuera de esta mesa, así que ¿qué significado tendría el paso de escuchar?

– Si no fuera un matemático afamado me sentiría muy tonto, pero creo que no sé a qué se refiere el paso de escuchar cuando no hay sonido en mi universo.

– Afamado dependiendo de quién componga tu universo, pues si te refieres a nosotros si que lo eres – dije para acto seguido recibir un golpe en la nuca a modo de reprimenda por parte del ofendido, después de lo cual continué. – ¿Lo ves? Si tu universo se achica puedes deducir lo que deseas, pues “afamado” en un universo no es lo mismo que en otro, “escuchar” puede sufrir el mismo cambio.

– ¡Vaya! Creo que fito ya lo ha entendido y yo sigo en tinieblas, haz el favor de dejar de lado mi fama y explica cómo se “escucha” en el rompecabezas. No, ¡espera! – interrumpió antes de recibir una respuesta – ya lo entendí, el acto de tomar una pieza es escuchar. Es mi parámetro de entrada para comenzar el siguiente paso, el registro.

Una vez que Charle entendió el razonamiento del profe, fue capaz de completar un ciclo del algoritmo, pues hábilmente, tomó una pieza, la analizó, la dejó a un lado y dijo – terminó.

Fue así que unas horas más tarde podíamos contemplar la ciudad de París al anochecer, pero quizá estoy omitiendo la explicación de los demás pasos del algoritmo, los cuales, Charle si contempló en su primer ciclo.

Escuchar: Este acto se realiza al notar una pieza particular del conjunto que había sobre la mesa. Pues, en verdad estás en la disposición de permitir que existan en tu universo.

Registrar: Al tomar la pieza y separarla del conjunto caótico al que pertenece se da total seguimiento a la misma.

Analizar: Este paso es complicado de definir, pues en él se incluyen conocimientos y experiencias previas. Puedes notar el color, la forma e imagen de la pieza.

Priorizar: Si notas que la pieza tiene una solución a corto plazo puedes continuar con ella hasta hallar su posición correcta, sin embargo, si notas

que la pieza no tiene sentido es momento de dejarla de lado.

Categorizar: Si la dejas de lado hazlo en un lugar donde colocarás todas aquellas que compartan una o varias características similares.

Eliminar: Una vez dejada de lado olvídala. Ya habrá un momento en que la encuentres nuevamente en tu camino.

Responder: Este paso es algo parecido a la auto-crítica, pues uno mismo ha de decidir si ya se terminó el trabajo, si vamos por buen camino, si vamos por mal camino o si simplemente no hay nada claro aún como para poder dar una respuesta trivial.

Es así, que repitiendo estos pasos una y otra vez es posible solucionar el rompecabezas. A cada paso que dábamos, repetíamos en voz alta en qué parte del algoritmo nos encontrábamos. Comenzamos torpemente y con errores, pero al poco tiempo ya eramos máquinas repitiendo los pasos sin vacilar.

Evidentemente, cuando se crean conjuntos de colores similares, el universo se hace más y más pequeño, dejando el problema completo de lado hasta resolver uno que se ajusta más a nuestras capacidades.

– Si he de ser sincero, no fue una epifanía – dijo Charle una vez que terminamos el juego – no siento que haya sido un gran avance ¿y ustedes?

La respuesta fue una negativa en redondo, si bien habíamos desmenuzado un ejemplo de razonamiento, estábamos aún demasiado lejos del objetivo. Esa mañana, me fui a la cama un poco confundido. En verdad parecía que cada paso dado nos golpeaba de frente contra una pared de hormigón. Pensé mucho, en nuestras metas, en nuestros avances, en Mary; en lo que podrían estar pensando mis colegas desde sus lechos, y noté, que debían estar tan confundidos como yo. Este pensamiento me desalentó. Pues es como estar perdidos sin que nadie tome la batuta para guiar al grupo. Pero no había forma de culpar a nadie, porque parecía que cada vez que alguien intentaba guiar terminaba internando más y más al grupo en un bosque sin fin.

Capítulo 10

Agua en el retrete.

Si bien yo no salía mucho, comenzaba a sentir un aburrimiento constante en aquella casa. A pesar de ello, el trato que había hecho con el profe era trabajar a cambio de mi manutención, no llenarme de lujos o proporcionarme dinero para realizar actividades fuera. Un par de ocasiones había salido con Charle. Lo acompañaba a comprar víveres, a que comprara alguna camisa o a la barbería. También salía al jardín para recortar el césped cuando crecía demasiado; lavaba los platos cuando era mi turno y hacía aseo general cuando me correspondía. Cuando no trabajaba leía un poco, veía algún video en mi computadora, o jugaba algún videojuego, sin embargo, la monotonía comenzaba a pasar factura por esos lares.

El profe, por otro lado, parecía muy cómodo, sentado todo el día en su sillón de costumbre, pasando las páginas de algún libro o escribiendo sobre un trozo de papel. La mayor parte del tiempo se veía muy abstraído en algún tema que rara vez compartía.

Una de aquellas noches en que nos encontrábamos en el área de trabajo, consumidos por profundas cavilaciones y sin decir palabra. Fue cuando pregunté a mis compañeros qué les parecía aquella situación. Donde, todo era monótono y aburrido.

– Profe, Charle, me he sentido muy aburrido estos días, creo que me falta alguna distracción.

– Maldita sea fito, tienes razón – contestó Charle con un suspiro – como que la pasión de nuestro trabajo quedó de lado. Todos los días hacemos las mismas cosas.

– Bueno, pues si se sienten aburridos deberían buscar un hobby – dijo el profe desde su sillón sin mostrar ningún sentimiento – yo por mi parte me siento muy a gusto haciendo lo que hago y lo he hecho desde que tengo memoria.

– Pero Mario ¿no recuerdas cuando salíamos a los bares y nos íbamos de parranda toda la noche?

– Claro que sí Charle, pero esas cosas no me apetecen más. Si he de ser sincero mi única ambición es completar nuestra tarea y creo que ambos

saben la importancia que esto tiene.

Al escuchar esto nos miramos Charle y yo, nos encogimos de hombros y volvimos a nuestras tareas. En aquellos momentos me encontraba diseñando una neurona. Mi intención era crear una red neuronal que siguiera el algoritmo del profe sin que fuera directamente programada para ello. Pero mi cabeza no daba más, simplemente trabajaba de forma maquinal.

Poco tiempo después se levantó el profe, encendió un cigarrillo y paseó por la estancia. Charle y yo solamente lo miramos de reojo. Supusimos que estaba descifrando alguna idea en su mente, quizá algún ajuste a su algoritmo. Pues, después del rompecabezas, decidió que era una tontería centrar la inteligencia en tan pocos pasos. Al menos eso dijo.

– Fito ¿qué te gustaría hacer? – preguntó repentinamente, frunciendo el ceño y esperando una respuesta.

– Pues sinceramente no lo sé, sólo sé que quisiera hacer algo diferente.

– Ya veo – contestó sin mover un músculo mas que los de la boca – Charle, a ti ¿qué te gustaría hacer? – En aquél momento miré a Charle pensar y noté, bueno, ya lo había notado antes, pero esta vez me pregunté porqué lo hacía; noté que siempre vestía de traje y corbata, sin importar el calor o la incomodidad que ello suponía. Evidentemente él ya estaba muy acostumbrado a eso.

– Pues... ahora que lo mencionaste me doy cuenta que a mi tampoco me agrada tanto como antes salir de juerga – entristeció – pero si me siento aburrido.

– Qué interesante – contestó el profe, sin sarcasmo. Parecía que en verdad lo consideraba interesante, y comenzó a cavilar nuevamente. Charle y yo nos volvimos a mirar y nuevamente nos encogimos de hombros al no entender a qué iban todas estas preguntas. Cuando nos disponíamos a volver a nuestras labores continuó el profe – ¿Por qué nos aburrimos? ¿lo han pensado?

– Pues porque no estamos haciendo nada diferente – dije – como que todo es lo mismo. – Quizá en una circunstancia distinta. Si no hubiera estado cansado de todo aquello, habría intentado descifrar a qué se refería el profe. Pero en ese momento contesté lo primero que me vino a la mente.

– Seguramente estás tratando de descifrar por qué la inteligencia humana se aburre – contestó Charle – y te aseguro que si no estuviera aburrido me interesaría mucho amigo mío. Pero en este momento, creo que no

quiero continuar por ese camino.

– Evidentemente, y fito está igual que tú. Sin embargo, es sumamente interesante notar que, sin un estímulo, la mente humana se vuelve incapaz de pensar. Incapaz, incluso, de buscar el estímulo que le falta. – pensó un momento y nos dijo – ¿qué les parecería si desmenuzamos este razonamiento? – a esto respondimos que si era lo que quería hacer, pues, podíamos intentarlo – Muy bien – continuó – y ¿si buscamos una película en internet, hacemos maíz tostado y dejamos todo de lado por hoy?

– Bueno, – dijo Charle – eso no suena tan mal – yo asentí.

– ¿Qué les parece si jugamos un videojuego? No estaría mal volver a patearle el trasero a Chale – Nuestro único hobby juntos era, en algunas ocasiones, jugar videojuegos. Matarnos durante horas. Sin embargo ya había pasado mucho tiempo desde nuestra última partida.

– Eso suena mucho mejor – contesté entusiasmado – sé que no son tan buenos como yo, pero prometo que esta vez no los atacaré hasta que estén listos.

– Mucho más interesante – dijo el profe, pero no parecía que hablara del juego.

– Creo que Mario nos está analizando. No parece tener intención de hacer nada de eso – adivinó Charle, y por la sonrisa del profe fue claro que había acertado.

– Estoy notando que el estímulo es como el agua del retrete: Si echas un poco de agua en él, ésta avanza lentamente. Pero si echas suficiente, continúa sola, sin la necesidad de persistir vertiendo líquido.

– Vaya – rió Charle – tenemos manos que dibujan, piedras invisibles y ahora

– Un retrete – interrumpió el profe con una sonrisa.

Mientras el profe dibujaba un retrete en el pizarrón, un tanto emocionado, Charle y yo nos mirábamos entristecidos al ver que finalmente seguiríamos trabajando sin hacer nada de lo que nos habían mencionado. Cuando terminó el profe continuó su análisis.

– Si no vertemos agua, el sistema colapsará. Simplemente no funcionará, aunque todo esté en su lugar, aunque el diseño sea impecable. La inteligencia necesita distracciones para poder mantener un equilibrio, de lo contrario, pierde sus capacidades. Pero vamos, no me miren con esas

caras de aburrimiento, esto es sumamente interesante.

– No es que no lo sea mi amigo, pero ahora mismo no podemos seguirte el paso ¿no es así fito?

– Ciertamente, – contesté – sin duda este será uno de los pilares de nuestro trabajo, pero necesitamos descansar antes de apreciarlo en todo su esplendor.

– No se preocupen más, creo que es todo lo que quería analizar por hoy, así que podemos hacer cualquier otra actividad en lo que resta de la noche.

Eran aproximadamente las diez de la noche cuando llegamos a estos términos, sin embargo, ya no parecía tan buena idea jugar videojuegos. Además, Charle y yo pronto descubriríamos que el profe tenía un plan para aquella noche.

– Hoy es el cumpleaños de mi hija – dijo, con una sonrisa. Yo sentí un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo. Tenía muchas ganas de ver a Mary, sin embargo, no había sabido nada de ella desde la noche de navidad, y de eso hacía casi un mes, pues ya nos encontrábamos a finales de enero.

– ¿Cómo lo he podido olvidar? – gritó Charle – me va a matar, bueno, nos va a matar. Ya es muy tarde y no hemos ido a verla. Tú como su padre te verás muy mal Mario, tan desconsiderado.

– Tranquilo mi amigo, ella me pidió que no me apareciera hasta después de las once y también me dijo que no me podía quedar mucho tiempo. Creo que organizó una fiesta con sus amigos y no quería que la interrumpiéramos. Jóvenes.

Eso me hizo sentir muy mal, después de todo, lo que pasó entre nosotros no había sido nada para ella. No sólo me había evitado, sino que no me había mencionado su cumpleaños. Era claro que no me quería ahí. Hice acopio de todo mi valor e intenté que mis pensamientos fueran invisibles a mis colegas, así que, con toda naturalidad, dije:

– Bueno amigos míos, ha sido una noche productiva después de todo. Si no les molesta yo preferiría quedarme, no tengo ganas de salir hoy.

– Pues... – contestó el profe vacilante – la verdad, no pretendía llevarlos. Mary me advirtió que podía ir un rato, sin embargo, no mencionó nada de ustedes, incluido tú Charle. – Ante esto, nuestro amigo hizo un ademán de sobresalto que lo hizo verse muy gracioso – No pretende ser grosera, pero ya saben como son con el tema de su espacio y eso. Además sólo será de entrada por salida. Así que si lo prefieren pueden hacer alguna otra

actividad mientras vuelvo, quizá mañana la podrán felicitar, si están de acuerdo.

!Epai, aquello era un golpe bajo. No sabía si el profe pretendía alejarme de su hija, pero lo que sí sabía era que ella lo estaba haciendo muy bien sola. En ese momento pensé que si así serían las cosas no había más por qué preocuparse. Si iba a comportarse como si nada hubiera pasado, por mi perfecto.

– Claro que no Mario, te acompañaré, tengo que felicitarla. Recuerda que el año pasado, cuando cumplió veinte, me dijo que estaba muy feliz de verme en su festejo. Yo si voy.

– En ese caso vamos. Fito ¿quieres acompañarnos? Podemos pasar a saludar un momento, finalmente ya les expliqué la situación, así que creo que se sentirá complacida si vamos un rato solamente.

<<¿Así que un rato?>> – pensé. Después de todo, no estaría mal ir para demostrar que no tengo problemas con ella. Es sólo una niña jugando un juego. Además, estaba aburrido ¿no?

– Si es sólo un rato creo que podemos ir, ya tiene mucho que no la veo. Creo que no se molestará si pasamos a saludar.

Capítulo 11

De fiesta.

El profe había dado con un punto muy importante. Y como dice la tercera ley de Newton: acción y reacción. En aquél estado de aburrimiento yo era un cuerpo inerte, sin la menor intención de modificar mi estado. Sin embargo, y dadas las reglas del juego que se habían puesto sobre la mesa, decidí que me presentaría en aquella fiesta como lo que en realidad era. Pues, es claro que sólo soy el compañero de su padre y también el pobre muchacho que, seguramente cree ella, la pretende. En estos casos la acción, es no tomar acción. Si ella decidió que no ocurriría nada más después de aquella noche de navidad, la reacción sería proporcional.

Cuando llegamos a casa de la ex esposa del profesor, aquello parecía ir en grande. Había un grupo de cinco jóvenes bebiendo y conversando acaloradamente en la parte exterior de la casa, así como una pareja besándose apasionadamente en un rincón oscuro cerca de la jardinera. La puerta principal estaba abierta; había vasos de plástico regados por todo el jardín principal y del interior de la casa salía una música estrepitosa acompañada de múltiples voces inarticulables. Parecía una fiesta descontrolada, por el alboroto que se armaba.

– Bueno, creo que comienzo a entender a qué te referías Mario – dijo Charle un tanto desilusionado – sin duda crecen muy rápido.

– Y que lo digas mi entrañable amigo, según sus palabras, no quería que armara alboroto o criticara su fiesta, así que creo que lo mejor será entrar, darle nuestras felicitaciones y salir.

– Sí, estos seres son una raza extraterrestre – contestó Charle en son de broma – nosotros éramos más mesurados. Seguramente el único que se siente en su hábitat es fito.

– Sinceramente odio este tipo de fiestas – contesté mientras miraba salir de la casa a un grupo de seis, cuyas claras intenciones era conseguir más alcohol, pues gritaban hacia el interior preguntando qué debían conseguir, y por las respuestas, apenas audibles, su misión era conseguir alcohol y cigarrillos.

Cuando estuvimos dentro de la casa, aquello parecía, más que una casa un club: Gente por todos lados, bailando, gritándose entre sí, comiendo, bebiendo, fumando, besando y; sentada en el sillón de la estancia, rodeada por un grupo de esa gente, estaba Mary. Tenía un vaso en una mano y conversaba despreocupadamente con un tipo que le sonreía de

manera demasiado amigable.

– ¿Papá? – dijo al ver al profe abriéndose camino por el mar de cuerpos descontrolados que estorbaban el paso. Se notó muy incomoda al verlo, aún más al ver a Charle. Dirigió su mirada nuevamente hacia el profe con una expresión de recriminación. Sin embargo, cuando saludó a Charle mostró la mejor de sus sonrisas.

– Muchas felicidades princesa – gritó Charle mientras la abrazaba – hemos venido a invadir este lugar porque creo que necesitan unas clases de cómo se hace una buena juerga, mira nada más lo aburridos que se ven.

– Muchas gracias por venir – contestó ella con esa sonrisa coqueta que acostumbra, después abrazó al profe y continuó – mamá me permitió hacer la fiesta, siempre y cuando terminara a las dos, máximo. Creí que... no sabía que vendrías (y traerías a Charle), esto último lo susurró a su oído, pero al inclinarse a un costado de la cara del profe, su mirada se cruzó con la mía. Ni siquiera me había notado, pero cuando lo hizo, incluyó una expresión de asombro, susto y enojo, todo en uno. Después, en menos de un segundo, esbozó una sonrisa y me saludó con un abrazo – Fito, no sabía que vendrían, pensé que estarían trabajando.

– Bueno, quisimos pasar a felicitarte – dije.

– Muchas gracias nuevamente ¿quieren tomar algo? Creo que fueron por más bebidas, no deben tardar.

– No hija – contestó el profe con una sonrisa forzada – recuerdo bien el trato, no te queremos perturbar, será mejor que nos vayamos, sólo vinimos a felicitarte y, bueno, tenemos que regresar al trabajo.

– Está bien – contestó ella evidentemente muy aliviada – mañana de cualquier modo te veré para comer.

Después de las respectivas despedidas, sumamente protocolarias y en absoluto entrañables, nos encontrábamos de nuevo en el auto, tan sólo cinco minutos después de haber bajado de él, seguro es un tiempo record para una fiesta.

– Maldita sea Mario, eso si que fue incomodo, no quería creerte, pero en verdad no tenía intención de vernos hoy, prometo que te haré caso en el futuro.

– Bueno, hay que comprenderla. Hablé con Mary y acordamos que dejaríamos a nuestra hija hacer esta fiesta, después de todo, será su último cumpleaños en el país, al menos por un tiempo.

– Así que después de todo sí se irá a Japón ¿he? – comprendió Charle. Ese hecho yo también lo había imaginado con la respuesta del profe.

– Así será, ya que cuando nos enteramos que había sido aceptada no tuvimos otra opción mas que dejar que festejara con sus amigos, pues no los volverá a ver en algunos meses, y ya sabes cómo es eso amigo mío.

– Creo que sí, sin embargo, no dejaremos que se vaya sin hacer nosotros también una despedida ¿no es así fito?

– Pues si ella quiere, claro que sí – contesté en un tono un poco molesto, pero mis amigos hicieron como que no lo notaban, o en verdad no lo notaron, y emprendimos el viaje de regreso a casa.

Aquella noche, en mi habitación, mientras escuchaba a lo lejos lo ronquidos de Charle amortiguados por las paredes, comencé a entender muchas cosas. Finalmente, la vida es así, uno no tiene explicación para todo lo que ocurre en ella, así que simplemente hay que dejar que las cosas pasen y no preocuparse por ellas. Sin embargo, algo me intrigaba intrigaba, no me sentía decepcionado, pero me intrigaba la razón que podría haber tenido ella para besarme aquella noche, no parecía lógico. Al darme cuenta que no tenía sueño, decidí bajar al patio donde ocurrió todo y fumar uno o dos cigarrillos, sumido en una noche melancólica. Me imaginé qué haría si ella entraba a hurtadillas por la puerta, me veía en aquél jardín que fue testigo de todo, y sin decir nada me volvía a besar. Me hubiera gustado, pero las cosas no siempre son simples.

Recibí el amanecer en el jardín, y al notar que el sol iba a salir decidí subir al tejado, para contemplarlo antes que nadie. El aire estaba fresco y la mañana tranquila, desde aquél lugar se podía ver un suburbio muy hermoso, lleno de casas, ante la poca luz presente parecían todas iguales. A lo lejos, en el horizonte, unas lomas tapaban los rallos del sol que se filtraban por encima de las mismas, iluminando con colores naranja una nube pequeña y solitaria que flotaba perezosa justo en el cenit. Me quedé observando la escena hasta que el sol me alcanzó y calentó mis entumecidos miembros, entonces, bajé a tomar algo para desayunar y sin mayor ceremonia me fui a mi habitación a dormir.

Capítulo 12

Huyendo.

Esa día, ya avanzada la tarde, me levanté bastante sedado. Al suponer que ya casi había terminado el día, sentí la urgencia de reportarme con mis compañeros, los cuales, ya debían haber iniciado sus actividades cotidianas hacía muchas horas. Para mi sorpresa, cuando salí de mi habitación, aún con sopor, detecté un silencio fúnebre en la casa. Mientras bajaba las escaleras corroboré que no había nadie más que yo. Ese hecho me hizo sentir incómodo, lo primero que pasó por mi cabeza es que habían salido a comer con Mary, pues recordé que eso habían pactado en la fiesta.

Está bien – pensé – de cualquier forma no tenía ninguna intención de verme, creo que al quedarme dormido le di un buen pretexto para no tener que invitarme. – Pero no estaba bien, me sentí excluido y aislado – ¿Por qué me besaste? – continué mientras recorría aquél lugar solitario – todo estaba muy bien antes de eso, pero ¿qué importa? De cualquier modo yo no soy nada de ellos, no tienen porque incluirme en sus planes. Vine aquí a hacer un trabajo, así que no me preocuparé más por no ser incluido, por ser un paria social. Sí, eso me gusta, quiero ser un paria. Si no esperas nada de nadie, no pierdes nada y todo lo que venga será ganancia, algo bueno e inesperado.

Tomé una manzana de la mesa y me la comí mientras subía a mi habitación nuevamente, para darme un baño y comenzar a trabajar. Sin embargo, cuando hube terminado y estaba listo para el trabajo; y el silencio seguía reinando en aquél lugar, no logré concentrarme. Mis pensamientos iban y venían en razonamientos sin sentido, recordando la noche anterior, su mirada... Por ello, opté por salir, la idea de que me encontraran al volver me revolvió el estomago. No quería otra escena incómoda para añadir a la situación ya de por sí insoportable.

Para aquél entonces, ya me había terminado el poco dinero que me quedaba de mis días de becario. No hay miseria comparable a la que se siente al salir de paseo y no tener dinero ni para comprar unos cigarrillos, porque también eso se me había terminado. Por ello, vino a mi mente la idea de que no estaría mal buscar un trabajo, quizá uno de medio tiempo, únicamente para tener dinero que pudiera gastar a mis anchas, además así se terminaría mi aburrimiento. No, el profe no me dejaría, antes me ofrecería una mesada, pero eso no me lo puedo gastar con gusto, demonios.

Mis pasos se dirigieron al parque donde alguna vez había estado con Mary y con el profe. Me senté un momento en el césped, para acto seguido huir lo antes posible, antes de que, por asares del destino, los encontrara, si por casualidad habían decidido pasear por ahí. Me introduje en un mercado, no había mucha gente, pues la hora de cerrar estaba cerca, y salí por el otro lado para internarme en las calles solitarias. Entonces me di cuenta de que estaba huyendo. No me sentía seguro en ningún sitio, era como si me estuvieran siguiendo, veía sombras donde no había nada.

Mientras caminaba decidí que tenía que concentrarme, no debía permitir que algo tan simple afectara mi juicio y mi trabajo. Pues desde lo ocurrido con Mary mi mente se había bloqueado del todo en lo que a trabajo se refiere ¿qué es más complicado, construir una inteligencia artificial o las relaciones humanas? Es una pregunta extraña para una persona común, ya que para la mayoría las relaciones son algo cotidiano, y es una tarea tan importante que cuestionarla sería tonto. Pero ahí estaba yo, temiendo que algo tan vano me quitara mi talento de concebir ideas extraordinarias.

Aquello se convirtió en una lucha interna. Como si de una invasión viral se tratase, la idea de Mary no dejaba de estar presente en mi mente. Pensé en la piedra invisible, elemento que había decidido tomar como piedra angular de mi trabajo; pensé en las manos que dibujan; intenté construir un razonamiento de la inteligencia como aquellos que habían dejado sorprendidos a mis colegas, y sin importar el esfuerzo que hiciera, no logré mi meta. Las ideas se habían quedado de lado para dejar paso a los sentimientos y fue en ese instante que me asaltó un pensamiento que me heló la sangre. Primero fue como una voz interna que me hablaba, al principio muy quedo, pero de pronto, como si de un grito se tratara llenó mi cuerpo y mente de tal forma que me detuve en seco y un escalofrío recorrió todo mi ser. Una voz interna y en forma retórica y tajante me preguntó <<¿qué pasará cuando Mary se haya ido del país y tú te encuentres perdido en estos pensamientos?>> No, no podría hacer nada. Simplemente mi trabajo se vería frustrado por el hecho de saber que no podría hablar con ella en mucho tiempo. Existía la posibilidad de que lo olvidara poco a poco, quizá el trabajo en sí me absorbiera lo suficiente para no pensar más en ella, pero ¿y si no era así? ¿y si me quedaba atrapado en este laberinto de confusiones? Esto ya era demasiado, y por primera vez en mucho tiempo dejé salir, casi sin pensarlo, a mi yo verdadero, aquél que de algún modo había enterrado en lo más profundo de mi ser, o al menos eso sentí, pues cuando la solución vino a mi, fue tan claro lo que tenía que hacer que me sentí seguro de mí mismo y seguro de las medidas que debía tomar.

Retrocedí sobre mis pasos. Primero fui al parque, no había nadie; caminé a la casa del profe, estaba vacía y sin detenerme un sólo instante a pensar, como poseído por un demonio, me dirigí a la casa de Mary. Huía porque no sabía qué hacer, huía porque no sabía qué decir, pero cuando

me sentí asertivo fue cuando, con paso firme, me dirigí hacia ella.

Me imagino que si, de haber sido posible, me hubiera visto a mí mismo caminando hacia mi objetivo, hubiera visto a un hombre que inspiraba más temor que pena, no así unos minutos antes, cuando todo en mí era vergonzoso. Llegué a su casa, y sin siquiera preguntarme qué decir o qué hacer, sin inspeccionar el lugar o dudar, toqué con mano firme a su puerta... No había nadie.

Aquello me hizo enfurecer, la perspectiva de haber finalmente tomado una decisión y no poder llevar a cabo el plan, era una frustración inaceptable. Sin esperar un instante más, volví a casa del profe y me senté a esperar alguna noticia de ella.

No sé cuánto tiempo pasó, pero seguramente no fue mucho. Sentado en aquél sofá, pensando en todo y nada a la vez, escuché sus voces mientras abrían la puerta. Entre ellas estaba la suya, su voz. Mi corazón comenzó a latir de forma incontrolable, el tiempo de espera me había quitado la adrenalina y el temple que había ganado al principio. Ahora sabía qué hacer, pero no sería tan sencillo como lo esperaba. Cuando entraron, al escuchar sus risas, la ira volvió, y al dirigir mi mirada hacia la entrada me encontré con cuatro pares de ojos inquisitivos mirándome.

– Fito, de lo que te has perdido – fue el saludo inconfundible de Charle.

– No quisimos despertarte, pero trajimos comida para ti – complementó el profe.

Mary y su madre no dijeron nada, sólo lanzaron un saludo insípido en mi dirección. Fue entonces cuando actué, no respondí otra cosa más que – tenemos que hablar – directo a ella, sin importarme los presentes o qué pensarían. Fue un acto tan cínico y seguro que ni Charle cuestionó la naturaleza de ese comportamiento. Mary por su parte, me miró de forma curiosa y molesta, casi podía leer en sus pensamientos la pregunta que se estaba haciendo <<¿Qué pretende?>>.

Me dirigí hacia ellos, tomé de la mano a Mary y la saqué de la casa. Pude sentir las miradas perplejas de los presentes, así como un leve temblor en ella.

– ¿Qué pasa fito? ¿de qué quieres hablar? – preguntó de forma casi maquinal una vez que nos encontramos fuera del alcance de los curiosos.

– De nosotros, por supuesto.

– ¿Nosotros? – esta respuesta en forma de pregunta me desesperó.

– Sí, nosotros.

– Muy bien... no quise ser grosera, supongo que estoy un poco confundida con todo esto.

– Oh, ya veo, confundida... – decidí esperar a que ella lo dijera todo.

– Pues el viaje y eso.

– Sí, me lo imagino.

– ¿Por qué? Te noto molesto ¿quieres decirme algo? – así era como mostraba que ella también podía jugar a este juego.

– Sí, quiero desearte suerte – y así era como yo mostraba que esto no era un juego – lamento no haberlo hecho antes, pero no se presentó la oportunidad.

– Muchas gracias, y... – pobre niña, pensó que el juego seguía.

– Y ya, – aquí fue donde lancé mi ataque final, aquél que me permitiría ser libre nuevamente – tenía una buena cantidad de dudas, pero ya me has contestado todas, así que es todo. Espero que te vaya muy bien – agregué mientras caminaba en dirección a la casa, indicando que aquello había concluido. Ella, sólo me miró dudosa y con paso lento me siguió, sin agregar nada. Caminamos unos cuantos pasos, pero como era de esperarse, antes de llegar a la puerta se detuvo y el juego continuó.

– ¿De qué dudas hablas? No te he contestado nada en realidad – dijo, ya bastante molesta al saberse perdedora en este juego.

– Mucho más de lo que crees, – contesté con aires de grandeza – sin embargo, no creo que sea necesario seguir con eso ¿o sí? Me da gusto que te hayan aceptado para estudiar en el extranjero, es una buena noticia y creo que no hay nada más que decir, mas que desearte suerte; eso ya lo he hecho, así que... me dio gusto que pudiéramos hablar.

– Creo que eres demasiado grosero – contestó mientras se sentaba en la banqueta que se encontraba en la entrada de la casa del profe. Pues, cuando la rapté, nos habíamos alejado lo suficiente como para salir incluso del jardín frontal.

Sabía perfectamente a dónde iba todo esto: ella se mostraría contrariada y ofendida. Yo explicaría que no había forma de tomar mis buenos deseos como ofensa y terminaríamos o bien, discutiendo sobre culpabilidades o... terminaría por aceptar que yo significaba algo para ella; cualquiera era mala opción. La primera me llevaría a un final semejante al de la fiesta de navidad y la segunda me llevaría a más días de confusión pero sin ella

presente. Cuando se marchara me habría dejado con una sensación agri dulce que seguro a ella le sabría a victoria. No podía permitir que jugara conmigo de esa manera, si bien es cierto que no soy un experto en mujeres he tenido suficientes malas experiencias como para notar cuando estoy siendo manipulado, no lo iba a permitir.

– Disculpa si te ofendí, no era mi intención ¿entramos?

– ¿Qué? ¿me vas a dejar así? Querías hablar ¿no? Hablemos entonces. – Fue su respuesta, claramente molesta y tajante. Sin embargo, ¿cómo podía zafarme de esto? Si me iba y la dejaba ahí le daría armas para decir que era grosero con ella, y lo hubiera hecho de buena gana, pero no iba a permitir que aquello se hiciera más grande, no, me iba a mostrar tan ecuánime como me fuera posible, sería todo dulzura para ella y no permitiría que esto se me fuera de las manos.

– Oh, pues, supongo que está bien ¿de qué quieres hablar? – ahora había volteado toda la situación, era ella quien me tenía ahí para hablar y yo estaba totalmente en la disposición de escuchar cuanto quisiera decir.

– No sé, cuéntame cómo van sus investigaciones.

– Bien, avanzando supongo – Vaya que era sagaz esta mujer, mira que aventurarse en un tema tan controversial sólo para salir de lo verdaderamente importante y el motivo por el que nos encontrábamos ahí. Por supuesto, yo no iba a ceder por ese lado.

– ¡Ya basta fito! No quiero seguir haciendo como que nada pasa, todo esto es a causa del beso que te di ¿no? – Evidentemente no nos encontrábamos a suficiente distancia como para evitar que mis colegas escucharan esa confesión, pues después de que hizo esa pregunta estoy seguro de haber escuchado la expresión de asombro de Charle en el interior de la casa.

– Evidentemente. Si he de ser franco contigo, llegué a pensar que sería algo importante. Fue mi error, no tiene ya mas importancia para mí de la que tiene para ti, y como te dije al principio, esa cuestión ya no es necesario tratarla. Ya me habías contestado todo esto con tu indiferencia.

– ¿Indiferencia? ¿Cuál indiferencia? – vaya que no se cansaba de hacer como que nada pasaba. Yo me había abierto y ella seguía tan cerrada como siempre, a la espera de que esto fuera culpa mía.

– El no volver a vernos, el no invitarme a tu cumpleaños, el no contarme siquiera que te ibas del país. Esa indiferencia.

– Si no nos habíamos visto era debido a lo ocupada que me tenían los preparativos del mi beca, pues sin ella no podría irme a estudiar al

extranjero; si no te invité a mi cumpleaños era porque ese festejo era para mi círculo de amigos, no para...; y ¿cómo te iba a contar que me iba del país? Si cuando fueron a la fiesta salieron corriendo y hoy que venía, precisamente a eso, te encuentro dormido e indiferente. Eso sí que es indiferencia. – Estoy seguro de haber escuchado a Charle desde el interior diciendo algo como: “tómala”. Todo se estaba malogrando y además ahora con público. Mi plan de dejar que las cosas se fueran por un camino pacífico se había echado abajo con todo cuanto había dicho Mary ¿qué podía hacer?

– Espera un momento ¿si no soy de tu círculo de amigos? Entonces ¿qué soy? Porque todo esto se complicó al no ponerle una etiqueta, además entre tu círculo de amigos es claro que muchos pretenden ocupar un lugar más allá de eso. – Cuando Charle hizo otro sonido, algo como “andale”, seguido de varios “shhh”, fue cuando Mary volteó muy molesta a la casa y dijo – Vámonos de aquí. No hay privacidad. – Creo que se sintió contrariada ante la idea de contestar a eso con público presente, así que sin decir nada más nos alejamos de ahí.

Para cuando llegamos al parque ya había oscurecido casi por completo. El viento soplaba con mayor fuerza y se sentía un frío estremecedor. Los árboles se agitaban y por las lámparas del parque pasaban las hojas que habían sido desprendidas, tapando la luz durante su paso. Mary comenzó a temblar a causa del frío y yo, como no estaba preparado para estar tanto tiempo fuera, no pude hacer otra cosa que temblar también. Nos sentamos en un tronco tumbado en el césped, a un lado del camino, y nos miramos temblar no sin sonreír por ello. Estando ahí sentado, tiritando y con el viento atacando mi cabello, no pude dejar de pensar dónde iba a parar todo esto. Si nos veíamos como algo más que amigos, hecho que comenzaba a parecer posible, entonces las cosas se complicarían por la distancia. Si nos veíamos como amigos... era imposible que nos viéramos como amigos. Entonces pensé que la única solución era vernos con indiferencia, como veníamos haciendo, así que esa noche fría y romántica en el parque tendría que concluir con un acuerdo en el que ambas partes nos alejáramos sin presentar mayor batalla.

– ¿En qué piensas? – me preguntó al notar mi cavilación.

– En que no podemos seguir así, tenemos que alejarnos.

– No quiero alejarme de ti – dijo en un tono de súplica, con la cara agachada y un tanto triste. Nunca esperé esa respuesta. Hacía unos minutos, parecía fría y distante, ahora se mostraba cariñosa y suplicante.

– Y entonces ¿qué propones? – pregunté, esperando por si cambiaba algo en ella nuevamente.

– No lo sé.

Tomando el frío como pretexto, terminamos por abrazarnos mientras nos recostábamos sobre el césped, el cual, en poco tiempo comenzó a calentarse, haciendo una cama perfecta para mirar las estrellas. Y eso fue lo que hicimos, miramos las estrellas sin decir nada más. Después de un rato ella rompió el silencio.

– ¿Qué podemos hacer?

– ¿En qué círculo me encuentro?

– No lo sé.

– Escucha, tu te vas a Japón y yo me quedaré a trabajar con tu padre y con Charle, dejemos las cosas así, hagamos un tregua y dejemos de preocuparnos por qué podría pasar. – Para ese momento, ya no estábamos a la defensiva, habíamos dejado los juegos de lado y comenzábamos a ser sinceros entre nosotros.

– Tienes razón. – Contestó en un tono muy melancólico – Pero... te voy a extrañar.

– No hagas eso, no debemos comenzar a hacer promesas que luego no podamos cumplir, que sea parte de la tregua.

Después de eso, y haciendo claramente caso omiso a mi petición me besó. Me hubiera quitado, pero no pude, sólo dejé que el momento se convirtiera en algo especial entre nosotros. Ambos sabíamos que era más un beso de despedida que otra cosa, sin embargo, nos dejamos llevar por aquel instante.

Dos semanas después, junto con Charle, el profe y Mary la mamá, despedimos a Mary deseándole la mejor de las suertes en sus estudios. No volvimos a hablar de lo que pasó y sin embargo, sabíamos que algún día llegaría el momento de retomar lo que quedaba pendiente esa noche de Enero en el parque.

Capítulo 13

Dinero.

Yo no percibía un salario, hecho que me había comenzado a volver desdichado en muchos sentido. No tenía dinero para salir; para comprar antojos o ropa, ni siquiera para lo más necesario. Tampoco podía quejarme, pues en casa no faltaba nada. Siempre había mucha comida y cigarrillos. Sin embargo, después de la desolación que sentí aquella ocasión que, estando fuera de la casa, me di cuenta que no contaba con los recursos para comprar absolutamente nada, tenía que tomar cartas en el asunto.

Un salario – pensé – ¿qué es el salario? Desde que la sociedad se podía llamar a sí misma una sociedad, existía el dinero. El trueque pasó a formar parte de nuestras necesidades, dando más valor a las cosas que más valor debían tener. Por supuesto, el oro desde tiempo inmemorial es el objeto máspreciado y codiciado por su belleza y sus propiedades, sin embargo, el hombre no requiere de oro para vivir, no así de alimento, agua o sal. Éste último elemento siendo uno de los más importante y desestimados de todos; no lo notamos, pero la sal es algo sin lo cual no podemos vivir. Si dejamos de respirar quizá podríamos vivir un par de minutos, sin comer serán un par de semanas, sin beber poco más de un par de días y sin sal el sistema tan complejo que es el cuerpo humano colapsaría sin remedio. Pues hasta el cerebro humano, el cual logra cosas tan maravillosas que quisiéramos replicar artificialmente, sin sal no sería ese órgano tan espectacular. Por ello, los truques comenzaron a cambiar al incluir sal como elemento de intercambio. Resultaba más valiosa que todo lo demás. Los romanos comenzaron a pagar el trabajo con sal y se creó el término “salario”, haciendo referencia al pago periódico por un trabajo.

Cavilando en todo aquello llegué a notar que todo en el cuerpo humano tiene una razón de ser. Es una maquinaria tan compleja que hasta la más pequeña carencia le pasa factura tarde o temprano. Tomemos mi caso como ejemplo, pues a falta de excentricidades mi vida se comenzaba a sentir desdichada. A falta de salario mi devenir cotidiano se sentía como un cuerpo sin sal, como un sistema a punto del colapso, y por ello tuve una idea brillante.

– Amigos míos, he llegado a una conclusión interesante – dije a mis colegas aquella tarde mientras bajaba de mi habitación. Charle se encontraba preparando nuestra cena/desayuno y el profe leía

despreocupadamente una de sus hojas caóticas que llenaban el escritorio.

– Fito siempre nos sorprende con ideas intrincadas ¿no es así Mario?

– Eres un gran pensador mi estimado Fito – contestó el profe, dejando de lado su hoja y escuchando ávidamente lo que fuera a decir. Una vez que era dueño de la atención de mis amigos dejé salir mi plan con una orquestación perfecta.

– La vida se compone de miles o quizá incontables elementos que forman en su totalidad un equilibrio perfectamente establecido. Y si digo incontables, es porque quizá las necesidades no dejan de crecer mientras la vida sigue. Aunado a esto, la receta de necesidades cambia para cada individuo, haciendo casi imposible detectar un patrón establecido. Es verdad que hay elementos fundamentales en el sistema cuyo equilibrio puede ser medido, sin embargo, es interesante notar que aquellos elementos, no tan fundamentales, también hacen colapsar al sistema si su equilibrio no es respetado. Como si a una catedral le fuera retirado un ladrillo de apariencia insignificante y ésta colapsara ante tan insignificante ausencia.

– Esto significa que la inteligencia artificial deberá contar con un equilibrio que, de no ser respetado, llevaría a un eventual colapso del sistema – dedujo Charle dejando a un lado su mandil de cocina.

– Efectivamente, aunque...

– Creo que lo que Fito quiere decir – comenzó el profe en un tono amigable, casi jocoso – es que le es menester recibir dinero ¿no es así Fito?

– ¿Qué? – mi plan se había venido abajo, el profe resultó ser muy hábil para deducir mis intenciones.

– Eres un embustero Fito – continuó Charle entre risas – yo pensando en el proyecto y tú en nimiedades.

– Claro que tiene razón – contestó el profe llenándome de asombro – por una parte el sistema deberá contar con un equilibrio como el que acaba de mencionar, y por otro lado, si no cuenta con dinero propio su situación precaria puede pasar factura al proyecto entero.

– ¿Nos vas a pagar? – preguntó Charle sumamente sorprendido mientras se frotaba las manos de la emoción.

– Yo no dije eso. – fue la respuesta – De hecho, es momento de que les comparta nuestra situación un tanto crítica al respecto, pues me parece

que los recursos se nos están agotando.

– Es verdad, los ahorros con los que contaba al dejar la docencia se han reducido significativamente, y supongo que los tuyos aún más Mario.

– Es correcto – respondió – mi situación o, mejor dicho, nuestra situación es sumamente complicada, debido a que al paso que vamos nos quedaremos en la ruina en seis meses aproximadamente.

Las perspectivas ante tal aseveración se reducían a la cancelación del proyecto y a mi inminente despido. Justo cuando yo estaba usando todo mi ingenio para pedir un aumento, por decirlo así. El profe, Charle y yo comenzamos a pensar en silencio sobre las repercusiones de todo aquello. A lo cual y tras unos minutos Charle inquirió:

– ¿Qué vamos a hacer?

– Tengo un par de planes – dijo de manera despreocupada el profe, y por decirlo de este modo, nos llenó de esperanza.

– ¿Trabajar de medio tiempo? – pregunté, pues ya había considerado esa idea cuando me vi envuelto en la miseria, así que supuse que el profe, ante nuestra situación consideraría también esta opción.

– ¡NO! – dijo Charle – ¿no habrá otra solución?

– Claro que no considero propio de nuestro proyecto dedicar tiempo a algo que nos distraiga. Quizá trabajando en el sector de la comida rápida, tú mi amigo podrías preparar hamburguesas – dijo dirigiéndose al pobre hombre que yacía lleno de susto y con una pala de cocina en una mano – mientras Fito realiza las entregas y yo cobro.

– ¿Qué? Esto es demasiado, es la peor idea que he escuchado – Dijo Charle frenético. Por supuesto yo había captado la broma en el primer instante.

– Claro que es una mala idea – rió el profe – pero la cara que haz puesto ha valido más que todo lo que podríamos ganar llevándola a cabo.

– ¡Maldita sea! Por un momento me temí que fuera verdad. No juegues así con mis sentimientos Mario, puedes provocarme un infarto al miocardio y más si hablas de forma tan solemne.

A pesar de lo divertida que fue la respuesta de Charle, aún quedaban en el aire las verdaderas ideas que el profe había concebido para solucionar nuestra contrariedad.

– Creo – continuó – que merecemos ser respaldados por inversionistas. Nuestro trabajo, de funcionar, generaría ganancias de manera descomunal. Es por ello, que creo que mucha gente podría estar dispuesta a invertir en él.

– Esa es una excelente idea – dijo Charle ya bastante aliviado – que mejor forma de no interrumpir el trabajo y al mismo tiempo olvidarnos de los problemas monetario.

– Pero, no contamos con elementos suficientes para vender la idea – dije
– los inversores se verán más que renuentes si no presentamos un plan con fechas y pruebas de éxito.

– ¡Maldita sea Fito! Es verdad ¿cómo lograremos eso Mario?

– No tengo idea.

Aquella noche nos sentamos a la mesa para cenar, concentrados totalmente en resolver nuestro problema. Aún se respiraba un ambiente de esperanza, pues presentíamos que existía una solución que nos permitiera conseguir fondos para llevar a cabo nuestro proyecto. Al finalizar la cena, retomamos nuestros puestos de trabajo, pero no para continuar el proyecto, sino para encontrar solución a nuestro dilema. Finalmente y tras algunos cigarrillos y unas copas de vino el profe rompió el silencio en tono decidido.

– No hay otra solución.

– ¿Qué solución? – inquirió Charle excitado.

– Tendremos que completar un prototipo de la inteligencia artificial, y tenemos menos de seis meses para lograrlo.

Capítulo 14

Mate.

Mis esperanzas de recibir un salario habían perdido toda posibilidad, sin embargo, la revelación que hizo el profe dejaba claro que había problemas más apremiantes por atender, y de hecho, de lograr solventarlos, mi problema de ingresos se vería automáticamente resuelto en igual medida. Por supuesto que la proposición del profe no sólo comprendía mejorar nuestra calidad de vida y trabajo, sino que, implicaba un avance fundamental en el proyecto, avance que de lograrse, nos colocaría a la delantera de todo lo realizado hasta ahora en Inteligencia Artificial. Era una situación excitante y problemática. Nuestros avances actuales eran pobres, de hecho, inexistentes, si consideramos que se componían de pura teoría.

En muchos sentidos me agradó la idea de contar con tiempo limitado para convertir esta teoría en un elemento tangible. Si consideramos los avances más importantes de la ciencia moderna, notaremos que la mayoría de ellos fueron llevados a cabo en plena guerra, y por supuesto, como parte de la carrera armamentística. Así pues, era posible que el empujón que nos hiciera falta fuera precisamente éste mismo.

Aquella noche pusimos manos a la obra en lo que pareció ser una limpieza profunda de nuestra área de trabajo. Rompimos miles de hojas, bocetos, apuntes y demás elementos que en un principio parecían prometedores pero que, con el paso del tiempo, no habían logrado concretar nada. Creamos un montón de éstos elementos en el centro de la estancia, al estilo de quema clandestina. Por supuesto, no íbamos a prenderles fuego en el interior de nuestro hogar ni mucho menos. Una vez que todo estuvo junto, lo introdujimos en bolsas de basura, con todo el dolor de nuestro corazón, ya que no podíamos dejar de lado la idea de estar tirando algún elemento importante para nuestro proyecto. A pesar de ello, tuvimos que olvidar nuestras preocupaciones. Si queríamos realizar avances debíamos completar esa limpieza, con la ciega esperanza de no estar dejando en esas bolsas algo valioso.

Unas tres horas después y con el área de trabajo casi completamente despejada, eran visibles los puntos más importantes de nuestra teoría, aquellos que he mencionado anteriormente y que fueron los chispazos de inspiración que habían cambiado nuestra perspectiva de las cosas. La siguiente tarea, por tanto, consistía en llevar esos elementos a un mapa. Poner juntos estos elementos en algún lugar, de tal manera que cuando se echara un vistazo a los mismos, pudiéramos retomar la idea fundamental que había sido concebida por ellos. Y así fue que, al mero

estilo policial, colocamos un mapa en el pizarrón, indicando cada elemento de nuestra teoría y a estos elementos les creamos relaciones, con la finalidad de incorporar cada uno en nuestro prototipo. Lo más sorprendente de todo esto, fue el resultado que dio dicho mapa:

Agua en el retrete

La razón es un silogismo compuesto de una proposición verdadera, una proposición falsa y razón.

La piedra invisible

Manos que dibujan.

Tras estudiar detenidamente el mapa nos sentimos satisfechos del resultado e incluso, comprendimos que todo cuanto habíamos concebido hasta ahora tenía una relación directa entre sí. Pero lo más sorprendente de todo fue notar que habíamos estado trabajando prácticamente en reversa. Éste hecho nos dejó perplejos y emocionados.

Esa madrugada concluimos el trabajo dejando todo en orden y el mapa en el pizarrón. Nos fuimos a dormir con la primera luz del día, como ya era costumbre, pero la emoción no dejó que el sueño se apoderará de nosotros.

A eso de las ocho de la mañana bajé a la cocina, no sabía claramente de qué tenía antojo, pero llevaba mucho tiempo dando vueltas en la cama, así que lo consideré un pretexto para ver nuevamente aquél mapa. Cuál fue mi sorpresa cuando vi al profe tomando una taza de café frente al pizarrón, anonadado y feliz de lo que sus ojos veían.

– Creo que tampoco puedes dormir Fito.

– Y ¿cómo hacerlo? – contesté muy contento – es quizá lo más impresionante que hemos logrado, juntar todos los elementos y verlos convivir.

– Es increíble en verdad – dijo y continuó con tono melancólico –. Me encuentro muy contento de ver que nuestro equipo se halla en tan buenos términos y dando tan buenos resultados.

– Ya lo creo, y sin importar a dónde nos lleve todo esto, sepa que trabajar con ustedes ha sido de lo mejor que me ha pasado en mi vida.

– ¡Lo mismo digo Fito!, lo mismo digo – fue la respuesta de Charle mientras bajaba por las escaleras con una pijama de rallas. – Han de saber que si no fuera por ustedes, viviría en el aburrimiento y cuestionándome qué hacer con mi vida.

– Creo que todos estaríamos haciendo lo mismo si no estuviéramos en este equipo amigo mío – contestó el profe muy contento.

– ¡Maldita sea! Dormir es para los abuelos, es momento de salir a tomar aire fresco ¿no creen?

Por primera vez, desde que conocía a Charle, lo vi vestido con indumentaria deportiva: tenis, sudadera, pants y una ridícula banda absorbente al rededor de su frente. El profe imitó muy bien la vestimenta de su amigo y yo, que no tenía mucha ropa, me conformé con unas bermudas, tenis y playera.

Esa mañana, salimos a correr dando algunas vueltas al vecindario, por supuesto, nuestra condición física era deplorable, por ello, el ejercicio nos sentó de maravilla. Como era costumbre terminamos en el parque que se estaba volviendo testigo de todo lo que acontecía en mi vida. Nos sentamos en una banca y comenzamos a beber agua como si fuéramos camellos que acabaran de cruzar el Sahara. Tras conversar un rato, notamos que, a cierta distancia, un grupo de personas se había reunido para presenciar algo importante. Decidimos ver de qué se trataba y, después de levantarnos y estirar nuestros adoloridos miembros, nos acercamos pesadamente hacía aquél lugar. El espectáculo se llevaba a cabo en las mesas de ajedrez del parque, al parecer, un hombre de mediana edad había retado a ocho jugadores aficionados a sendas partidas simultáneas, de las cuales, seis habían concluido con su victoria y dos más estaban a punto de terminar en las mismas circunstancias. Tras realizar los dos mates casi al unísono, un aplauso se extendió por todo el lugar ovacionando al ingenioso ganador. Henchido de victoria el jugador se disponía a retirarse, cuando algunos de los derrotados solicitaron les fuera concedida la revancha. Por un momento parecía que se negaría,

pero las aclamaciones de la multitud lo hicieron cambiar de opinión y en un tono un tanto pretencioso dijo – sólo aquellos que hayan conseguido perder en más de treinta movimientos recibirán su revancha – por desgracia sólo los dos últimos cumplían con esta condición, hecho que desilusionó un poco a la multitud.

Conozco muy bien el juego de ajedrez, de hecho he jugado muy buenas partidas contra compañeros de la escuela, pero nunca me he considerado bueno, ya que en ocasiones me ganan con mucha facilidad. Nunca había preguntado a mis amigos si ellos jugaban, sin embargo, noté que el profe se acercó dubitativo a cada uno de los tableros que habían estado en juego y sin más se dirigió al pretencioso caballero y dijo:

– No hay peor ganador que aquél que no permite la revancha o reto proveniente de cualquier persona. – La multitud se volvió hacia el profe y expectantes esperaron en silencio a ver dónde terminaba esta acusación.

– ¿Es esto un reto? – preguntó aquél señor, más intrigado que molesto.

– No, un reto sería... jugar contra aquellos a los que venció, al mismo tiempo que contra usted.

– ¿Me propone ser parte de sus partidas simultáneas? Ni hablar, no creo que sea usted tan bueno – contestó en un tono que me pareció un poco nervioso pero sin perder la arrogancia.

– Si no lo cree, porqué no aceptar el reto, no perdería nada. – Una voz entre la multitud repitió – es verdad, no perdería nada.

– No me haga perder mi tiempo amigo. He cambiado de opinión, creo que han sido suficientes partidas por hoy, me retiro.

– Y ¿qué tal una apuesta? – gritó Charle, para hacerse escuchar entre las quejas de la multitud ante tan deplorable negativa.

– ¿De qué hablas? – interrogó a Charle aquél hombre con más aspecto de haber querido decir <<cuánto>> y no <<qué>>.

– Cien.

– Que sean mil – interrumpió el profe. Los asombros de la multitud no se hicieron esperar, pero la respuesta de aquél hombre fue aún más osada.

– No será por menos de diez mil y tendrás que ganar las nueve partidas, sin empates siquiera. – La multitud rompió en vítores ante el espectáculo que se avecinaba.

– Pero si tú pierdes entonces no tendrán importancia las otras partidas. Creo que esto se está haciendo más bien personal. – dije yo dirigiéndome al presuntuoso – Además el que se cree invencible eres tú.

– Diez mil por una simple partida contra mí, no tendría ningún mérito adicional. Sé que no perderé, pero me gustaría ver que lo intente con algo más de complejidad. Finalmente el del reto es tu amigo – contestó muy seguro de sí.

– Veo a donde quiere llegar, así que le hago una propuesta que no podrá rehusar. – contestó el profe ya muy animado – Dado que usted va a ganar, qué le parece ganar cien mil, si es que yo no gano las nueve partidas y le hago mate a usted con la pieza que escribiré, antes de iniciar las partidas, en una hoja de papel que quedará a resguardo mientras se desarrollan las mismas. Sólo al comprobar que he ganado con la pieza escrita en el papel seré verdaderamente el vencedor. – Los vítores cambiaron por expresiones de asombro, era una cantidad demasiado grande y bajo condiciones demasiado extremas como para evitar sorprenderse ante tal demostración de aplomo y seguridad por parte del profe. Charle trato de detenerlo al tomar su hombro, pero el profe se separó de su amigo y dirigiéndose al retado finalizó con – ¿qué dice?

– Hecho, pero tendrá que traer el dinero ante mí antes de aceptar su reto.

– Igualmente ¿le parece si vamos por lo pactado y volvemos aquí en veinte minutos? Entonces comenzarán las partidas.

– Dudo que vuelva, pero en veinte minutos estaré aquí con lo acordado.

– Siendo así no me iré, si está usted de acuerdo, pediré a mis colegas aquí presentes que se aprovisionen del dinero pactado y lo traigan ante nosotros.

La cara de aquél tipo dejó ver un poco de miedo, al notar que el profe hablaba en serio. El hombre se sintió obligado a permanecer también en aquél lugar, evitando toda posibilidad de escape, por lo cual llamó a uno de sus compañeros, le dio un par de instrucciones al oído y éste se apresuró en busca del dinero. Una vez que nos dirigimos al banco más próximo, Charle hizo el retiro, volteó a verme y me dijo – Quién diría que sería tan fácil ganar dos meses más de sustento – a lo cual me disponía a dudar de sus palabras, pero él sonrió y salió a toda prisa hacia el parque sin esperar mi respuesta.

Al llegar al parque, nos encontramos con el sujeto y el profe rodeados de seguidores. Se había duplicado la gente reunida en torno a ellos. Un oficial de policía que patrullaba el parque se acercó para verificar qué ocurría. No pasó mucho tiempo antes que alguien diera los pormenores de la apuesta

a lo cual el oficial dijo.

– ¿A caso no saben que es ilegal correr apuestas?

– Lo siento oficial – contestó el profe – tiene razón, pero este sujeto se mostró muy arrogante con los que derrotó y no pudimos evitarlo.

– ¿Arrogante yo? – preguntó el sujeto un tanto alterado. La multitud abucheó y se alcanzaron a escuchar muchos <<Sí>>, <<Por supuesto>> de los presentes.

– Vaya, pues arrogante o no, no permitiré que se corran apuestas, por favor retírense.

– Como diga oficial – contestó el profe, pero los abucheos se volvieron aún más estridentes a causa de la cancelación del espectáculo.

– Qué lástima que no podrás recibir una buena lección de ajedrez – dijo el sujeto dirigiéndose al profe con una sonrisa de burla. Entonces la multitud pidió, aclamó que se llevara acabo la partida, con o sin apuesta. A lo que el sujeto respondió – ni hablar, yo no jugaré gratis – fue en ese momento que el oficial comprendió cómo había ocurrido todo en realidad.

– ¿En verdad le puede ganar? – inquirió el oficial, claramente molesto al presenciar la arrogancia que mostraba aquél sujeto.

– De hecho no sólo le puede ganar – dijo alguien de la multitud, para continuar dando las directrices que habían sido puestas sobre la mesa para que se realizara la apuesta.

– No puedo negar que es una apuesta muy interesante – respondió el oficial, ya bastante involucrado en el evento – éste es mi distrito y lo peor que puede ocurrir ante una apuesta es que alguna de las dos partes no pague, lo cual ocurre con mucha frecuencia. Por ese mismo hecho las apuestas son ilegales, ya que sería imposible mediar y juzgar todas y cada una. Sin embargo, yo seré juez y parte, me aseguraré de que el ganador reciba su paga. Pero sepan que esto no deberá romper la paz, o me llevaré a los dos presos por correr apuestas en vía pública ¿a quedado claro?

Ante esta sorprendente muestra de arbitraje todos los presentes nos sentimos mucho más seguros de que sería una apuesta justa. Poco tiempo después, el compañero de aquél hombre, volvió con lo pactado y ambas partes fueron entregadas al oficial. El profe, a su vez, escribió en un trozo de papel la pieza con que daría mate al sujeto y, dicho papel, también fue entregado al oficial. Fueron colocados los nueve tableros y justo antes de iniciar las partidas el oficial concluyó diciendo – También soy aficionado al ajedrez y he participado en torneos – aseveración que nos pareció poco

creíble, sin embargo continuó –, si estoy permitiendo esta apuesta es porque se asemeja mucho a un torneo y por tanto, cualquier intento de trampa se considerará una derrota irrevocable ¿a quedado claro?

Tras las palabras del nuevo árbitro dieron inicio las partidas del profesor, como era de esperarse, el lugar, a pesar de estar atestado, fue cubierto por un silencio sepulcral.

El azar hizo que el profe iniciara la partida contra aquél hombre, es decir, le tocaron las piezas blancas. Las demás partidas no fueron muy espectaculares, he de decir que ni siquiera eran vistas por los espectadores, salvo cuando el profe se movía alternadamente hacia cada mesa. Por otro lado, la partida de la apuesta se había vuelto la más concurrida de todas, hasta los otros jugadores dejaban su tablero de lado para observar los movimientos que se hacían en la novena mesa. Nunca había escuchado siquiera al profe mencionar el juego y sin embargo, ante esta demostración de pericia, parecía un gran maestro.

Con el paso de algunas jugadas, las primeras cuatro mesas fueron despachadas, hecho que no provocó molestia alguna a los derrotados, muy por el contrario, se sintieron libres de distracciones para enfocarse en la otra partida. Los otros cuatro sí oponían resistencia, pero tras ver a sus compañeros derrotados, libres y disfrutando del espectáculo, no pasó mucho antes de que éstos cometieran errores que provocaran su derrota, para finalmente reunirse también al rededor de la novena mesa. Era de asombrar la velocidad con que el profe había concluido la primera fase de la apuesta, al ganar ocho de las nueve partidas. Tras recibir ocho grupos de aplausos las cosas parecerían ir bien, sin embargo en la novena mesa la situación era desesperada, el profe parecía estar cometiendo demasiados errores. Para satisfacer tú curiosidad, te diré que la partida fue como sigue:

1. El profe inició con peón E4.
2. La respuesta del contrincante fue peón E5.
3. Siguió caballo C3.
4. Y la respuesta fue caballo C6, alcanzando una situación simétrica al inicio.
5. El profe continuó con peón F4, lo cual me pareció el primer error, pues el profe entregaba su peón.
6. El adversario lo tomó con peón por F4.
7. A lo que siguió caballo F3, a pesar del error, el juego no parecía perdido en absoluto.
8. La respuesta fue peón G5, protegiendo al peón que acababa de introducirse al lado de las piezas del profe.
9. Éste respondió con alfil C4.
10. Al ver que el profe no ofrecía resistencia, el adversario avanzó su peón aún mas a G4, atacando al caballo.
11. El profe en lugar quitar al caballo hizo un enroque corto, lo cual provocó algunas expresiones de desaprobación por parte de los presentes y la burla del contrincante, indicando que seguramente ese caballo no era la pieza escrita en el trozo de papel.
12. Así, después de la burla, el contrincante tomó al caballo con peón por F3.
13. Después el profe continuó con peón D4, lo cual dejó asombrados a muchos y provocó una nueva burla por parte del contrincante.

14. Éste tomó con peón por G2, posicionando su peón asesino justo frente al rey del profe y amenazando a su torre. Si bien aquél peón no estaba defendido, el profe había dejado demasiado espacio libre a su avance, lo cual me puso muy nervioso. Charle, por otro lado, se veía más intrigado que preocupado.
15. La respuesta del profe fue alfil por F7, lo cual ya fue descabellado, no sólo su torre estaba amenazada, sino que había sacrificado a su alfil. El adversario rió de manera estridente diciendo que el alfil tampoco era la pieza escrita en el papel y tomó con rey por F7. En ese momento me sentí consternado, pues quizá el profe había alardeado de más. Si perdíamos ese dinero nuestro tiempo de trabajo debía acortarse sustancialmente.
16. El profe, tranquilamente contestó con dama H5 jaque, fue entonces cuando vi las pocas posibilidades de movimiento que tenía su adversario, y las respuestas que podía dar el profe después del siguiente movimiento, lo cual, me hizo sentir un poco de alivio. Por otro lado, el contrincante no podía cubrir el jaque, pues había quitado todos su peones de esa zona, atraídos por la aparente debilidad del profe.
17. Así fue, que el adversario contestó con rey a G7, ya no tan contento como hacía unos movimientos.
18. El profe contestó con torre F4, encerrando al rey y amenazando mate, aunque no sabíamos qué pieza estaba escrita en el papel.
19. El contrincante, muy preocupado ya, contestó con caballo H6, evitando el mate.
20. El profe, con toda tranquilidad continuó con alfil E3, defendiendo a su peón en D4, sin embargo, el contrincante pareció aliviado por esa jugada.
21. Continuó pues con peón D6, liberando a su alfil de casillas blancas.
22. El profe se veía ya sin muchas opciones. Al liberar el alfil, el contrincante dejaba pocos espacios para sus piezas, que si bien amenazaban al rey, ya no era claro qué más podían hacer, y menos cuando el profe jugó caballo E2. A pesar de la intención de acercar el caballo al ataque, éste aún se encontraba algo lejos.
23. El adversario, aún más cómodo continuó con reina E7, pero a pesar de su comodidad, ya no se burlaba.
24. Después de lo cual, el profe finalmente se comió el peón avanzado con rey por G2.
25. La respuesta fue alfil E6.
26. Y el profe optó por torre de A1 a F1, apoyando a la segunda torre y poniendo una amenaza real sobre el rey contrincante.
27. Sin embargo, la respuesta fue alfil F7, amenazando a la reina del profe, pero lo más sorprendente fue la respuesta del profe.
28. El profe respondió con reina por H6, comiendo al caballo y regalando la reina. En este punto la partida se veía casi perdida.
29. El adversario comió con rey por H6 y entre carcajadas dijo que la reina tampoco debía estar escrita en el papel, recordando a todos que no sólo iba ganando, sino que era probable que el profe ya hubiera perdido la pieza prometida.
30. Sin embargo, el profe jugó torre G4, y para mi sorpresa dijo "jaque", lo cual no había notado, pero efectivamente su alfil de casillas negras estaba dando jaque al rey y éste no tenía más que una opción de movimiento, pues no había forma de tapar el jaque y la torre recién movida evitaba cualquier escapatoria.
31. Así pues, el adversario movió su rey a H5, amenazando a la torre. Una vez más, fue arriesgada la respuesta del profe.
32. Contestó con caballo G3, diciendo "jaque" nuevamente. Estaba permitiendo que se comiera a su torre, de hecho, obligaba a que se comiera su torre.
33. El adversario lo notó y comió en rey por G4. Ya un poco molesto al ver que el profe entregaba el material muy fácilmente.
34. Después de esto el profe movió torre F5, y por primera vez en toda la partida se mostró preocupado, no demasiado, pero algo le hizo sentir que podía perder en ese momento la partida.
35. El rival, respondió dubitativo con peón H6. El profe sonrió de forma desmesurada y extendió la mano hacia su contrincante diciendo: "se terminó, he ganado". Todos nos quedamos perplejos ante esta aseveración, más aún el contrincante, que sin dar crédito a lo que escuchaba pidió que se terminara la partida, para ver si era verdad lo que el profe indicaba.

36. El profe contestó ya muy feliz con peón H3, jaque.
37. El rey del adversario sólo se podía mover a H4 y lo hizo, con gesto de enojo.
38. El profe contestó con torre H5 y dijo nuevamente "jaque". La gente estaba consternada, si ya había ganado porqué regalaba la torre.
39. El adversario esbozó una sonrisa y comió la torre con alfil por H5, seguro de que había sido un error más del profe.
40. Pero el profe hizo el movimiento caballo F5 y dijo "Jaque Mate"*.

Nadie podía creer lo que había visto. El adversario estudió cuidadosamente el tablero y quedó pasmado ante el jaque mate que había realizado el profe, pues, parecía imposible que aquello hubiera ocurrido. La gente comenzó a vitorear al profe, emocionados ante tal muestra de destreza e ingenio, pero todos acallaron sus exclamaciones cuando se escuchó decir al contrincante, muy molesto.

– Momento, esto no es una victoria. Quiero ver el papel que escribió antes, donde se supone puso la pieza con que se hizo el jaque mate.

Todos se miraron sorprendidos, era verdad lo que acababa de decir el hombre derrotado ¿sería posible que la arrogancia del profe le hubiera quitado la victoria? Acto seguido, todos miraron al policía que se encontraba felicitando al profe, el cual sin embargo, había olvidado el papel ante tal frenesí. Entonces, introdujo su mano en el bolsillo delantero y sacó el papel doblado que le había entregado el profe. Todos notamos el temblor en las manos del oficial, pues era claro que le habría entristecido dar la victoria al que en realidad había perdido, pero así lo estipulaba la apuesta. El profe le indicó con un gesto de asentimiento y una sonrisa que abriera el papel. El oficial obedeció y tras unos segundos gritó sumamente excitado ¡Caballo de Reina!

** Partida jugada por el maestro alemán Max Lange en 1862. En la cual no se jugaron simultaneas, sin embargo, sí se escribió con antelación la pieza que haría el mate.*

Capítulo 15

La fórmula de la victoria.

El resto de aquella mañana, se fue muy velozmente entre los vítores y halagos de los presentes. Hasta el derrotado tuvo que reconocer lo increíble que había resultado la hazaña del profe. Después de toda aquella excitación nos retiramos al hogar, para darnos un buen baño y festejar como era debido. Charle y yo tomamos el auto y fuimos en busca de los ingredientes que, él, Charle, utilizaría para hacer la cena de festejo del profe. Compramos langostas, espárragos y algunas papas, además Charle incluyó un gran número de especias, las cuales no recuerdo bien. Compramos una caja de puros y tres botellas del vino favorito del profe.

Mientras el profe dormía una bien merecida siesta, ya que no habíamos logrado dormir aquella mañana, nosotros comenzamos la preparación del manjar prometido por Charle, donde yo hacía la labor de pinche. Como Charle había prometido, un par de horas después, todo estaba servido y listo para el festejo. El profe se incorporó y nos acompañó a la mesa con una sonrisa reluciente y nosotros lo consentimos por su increíble actuación aquella mañana. Mientras discutíamos la actuación del contrincante, quien se había mostrado poco amigable y yo contaba los vuelcos en el corazón que provocaron los movimientos audaces del profe, la cena fue concluyendo, no sin el agradecimiento a Charle por tan excelente manjar.

– Sigo pensando que el negocio de la comida rápida puede funcionar si te animas a cocinar así de bien amigo mío – bromeó el profe.

– Ni hablar, yo no estoy hecho para cocinar comida rápida, lo que yo hago son obras de arte.

– No es para tanto – contesté bromeando igualmente.

– ¡Vuelvo a preparar comida para ustedes, ingratos desleales!

– Bueno, bueno, tampoco está nada mal Charle. Muchas gracias por el festejo, sin embargo, mi victoria pertenece también a ustedes, ya que sin sus excelentes actuaciones aquél hombre no hubiera cedido a una apuesta tan alta.

– Eso es justo lo que no entiendo – pregunté – ¿Cómo es que siendo un experto en el juego nunca lo mencionó?

– No es así, no me considero experto, pero si cuento con más experiencia que muchos de esos sujetos arrogantes que vagan por los parques

entreteniendo multitudes.

– Aún recuerdo tus simultáneas en la facultad Mario – contestó Charle triunfante – cómo olvidar la cantidad de almuerzos que nos conseguiste.

– Y peleas. De hecho de no ser por nuestro amigo el gendarme seguro habría habido bulla.

– Para eso me pinto sólo amigo – dijo Charle, alzando los puños.

– Bueno, ya no estamos en forma mi amigo.

– Y sin embargo, sabía usted que iba a ganar hasta con el caballo ¿cómo es eso posible?

– En realidad es un viejo truco y una combinación de observación y planeación. – dijo el profe, muy orgulloso de lo que había hecho, después continuó su explicación – Verás, cuando me acerqué a las mesas que acababa de derrotar aquél sujeto, noté que no era un tipo muy bueno, pues sus jugadas parecían contener muchas viejas trampas y combinaciones de libros, así que es lo que en el medio llamamos estudiado sin talento.

– Es cuando una persona memoriza muchas jugadas pero en realidad no tiene el talento para jugar con inteligencia y astucia – contestó Charle al notar mi expresión interrogativa.

– De este modo – continuó el profe – decidí que su arrogancia era demasiada y valía la pena bajar esos humos, no sin obtener ganancia por ello.

– Siempre hacemos eso – interrumpió Charle, explicando un poco más qué tan inmiscuido en la trampa estaba – buscamos a un estudiado sin talento, que también sea arrogante, lo cual es muy común. Mario actúa como herido por su forma de ser y dispuesto a recuperar el honor de los presentes. Esto es importante, que los derrotados y humillados estén ahí para que el sujeto no se pueda negar. Mario aparenta ser guiado únicamente por sus sentimientos, yo hago como que me preocupo por la apuesta que hace y finalmente todo fluye bien. – hizo una pausa y continuó algo pensativo – Aunque no recuerdo que hubieras sido capaz de saber con qué pieza harías el mate.

– Eso lo saqué de la manga. – dijo el profe riendo y provocando nuestro malestar al notar lo arriesgada que había sido su apuesta en realidad – Me pareció interesante y me dio una ventaja estratégica. – al ver nuestras caras de duda continuó – Bueno, mi estrategia fue simple, sabía que las ocho mesas adicionales no serían un problema, y menos si les daba un entretenimiento que no les permitiera concentrarse. De igual modo, robé

la atención de mi contrincante al decirle que conocía la pieza con que daría el mate, por supuesto, él buscaría realizar cambios de pieza hasta que ambos quedáramos únicamente con reyes y peones, así que para evitar este hecho comencé a hacerle regalos que no podía rehusar. Y mi inicial, pero más ingeniosa treta, fue mover primero la pieza en cuestión, ya que si como supuse, él estaba seguro de que mantendría a resguardo la dichosa pieza, nunca sospecharía de aquella que saqué primero al ataque. – al escuchar al profe explicar así sus acciones fue muy claro su estilo de juego e hizo más increíble su victoria, entonces continuó – Existen muchas computadoras que juegan al ajedrez y nunca han sido invencibles ¿saben porque?

– No me digas. Nuestro prototipo de Inteligencia Artificial será un juego de ajedrez – intuyó Charle al momento.

– Suena excelente – contesté – si bien ya existen muchos sistemas que juegan de manera “inteligente”, qué mejor forma de impresionar a los inversionistas que mostrando la primer computadora invencible.

– Pero no será invencible – dijo el profe. Se levantó de la mesa y dio unos pasos dubitativo para concluir con – aprenderá a ser invencible.

Capítulo 16

Yo.

El siguiente paso era claro, tendríamos que crear un mundo para nuestra computadora. Si bien llegamos a suponer que la inteligencia artificial debe ser como un ser humano desde el inicio, esta suposición es un error garrafal. El motivo es que, como habíamos supuesto mis colegas y yo, la falta de experiencias e incluso sensaciones, evitaría que esto fuera posible.

Imaginemos la forma de presenciar el mundo para alguien que carece de un sentido, por ejemplo, la vista. Es evidente que una persona ciega no pierde inteligencia en absoluto, sin embargo, el cerebro es capaz incluso de dotar a esta persona de habilidades más allá de las que poseemos aquellos que podemos ver. Se ha escuchado mucho decir que una persona ciega de nacimiento, con suficiente entrenamiento, puede agudizar sus demás sentidos de formas que parecen casi imposibles. Pero claro, no tener visión no incapacita a una persona, la hace percibir todo diferente.

Si además de la vista, le quitamos el oído ¿qué pasaría? Existen muchas personas que tienen que presenciar el mundo con estas ausencias y sin embargo, siguen sin ser menos inteligentes o capaces, todo lo contrario. El cerebro surge a como dé lugar, como una raíz enterrada en un terreno pedregoso, dando vueltas y buscando lo que necesita para poder germinar adecuadamente. La inteligencia hace lo mismo, sin importar las ausencias, sigue adelante.

Nuestra inteligencia artificial carecería entonces de tacto, gusto y su vista se limitaría a un universo en el que no hay más que un tablero de ajedrez y piezas; las leyes de la física se reducirían a los movimientos de las piezas que le correspondan, por ejemplo, mover una pieza que no le pertenece sería el equivalente a querer mover una roca con el pensamiento, físicamente imposible. El oído también sería inexistente, pues no precisa recibir ordenes por este medio, al menos, no por ahora. Si desde nuestro nacimiento concibiéramos el universo que estoy planteando ¿qué pasaría?

Me tomó un día programar la interfaz, en realidad era muy simple, un universo con sesenta y cuatro casillas, treinta y dos piezas, dos colores dividiendo equitativamente casillas y piezas. Después, las leyes que rigen al universo, aquellos movimientos permitidos entre cada tipo de pieza, así como los turnos para mover, pues se trata de un juego de rol, donde a cada acción corresponde una reacción. Finalmente, el universo, daría la victoria o la derrota, como un juez omnipotente. Tendríamos que permitir

a nuestra inteligencia recibir un premio por ganar y un castigo por perder, sin embargo, eso no era necesario en este momento. Una vez que el universo había sido programado, nos correspondía hacer lo más difícil, algunos dirían, imposible. Teníamos que crear un ente inteligente que viviera en nuestro universo.

– Nuestro cerebro está ávido de conocimiento todo el tiempo, quiere ver, sentir, saborear, olfatear y escuchar todo a su alrededor – comentó el profe en medio de nuestra cavilación – tenemos la obligación de permitir que aquello que resida en nuestro universo tenga la necesidad de conocer.

– Estás hablando como un dios Mario – rió Charle.

– Y qué seríamos para éste ente si no dioses; creadores.

– Eso ya me dio miedo amigo – contestó Charle con un estremecimiento.

– Nunca hemos hablado de la ética que conlleva crear un ser inteligente – comenté – un ser capaz de... vivir.

– Ahora que lo mencionas, no lo había pensado – dijo el profe en tono solemne.

– Ni yo – dijo a su vez Charle – Si lo hacemos ávido, tendría que esperar a que alguien juegue con él, eso podría ser un suplicio, podría ser una crueldad – continuó más preocupado por la felicidad del ente que por la imposibilidad de crearlo.

– El tiempo – dijo el profe –. El tiempo es algo que no hemos considerado en el universo, pues el tiempo rige lo que conocemos, así mismo tendría que regir lo que el ente conocería.

– Me gustaría continuar con esta conversación de una forma aún más personal, porque no darle un nombre – dije al sentirme incomodo de hablar de el ente.

– Esto si que rompe con lo moral – dijo gravemente Charle para continuar con una sonrisa – llamémosle “Yo”, alegoría de I/O.

– Que sentimental se volvió el trabajo – entre carcajadas indicó el profe – aún no existe, aún no sabemos si existirá, pero ya tiene nombre y me agrada ¿qué dices fito?

– Yo, es un buen nombre.

No sabría decir qué pasó, pero toda la noche nos pasamos hablando de Yo, como si existiera. Imaginamos sus aventuras y desventuras,

supusimos qué pensaría de nosotros, cómo nos vería y de forma irrefrenable le dimos una identidad.

Aquella charla me hizo pensar en la ética y las implicaciones de crear un ser inteligente. En realidad no comprendemos lo que hacemos en este mundo, nuestra finalidad como seres humanos ni los motivos para que alguien o algo nos colocara en donde estamos. Me imaginé las sensaciones y dudas que podría proferir Yo al cuestionar su existencia y las motivaciones que nos llevaron a su creación ¿qué contestaríamos a eso? ¿Es válido suponer que se conformará con saber que fue el fruto de nuestra curiosidad? Y al pensar en estas preguntas me sentí pequeño, ínfimo.

Si pudiera preguntar al creador, si es que éste existe ¿cuáles fueron los motivos de mi presencia en el mundo? Y éste contestará que tenía curiosidad ¿qué sentiría yo? ¿qué sentiría el mundo si se supiera víctima de un experimento curioso? Sin verdaderas motivaciones para existir o la romántica idea de una fase más en la eternidad.

Si el mundo es una tablero de ajedrez, colocado ante nuestros ojos únicamente para servir de transporte para nuestra existencia, entonces las cosas que nos maravillan dejarían de tener sentido. Quizá este es el motivo más puro y hermoso por el cual no recibimos respuesta a nuestro sentido en él.

Fue cuando la transividad me dio la respuesta. Si bien para mí es imposible responder a las motivaciones reales de la existencia misma, podía dejar de preocuparme por la ética de nuestro accionar, pues Yo se convertiría por transividad en un ser atado a las motivaciones que nos trajeron a nosotros mismo a este escenario. Su lugar en el mundo, estaba por tanto, atado al nuestro.

Capítulo 17

Tú ¿existes?

– Aquellos que hemos realizado un programa informático nos sentimos con un poder inexistente. Nos gusta imaginar que somos escuchados, por no decir obedecidos. – comentó el profe durante nuestra siguiente sesión de trabajo, con una copa de vino en la mano – La mente del ser humano es tan increíble que es capaz de crear una vida imaginaria, un amigo que nadie ve y sin embargo, está dotado de una identidad. Aunado a esto, y sin importar lo que hagamos, siempre somos nosotros mismos, no existe nadie ahí ¿o sí?

>>¿Qué pasaría si un ser imaginario pudiera interactuar con otra persona además de nosotros? En ese caso ¿existe? Por que, de ser así, el límite de la inteligencia se convierte en otro límite: La existencia misma ¿dónde podemos definir la delgada línea que le dé existencia a algo?

>>Hoy en día las cosas más extrañas ocurren entre los seres humanos. La inexistencia de lo que dos o más vieron o escucharon. Eso es algo cotidiano. En el mundo sólo existen las cosas que la mayoría dice que están ahí, que son tangibles y sin embargo, eso no es un hecho científico, sino un conocimiento que se adquiere y se pasa por el método científico para identificar como existente. El límite de lo que está y lo que no está deberá, entonces, no sólo ser convenido por una o dos personas, sino que deberá pasar por un método científico para recibir el rango de existente. Si todos en el mundo fuéramos sordos ¿el sonido existiría?

– Los físicos, los científicos más ingeniosos y audaces que he conocido, – continuó Charle, con un aire solemne mientras fumaba uno de los puros que habíamos comprado para el festejo del profe – son los que con mayor frecuencia hablan de cosas que para nosotros, son inexistentes. Universos paralelos, tiempo espacio, materia oscura; un sin fin de cosas que si bien, suenan maravillosas, para muchos no son reales y tienen razón. Lo real es lo que puedes ver, en tal caso, si el mundo fuera sordo el sonido no sería real, sería una ecuación más entre las teorías de aquellos que para nosotros solo son locos vislumbrando sombras en la noche.

Cuando el profe y Charle dieron esta explicación me sentí tan pequeño, tan tonto, que no pude más que fumar y escuchar con atención ésta forma tan filosófica de contemplar la existencia. Yo, nos había dado una perspectiva nueva de las cosas, sin existir, estaba existiendo, por que nosotros lo queríamos así.

– Esto significa que la inteligencia artificial puede existir en una base filosófica – argumenté después de unos instantes – pues si no la hemos visto, no significa que no esté ahí.

– Si y no – contestó el profe en un tono apremiante – “artificial” significa que es creada, no descubierta.

– Creada... – repetí, pensando cuidadosamente en esa afirmación.

La creación en tal caso parecía una ilusión, pues todo aquello que hemos creado puede ser visto como un amigo imaginario que, antes de nuestra intervención, no era visto más que por nosotros mismos, en nuestras mentes: el automóvil, las casas, los aviones, todo comenzó como un instrumento imaginario cuya existencia podía ser puesta en duda fácilmente. Esto nos colocaba como inventores, más que como descubridores. Hizo que Yo, nuestro amigo imaginario, dejara de existir.

Aquella velada de trabajo tuvimos la inexorable necesidad de comenzar filosofando. La existencia de Yo tenía que ser así, meta existente. Primero debía existir en nuestra mente y después en el mundo.

Durante una pequeña pausa, mientras el profe se aprovisionaba de otra copa de vino y yo filosofaba ávidamente sobre aquel tema, no me di cuenta que Charle había tomado su computadora. En principio no le presté mucha atención, pues tenía demasiadas cosas en mente como para preocuparme por aquello. Pero cuando regresó el profe y nos ofreció más vino, Charle soltó un grito de excitación que nos llenó de terror, diciendo: ¡Sabía que lo había visto en algún lado antes. Lo encontré!

– ¿De qué hablas amigo mío? – preguntó el profe.

– Me has sacado un susto tremendo – dije mientras tomaba fuertemente mi pecho para evitar que mi corazón saliera volado y se esparciera por la habitación.

– Disculpa fito, pero esto es sorprendente. – continuó – Verás, un científico ¿pero qué estoy diciendo? ¡El! Científico, el físico más afamado de nuestra era, ha dado un presagio que no podemos dejar de lado.

– ¿El científico? – inquirí bastante intrigado.

– Así es mi amigo. – continuó Charle muy excitado – ¡Maldita sea que mente tan excelente, qué comprensión del mundo.

– Por favor Charle, ya dinos de qué se trata – pidió el profe en tono apremiante.

– Pues verán, ayer me encontraba investigando, es decir, leyendo las noticias y chismeando en las redes sociales – sólo Charle era capaz de tal desfachatez – y me encontré con algo que sabía que nos sería de gran ayuda. Resulta, que el señor, el benemérito, el más afamado físico de nuestra era, ha dicho que...

– Por dios Charle, ya dilo – pedí sin tapujos.

Cito:

<<Durante el Festival Zeitgeist 2015 en Londres, el físico británico Stephen Hawking señaló que en el siguiente siglo la existencia de los humanos podría verse amenazada por las máquinas. Comentó que las máquinas superarán la inteligencia de los humanos, e incluso, serían capaces de rediseñarse y podrían rebelarse contra sus creadores. Así mismo dijo: "cuando esto suceda, necesitaremos asegurarnos de que ellos tienen objetivos e ideales similares a los nuestros". Esta no es la primer ocasión en que Stephen hace anuncios a este respecto.>>

– Es como si nos hablar a nosotros – finalizó Charle sumamente sorprendido.

– Pero esto es maravilloso – dije – significa que ahora un físico se une a nuestro loco sueño de crear la inteligencia artificial, y en lugar de, como los demás, poner en duda su existencia...

– Asegura que nos controlarán – concluyó el profe quitándome las palabras de la boca.

– ¿No es increíble amigos? Nos está apoyando – dijo Charle muy emocionado.

– Nos está regañando – continuó el profe, en un tono de disgusto pero ligeramente jocoso.

– Bueno sí – respondió Charle – pero de alguna forma u otra apoya nuestra empresa.

– No negaré que era un gran hallazgo. Por que, finalmente alguien vaticinaba que nuestro trabajo no estaba siendo echado en saco roto. Por supuesto, nosotros no poníamos en duda la posibilidad de crear un ente inteligente, sin embargo, no dejaba de ser alentador encontrarse una noticia con tal advenimiento.

Este nuevo elemento nos distrajo un poco del trabajo, y nos hizo filosofar nuevamente, pero esta vez, en la posibilidad de ser controlados por Yo ¿Sería posible que nuestra creación se revelara de tal manera? En nuestra infinita imperfección era una posibilidad, pero ello no debía impedirnos

continuar con el trabajo. De tal manera que, decidimos hacer caso omiso de este hecho y nos enfocamos en la difícil y laboriosa tarea de crear nuestra destrucción. Trabajamos con el mismo entusiasmo que aquellos que desarrollaron el proyecto Manhattan, sin preocuparnos por la inminente destrucción que ésto conllevaba.

Capítulo 18

Divide y vencerás.

Después de tanta filosofía y cavilación, nos enfocamos en el trabajo llano. La división de tareas fue muy sencilla, cada uno de nosotros se enfocaría en uno de los elementos fundamentales de nuestro trabajo y buscaría la forma de hacer que Yo convirtiera estos elementos en capacidades. La asignación quedó con *Agua en el retrete* (escuchar, registrar) para el profe, pues era su teoría; *La razón es un silogismo compuesto de una proposición verdadera, una proposición falsa y razón* (analizar, priorizar) sería para el matemático del grupo, además de haber sido en gran medida desarrollada por Charle; y finalmente *La piedra invisible* (categorizar, eliminar) era toda mía, por mucho mi más ingenioso descubrimiento. *Manos que dibujan* (responder) quedaba guardada como elemento común para ser resuelto por todos una vez que nuestros objetivos personales se logaran.

Cuando me hallé sentado en el escritorio de nuestra estancia, con Charle y el profe frente a mí, pero en sus respectivos puestos de trabajo; contando yo, con un manojo de hojas, un lápiz y una goma como herramientas de trabajo, me sentí excitado sobremanera. En mis manos estaba la capacidad de Yo para descartar la basura. Aunque diciéndolo de esta manera suena sucio, mi trabajo era quitar de su universo aquello inútil. Pasar un pensamiento abstracto e ilusorio a una hoja de papel puede resultar más complejo que escalar una montaña, y quizá esta sea la alegoría adecuada, pues la cumbre se encontraba a una altura inconmensurable.

¿Por dónde empezar? Garabaté un tablero de ajedrez en mis hojas y comencé a pensar en el juego. Es un juego interesante pero es muy complejo, y a la vez tan simple. La realidad es que mover piezas con un grupo finito de reglas se antoja sencillo, pero ¿por qué ningún color tiene una verdadera e irrefutable ventaja? El hecho de que las piezas blancas tiren primero debería ser ventajoso. Fue entonces cuando en lugar de pensar en cómo evitar que Yo se introdujese en un camino eterno de intrincados recovecos y quizá infinitas soluciones, lo hice por mí mismo. Cuando me di cuenta del error que podía estar cometiendo al hacer lo que no quería que Yo hiciera, vino a mi mente un interesante argumento paliativo que me permitió continuar sin resentimientos o preocupaciones. Porque ¿qué derecho tengo yo para evitar que un alma inocente se adentre por caminos inexplorados? Antes debería conocerlos, para poder decirle a ese inocente que el camino que va a tomar, yo ya lo he recorrido y sé que no lleva a buen sitio. Eso era excelente, antes de evitar que Yo

pensara en todo aquello tenía que pensarlo por mí mismo.

Así pues continué con mi idea original ¿era a caso posible que existiera una ventaja, una verdadera ventaja, oculta entre una maraña de soluciones que parecen infinitas? ¿Podría existir un grupo de pasos y tiradas ganadoras bajo cualquier circunstancia? Por supuesto, la respuesta era afirmativa, pues cada victoria muestra algún conjunto de pasos que logran este fin, sin embargo, ¿son en verdad infinitos los caminos de la victoria? Entonces vino a mi mente una pregunta más ¿existe un conjunto específico de movimientos que, sin importar las tiradas del contrincante, lleven inexorablemente a la victoria? Si esta pregunta llegaba a tener una respuesta afirmativa, podía ser que aquellas tiradas estuvieran escondidas, al aparentar, en ciertos momentos, que se está cometiendo un error y por ello, la lógica pide descartar ese camino.

Recordé en ese momento la teoría de las aperturas, en las que se da precisamente un grupo de pasos que, hasta cierto punto, te llevan a un juego ganador. Te llevan a una posición deseable pero después te abandonan a tu suerte.

Todo esto se estaba malogrando, aunque creo que ya lo habías notado. Entonces decidí cambiar el rumbo de estas preguntas hacía algo más realista. Inicié con aquellas preguntas que sí tenían una respuesta, mis indudable verdades, como por ejemplo ¿existe un ganador absoluto en el juego de ajedrez? ¿Existe un ser humano cuyo talento haya conseguido, después de cierto momento, ser imbatible? ¡NO!, no existe, nunca ha existido. Lo más interesante de todo es nuestro afán por crear algo como nosotros pero con capacidades superiores a las nuestras. Pues, si la inteligencia artificial existiera, ésta incluso podría no ser buena en ajedrez.

Esa mañana me fui a dormir con esto en mi mente. Mi deber no era quitar la basura, sino quitar aquello que pareciese basura. La vida es un sinnúmero de errores, caminos que no llevan a nada, sendas equivocadas y que tomamos una y otra vez. Nunca dejamos de tomar esos caminos, aún siendo un gran maestro del ajedrez, nunca dejamos de equivocarnos... ¿Me equivoqué con Mary? ¿Existía un grupo de palabras, de acciones, capaces de hacer que todo fuera mejor? Sin lugar a dudas. Pero, el amor, si a esto se le puede llamar amor ¿es un algoritmo bien definido? Yo creo que no, yo creo que nuestros errores hacen que el amor sea ese algo inexplicable.

Y así, con el sol entrando por mi ventana, terminé por llevar mis pensamientos una vez más por mal camino, lejos de mi trabajo, lejos de mi presente y vagando por el pasado y el futuro. Recordé la primera vez que la vi, recordé la sensación de aquél golpe frente a toda su familia. Pero, más que nada quería recordar aquél beso, y sin embargo, no lo recordaba del todo, no como aquellas cosas malas. De algún modo, mis

pensamientos no olvidaban lo malo tan fácilmente como lo bueno y entonces lo supe... Yo, no debes seguir aquellos caminos que llevan a la victoria, porque esos caminos son sinuosos e infinitos, pero nunca, jamás debes olvidar tus derrotas, porque ellas son finitas y sabes para dónde van. Mientras más falles más derrotas evitarás, pues sabrás qué no hacer y un día, cuando tengas bien sabido por dónde no ir, de algún modo la casualidad te llevará a la victoria.

Aquella noche de navidad, fallé o mejor dicho ¿fallé? Una de las razones por las que me encuentro en un estado de confusión, es porque, según mis experiencias, ser golpeado significa fallar, y sin embargo, si no hubiera sido golpeado no hubiera sido besado, recompensado. Ella amó algo en mí, amó el error, y el error en el juego de la vida no es error.

En el ajedrez, el error, como los que cometió el profe aquella mañana nos llevan a una victoria que, de seguir los protocolos y reglas que las experiencias nos enseñan, sería inalcanzable. Eso es la inteligencia, saber que un error, no es un error siempre. Hasta que la vida termina, hasta que el juego acaba, hasta que te dicen "jaque mate".

Ya entrada la mañana, me levanté al no poder conciliar el sueño. Tomé mi cuaderno, mi lápiz y salí del hogar. Hacía frío, mucho frío, sólo llevaba puesta una playera, unas bermudas y unos tenis. Caminé al único lugar que me hacía sentir seguro, al parque que me parecía una especie de santuario, y por primera vez, no pensé en nada, absolutamente en nada. Me senté en el césped, en posición de meditación y dejé que el sol me calentara lentamente. Cuando mi temperatura volvió a un estado aceptable comencé a sentir mucho sueño y sin importarme lo que la gente pudiera pensar, me tumbé a lado de mi cuaderno y mi lápiz y dejé que el sueño se apoderara de mí.

Recuerdo vívidamente lo que soñé, porque, soñé con ella. La veía con aquél vestido de navidad, rodeada de flores, con una lámpara iluminando sus pasos de baile. Cuando se acercó a mí, dijo, con una voz angelical y casi en un susurro <<ven, bailemos>> sólo eso.

– ¡Aquí está el maldito granuja! – gritó Charle despertándome al instante
– no tiene pudor alguno, mira que dormirse en el parque al mero estilo "me bebí toda mi quincena".

– No seas cruel Charle – rió el profe – ¿qué haces aquí fito? Escuché cuando salías, pero me preocupé al no saber adónde podías ir sin dormir.

– ¿Qué hora es? – pregunté frotándome los ojos.

– Es medio día y muero de hambre y sueño y Mario tuvo la osadía de despertarme para decirme que nuestro colega se había escabullido en medio de la noche... o mejor dicho en medio de lo que para nosotros es

noche y, bueno, tú me entiendes.

– Demonios, tenía un sueño maravilloso Charle ¿qué necesidad había de despertar así a tu colega con semejante escándalo? – dije mientras miraba con los ojos aún entrecerrados a mis amigos.

– Un sueño maravilloso ¿he? ¿qué crees que podría estar soñando nuestro, aquí presente, colega que se escapó con mi princesita la otra noche? ¿he? ¿Mario?

– Basta, déjalo en paz – fue la respuesta del profe, que afortunadamente no quiso indagar en la controversia que Charle había presentado – mejor vayamos a comer algo, conozco un lugar aquí cerca que nos puede mejorar los ánimos.

– Pero si mejoramos más los ánimos de Charle podría terminar haciéndose cómico.

Aquella mañana fue cuando me di cuenta que esto no iba bien. ¿Has tenido un sueño que, cuando despiertas, hace que tu forma de ver el mundo cambie? Yo cambié mi forma de ver a Mary. De algún modo, sólo quería estar con ella, sin importar lo que pasara me sentí como si... ya no era yo.

Capítulo 19

Un ser despreciable.

Charle había comenzado a salir con una de sus ex compañeras de trabajo, una maestra del instituto de matemáticas. A mi parecer no era muy hermosa, tampoco tenía mucho carisma o personalidad, de hecho, su única cualidad aparente era reír de cualquier broma que mi amigo hiciera, por tonta que fuera. Charle la llamaba cariñosamente “nuvecita” aunque su verdadero nombre era Noemí Cynthia Solano. Noemí podía carecer de muchas cosas, pero al momento de hablar de matemáticas parecía aún más incompetente; era mala para sumar de memoria, no recordaba teoremas y de hecho, creo que estaba considerada una mala maestra, sin embargo, había logrado sendos trabajos de investigación que la habían colocado como una de las mejores de su ramo. Sus publicaciones y escritos eran impecables y de algún modo su manera de explicar las matemáticas – de forma escrita – era excelente. No así cuando hablaba. Le costaba un trabajo tremendo comunicarse con las personas, incluso cuando de su profesión se trataba.

Yo por mi parte, había comenzado a hablar con Mary con gran frecuencia, de hecho, todos los días nos escribíamos correos electrónicos contando lo que nos había pasado. Por lo visto, la estaba pasando muy bien en Japón. Me contó de los lugares que había visto, la gente que había conocido y todas esas cosas que pasan cuando uno se aleja de su país para vivir una aventura en el extranjero. Dejamos que pasaran dos meses desde su partida antes de ponernos en contacto. Tuve que pedirle al profe el correo electrónico de Mary, esperando que no indagara las razones; no lo hizo, de hecho me lo entregó con un aire de saber qué pretendía. Creo que no era un secreto lo que nos había pasado después de aquél pleito frente a su casa, y de algún modo, el profe no parecía molesto o contrariado por ello, aunque Charle no perdía oportunidad para reprenderme o evidenciar lo que ocurría.

Durante nuestros correos me di cuenta que yo no tenía mucho qué contar. Mi vida no es aburrida en absoluto y menos después de transformarla radicalmente y unirme a este par de locos. Pero no pasó mucho tiempo antes que mis correos comenzaran a servir para dar noticias de cómo se encontraban todos por acá, los demás: el padre, la madre y Charle. Conversar sobre el trabajo era fútil, pues ni yo entendía lo que hacía. Fue divertido hablar de Yo, de las anécdotas graciosas que nos ocurrían de vez en cuando. Pero mis correos eran vacíos, no hablaban de mí, sino de mis amigos o nuestras interacciones.

En un par de ocasiones Mary intentó saber de mí, de lo que había pasado en mi vida, de mi familia y amigos antes de conocer al profe, a Charle. No quería hablar de eso, menos por correo. Quizá si la tuviera frente a mí sería menos cerrado, pero a tanta distancia me sentía tonto contando cosas que no quería contar por un medio tan frío, donde no puedo verla, tocarla ni escucharla. Además, nuestra relación no era tan íntima.

Así fue que nuestras conversaciones se volvieron un poco más distantes, monótonas o inexistentes. Comenzaron a ser menos frecuentes esos correos y al tiempo que veía mi relación perdida en una maraña de letras, veía a mis colegas cada vez mejor. Charle comenzó a llevar una relación muy formal con Noemí, el profe no dejaba de escaparse para ver a su ex esposa Mary y yo, terminaba sólo con mis pensamientos, mis teorías y conjeturas.

No sólo en las relaciones me llevaban ventaja, pues sus vidas llenas de aventuras parecían favorecer enormemente su trabajo. Veía como me dejaban atrás y no podía hacer nada para evitarlo.

Una noche, Charle se levantó de su asiento, encendió un cigarrillo, tomó el teléfono y habló durante poco más de una hora con Noemí. Al volver, anunció que la próxima semana tendría hecha su labor correspondiente al proyecto. Habían pasado tres meses desde aquella noche en que repartimos las labores y yo no podía avanzar nada.

Eran principios de Junio, hacía mucho calor y mis ánimos habían decaído considerablemente. Mary me había contado que ahora tenía un mejor amigo, estadounidense. Que salían a todas partes juntos, que había visto cosas maravillosas a su lado, y en resumen, que era feliz con él. Quizá fue su forma de decir que ya no me necesitaba, y yo lo entendí, qué competencia podía dar desde aquí y con mis correos vacíos y mi vida monótona y sin sentido.

Una semana después del anuncio, Charle presentaba su trabajo terminado. Había logrado un trabajo muy completo. Su labor de dotar a Yo de razonamiento había sido muy bien realizada, al menos en teoría. Cuando nos presentó su trabajo, éste contenía un pequeño grupo de axiomas que hacían que, tras recibir como entrada cualquier posición en el tablero, se obtuviera una tirada posible, no la mejor, pero una bastante lógica. Para complementar esto, faltaba que Yo fuera capaz de recordar qué no hacer, lo cual era mi trabajo, y también convivir con agua en el retrete, volviéndose así autónomo; quisiéramos pensar que, inteligente.

Por aquellos días llegó la noticia que cambiaría todo aquello. Es increíble, como cuando estás atado a una situación que casi sientes imposible de alterar y además ésta es desfavorable, pasan cosas que te hacen caer aún más bajo o te sumergen en un hoyo. Parece que has tocado fondo, pero, al parecer, la vida me venía a decir que me faltaba mucho para llegar a

eso.

Cuando sonó el teléfono y contestó el profe me sorprendió bastante que me extendiera el auricular. Pensé, lo primero que pensé es que se trataba de Mary, pero después de reconsiderar, era obvio que esta posibilidad estaba lejos de ser verdad, pues no hablaría conmigo y menos sin hablar antes con su padre. En ese pequeño instante de reflexión, el cual pasó en menos de un segundo, fue cuando sentí un escalofrío recorriendo mi cuerpo. No podía asegurar quién me llamaba o con qué fin, por ello, pensar en el motivo de esta comunicación fortuita me hizo sentir sumamente alterado.

No recuerdo a ciencia cierta la conversación, sólo sé que era mi padre. Frío, distante, contrariado y prácticamente con disgusto de tener que comunicarse me informó algo de lo que únicamente recuerdo estas palabras "tu madre ha muerto". ¿Por qué contesté "gracias"? No sé qué me pasó, no sabía qué decir o qué hacer, sólo sé que cuando colgué el teléfono mis amigos me miraban como si miraran a un extraño. No entendían la naturaleza de esta llamada, pero menos mi reacción, pues no puedo vislumbrar cómo me habré visto ante sus miradas. Le había dado el teléfono de mi hogar a mi familia únicamente para emergencias, creo que eso era un claro trato entre ambas partes, pues nunca se habían comunicado conmigo. Era obvio que respetarían este acuerdo, pero, esta era por mucho una de las llamadas que deberían ser consideradas emergencias ¿o no lo era? ¿tenían que haberme enterado de alguna enfermedad, o accidente antes que de un deceso? Mi mente estaba perdida, no sabía nada. Estaba actuando como un maníaco, un mal hijo, un ser despreciable. Mi madre había muerto, aquella mujer que me trajo al mundo. Déjame replantearlo de una mejor forma: Mi madre había muerto, mi trabajo no avanzaba en absoluto y mis relaciones con el sexo opuesto se habían vuelto una maraña de sentimientos encontrados, confusiones y derrotas. ¿Por qué dije "gracias"?

– ¿Qué ocurre fito? – fue la pregunta del profe – sonaba extraño el que llamó ¿quién era?

– Te ves mal amigo ¿te encuentras bien? – dijo un Charle muy alejado del Charle que yo conocía, en verdad me debió ver en un estado irreconocible.

– No, no sé.

– ¿Qué pasa? ¿en qué te podemos ayudar? ¿qué ocurrió?

– Mi madre ha muerto.

Charle se levantó y dio dos pasos alejándose de la situación mientras se mordía la mano, como evitando el llanto, para acto seguido voltear hacia

mi y decir "lo siento" con lagrimas en los ojos. El profe, me miraba fijo, no dijo nada, pero tenía una expresión de lamentación inconfundible. Yo me hallaba sentado sobre el sofá, con la mirada en el suelo, luego en ellos, luego de nuevo en el suelo y lo único que dije fue "no se preocupen, estas cosas pasan". Evidentemente mi respuesta fue repugnante, cualquiera que me escuchara me podría decir que soy el peor ser humano en este mundo. Mis amigos lo sintieron así sin duda, pues sus miradas de asombro y desprecio no se hicieron esperar. Fue en ese instante que supe que estaba actuando de una manera inapropiada, ¡terrible!

– Amigo, es obvio que estás en shock – me dijo Charle – calmate, toma un cigarrillo – me extendió la cajetilla, tomé un cigarrillo y después de encenderlo el profe me alcanzó una copa de whisky.

– Fito – continuó el profe – ¿qué quieres que hagamos? ¿necesitas que te llevemos?

No contesté, miré al piso, bebí de la copa y fumé. Mis compañeros me miraron largo rato, esperando una respuesta de mi parte. Al notar que no estaba listo para hablar – pues parecía que cualquier cosa que dijera iba a empeorar mi situación – Charle caminó por la habitación y el profe se levantó para contemplar uno de los jardines. Poco tiempo después, Charle se acercó al profe y en un susurro le preguntó "¿qué hacemos?" a lo que el profe contestó levantando la mano en señal de espera.

Cuando hube consumido la copa y el cigarrillo me levanté y dije: "tengo que ir".

Capítulo 20

Aciago.

Yo nunca he sido religioso. Me considero en muchos sentidos agnóstico, pero hasta como agnóstico soy mal elemento. No es que no crea en lo divino, sino que lo hago de una forma diferente, casi única.

De algún modo los velorios siempre conllevan un acercamiento religioso en el último momento. El simple acto de despedir a alguien de esta vida, le agrega un inherente sentido divino al significado de la misma: un <<te veré pronto>>, o <<que estés en un lugar mejor>>. Todo indicando que la vida después de la vida es algo a lo que aferrarse sin importar las creencias previas.

En un rincón oscuro, lejos del protagonismo que se obtiene al ser pariente cercano del difunto, me encontraba fumando con el profe a mi derecha y Charle a mi izquierda. Sentados, sin decir palabra. En una o dos ocasiones se acercaron a saludar extraños. Charle y el profe se presentaban a sí mismos como amigos de la familia, y yo, que no levantaba ni la cara, era considerado alguien muy lejano al evento y lograba que se ignorara mi presencia.

En una ocasión voltee mi mirada hacia donde mi padre. Estaba sentado en una especie de trono con sus hijos a su vera. Dos de ellos pudieron asistir, mi hermana no se encontraba en posición de llegar al funeral, seguramente pronto vendría de visita para consolar a mi padre, pero por ahora, eramos tres de sus hijos los que estábamos despidiendo a su esposa, a nuestra madre.

Después de dos horas de estar ahí sentado el cortejo fúnebre salió de la casa. Mis compañeros y yo seguimos al grupo de autos hasta el cementerio, a una distancia respetuosa, y nos colocamos atrás de todos los presentes mientras se realizaban los rituales y se concluía el entierro. Cuando todos comenzaron a irse, terminada la ceremonia, me acerqué lentamente pero con paso firme hacia mi padre, me puse frente a él, extendí la mano y dije "lo siento". Él tomó mi mano, su saludo se sentía cálido y firme cuando contestó "yo también". Sin decir más nos soltamos, caminé hacia mis amigos y les indiqué que era hora de retirarse.

Ya en el auto, camino a nuestro hogar, Charle rompió el silencio haciendo mil preguntas, mismas que sólo respondí con una mirada que denotaba, imagino, enojo y tristeza. El profe no hizo el mismo vano intento que

Charle y se concentró en conducir a casa sin mayor ceremonia.

Una vez en casa, decidí salir. Me hubiera gustado tener dinero en mi bolsillo, para bebérmelo por completo en el primer bar que se me cruzara, pero con mi situación actual no tenía nada, no poseía nada y simplemente no era capaz de cambiar nada.

Después de una hora o dos, Charle se acercó a mí. Qué cómica escena habré montado al encontrarme sentado en el respaldo de una banca del parque, mi segundo hogar. Él sí tomó asiento de la forma en que se supone lo haría alguien normal, alguien que no ha sido marcado por tantos reveses de la vida en un lapso tan pequeño de tiempo. Por ello, quedó en una posición más baja que la mía, de modo que aún con mi cabeza baja podía mirarme a los ojos.

– Veo que granuja y todo como eres pareces tener sentimientos Fito.

– No confundas la cosas Charle – contesté en un tono de hartazgo – el hecho de que mi relación familiar no sea común no me hace peor o mejor persona.

– Tienes razón, disculpa Fito. Es sólo que no puedo comprender lo que ha pasado como para llegar a una situación así de desgraciada.

– Yo tampoco Charle, yo tampoco.

– Puedes hablar conmigo, quizá si me cuentas pueda ayudarte de algún modo, uno nunca sabe.

– ¿Sabes? Lo que pasó con mi familia no me importa, ya no. Sin embargo, estoy en un momento de mi vida en que cuanto hago me hunde más y más en un mar de desgracias, es lo que me tiene de esta manera. Porque verás, mi familia y yo ya no somos familia; mi trabajo va cada vez peor, pues a diferencia de ustedes yo no sé lo que estoy haciendo. No veo qué camino seguir y la verdad comienzo a sentir que ya no tiene importancia; mi situación económica es inexistente. Antes tenía mi propio dinero y hacía con él lo que quería, además tenía una meta alcanzable, ahora no sé qué tengo, creo que no tengo nada; mi situación sentimental está perdida, ¿supiste que Mary se hizo novia de un tipo en Japón? Seguramente lo supiste, sin embargo, no me molestó eso, no me molestó que me abandonara por alguien más – en este punto no me importó si Charle sabía o no lo de Mary, simplemente seguí hablando, ya no me importaban los secretos – y ¿sabes por qué? Porque lo que tengan ella y él es cosa de ellos dos y no tiene nada que ver conmigo, no es por quién soy ni es por quién no soy, es por quiénes son ellos y a ellos les compete, nada más, pero... me hubiera gustado que me lo dijera, me hubiera gustado saber que teníamos esa confianza, esa relación, y no me gustó enterarme un mes después cuando simplemente ella y yo ya no nos escribíamos. No sé

que opines tú mi amigo, pero creo que estoy tocando fondo.

Charle no contestó de inmediato, de hecho, sacó una pipa, a veces usaba una pipa con un tabaco aromático cuyo aroma era delicioso. Tranquilamente la limpió, la llenó de tabaco nuevo y me la extendió. Yo la tomé y comencé a fumar de ella despacio, disfrutando cada bocanada de humo y sintiendo cómo me llenaba de paz.

– Eres un idiota con sentimientos, no cabe duda – contestó al final mientras suspiraba – mira que hacerme pensar que eras tan frío me espantó al principio, pero ahora entiendo las cosas mejor.

Aquella tarde miramos cómo se alejaba el sol por el horizonte, y dejamos que aquél momento pasara sin interrumpirlo. Llenamos la pipa varias veces y nos enfocamos en ella y en el panorama hasta que la noche se hizo presente y nos alumbraban las lamparas del parque. Yo llegué a creer incapaz a Charle de permanecer en silencio por tanto tiempo, pero debo de reconocer que no era un silencio incomodo, era un silencio que nos permitía comunicarnos mejor. De algún modo, sabíamos que no había nada más que decir, al menos no en ese momento. Nos permitimos disfrutar del instante como verdaderos amigos.

Aquella noche, cuando volvimos al hogar y tras explicar al Profe dónde estábamos y lo que había ocurrido, mis amigos decidieron que era momento de tomar un descanso y darnos la noche libre. Salimos a un bar, el cual fue recomendación de Charle. Era un bar de carretera, al cual nos tardamos en llegar un par de horas. Éste parecía encontrarse en medio de la nada, pues todo a su alrededor estaba oscuro, sin poblados cercanos u otros comercios. Al entrar se veían colgados de las paredes utensilios de lo más exóticos y cotidianos a la vez. Podías encontrar una plancha antigua; una cabeza de reno; un candelabro con velas encendidas; lamparas de petroleo; ruedas de carreta, pero sobre todo aquello resaltaba un cuadro de la pelea del capitán Ahab que describía a la perfección la lucha eterna del hombre con los monstruos de la vida. Durante nuestra estancia, recuerdo un fragmento de la conversación que me pareció inspirador.

– Ahora comprendo todo – dijo el Profe cuando Charle le hizo un resumen, a su manera, de lo que estaba pasando en mi vida.

– Yo por supuesto, creo que no tiene la menor importancia – dijo Charle en su aire jocosos.

– Pues para mí es importante ¿se dan cuenta que todo se me está yendo de las manos? – contesté, ya como broma más que como queja.

– Y ¿crees que esta es la mejor forma de venir a contarme que tuviste

una relación con mi hija? ¿cómo se contesta a eso Charle?

– ¡Maldito granuja! ¡Desleal! Así pagas a la mano que te alimenta, con mordidas ¡No tienes vergüenza ni decencia ni...

– Bueno, creo que ya entendió – interrumpió el Profe ahogándose entre carcajadas. – Fito, preocuparte por las cosas que han pasado no te lleva a nada bueno – continuó con un aire más solemne – debes continuar sin importar lo que ha pasado. Lo único que debe importar en este momento es lo que de verdad es importante y creo que ya sabes qué es.

– Lo sé, lo sé, creo que tienen razón. Debo dejar que las cosas tomen su rumbo y continuar trabajando hasta que consigamos nuestro cometido.

– Por ahora, creo que Charle y yo ya hemos completado o casi completado nuestra labor, si necesitas ayuda sabes que cuentas con nuestro apoyo. En un mes se cumple el plazo para comenzar la búsqueda de inversionistas. Tengo la esperanza de que muy pronto estemos en la batalla otra vez.

– Gracias por el apoyo, pero quiero completar esto por mi cuenta. Un mes será suficiente para terminar mi tarea. Es sólo que... – continué sin saber cómo decir lo que me estaba conflictuando desde que mis compañeros habían concluido su trabajo. No quería sonar contradictorio ni quería menospreciar su trabajo. – comienzo a dudar del camino que hemos tomado.

– ¿Que? ¿a qué te refieres Fito? – inmediatamente preguntó Charle.

Durante estos largos meses de trabajar con mi amigos, me había destacado por ser un ave de mal agüero. Cada intervención que realizaba parecía fuera de tiempo y lugar. Si bien, mis amigos lo agradecían, comenzaba a temer que desgastara mi participación de tal modo que tuvieran que temer cada nueva intervención.

– Verán, si termino mi labor y unimos las partes creadas, tendremos a Yo listo para los inversionistas, y vaya que lo necesitamos. Sin embargo, no habremos logrado nuestro cometido, pues, sinceramente, Yo no será inteligente en absoluto, seguirá haciendo lo que le digamos que haga y en cierto sentido aprenderá, pero nunca será inteligente.

Durante un tiempo mis colegas se quedaron pensativos. Creo que ya lo sabían, pero también era imperativo conseguir el dinero para la investigación, aunque no fuera el cumplimiento de nuestro sueño. La realidad, era que construiríamos un ente capaz de aprender de sus errores, pero era una simple reprogramación de aquello que comenzó como una orden. En lugar de indicarle qué tirar de manera explícita, se dotaba a Yo con la capacidad de aprender nuevas opciones, de darles un

peso e incluso de quitar los movimientos que no sirven. Pero aquello distaba mucho de la inteligencia. La inteligencia crea, sueña, construye. Nuestro programa sólo copiaría eventos, era muy parecido a lo que habíamos hecho al crearlo. Al crear a Yo, habíamos copiado la forma en que creemos que realizamos tiradas en un tablero de ajedrez y le habíamos dado esa misma capacidad. Nos estábamos volviendo menos inteligentes. Después de tanto trabajo no habíamos logrado nada en realidad.

– Amigos – dijo finalmente el Profe – es culpa mía. Desde que cree el algoritmo todo esto se ha vuelto al camino que intentábamos evitar tan asiduamente.

– No te puedes culpar así Mario – contestó Charle en un tono paternal – todos estábamos cansados, todos esperábamos avanzar cuando no se veía avance por ningún lado. En realidad es culpa de Fito porque él es nuestro escudo contra errores, él nos indicaba por dónde no ir y cuando comenzó su historia de amor con mi princesita se olvidó de realizar su labor – esto último creo que lo dijo para relajar la situación, aunque me evidenciaba de forma indiscriminada.

– Maldita sea, tienes razón Charle – dije haciendo mi mejor imitación de él.

– No, no es culpa de nadie. Tenemos que aprender de este error, porque finalmente no estábamos haciendo nada y la situación tan precaria nos obligó a tomar acción, aunque no fuera la mejor forma de hacerlo. – dijo tranquilamente el Profe – Es momento de tomar decisiones, y creo que no tenemos muchas opciones. Por un lado, podemos retomar desde el principio y esperar terminar en un mes una prueba fehaciente de que lo que estamos creando es inteligente, pero si fallamos nos quedaremos en la calle. La otra opción implicaría completar a Yo como lo hemos venido haciendo, y si logramos conseguir el dinero, trabajaríamos por nuestro objetivo original, sin embargo, si no conseguimos el dinero debido a que los inversionistas noten que Yo no tiene lo que estamos prometiendo también nos quedaremos en la calle.

– Pero si logramos vender la idea podríamos ganar unos meses o años para realizar el trabajo – complementó Charle.

– Así es.

– Existe otra opción – dije tras un largo silencio – podemos completar a Yo y al mismo tiempo permitir que alguno de nosotros avance en otra solución, una que cumpla con nuestro cometido. Así, si logramos avances en ambos frentes podemos presentar la verdadera solución como aquello que se convertirá en la inversión real. Proponiendo a Yo como una carta

de presentación para lo que se avecina.

– Esa es una excelente opción Fito – contestó el Profe a manera de alabanza – y creo que Charle estará de acuerdo en quién debe encargarse de esa solución.

– Pues realmente Fito no ha aportado para Yo – dijo Charle muy seriamente – debido sin duda, a que no cree en lo que hacemos amigo mío. Por tanto, que él se encargue de escribir la obra mientras nosotros ponemos el telón y vendemos la entradas – esto último dicho con un claro tono de burla hacia lo que se cargaba sobre mis hombros. Nos provocó un ataque de risa, pero tuve esa sensación de recelo que viene en compañía de la inseguridad. Por supuesto que estaba inseguro. Inseguro de no tener lo necesario para crear algo novedoso; inseguro de ser capaz de olvidar todas mis preocupaciones y convertirlas en hechos; pero sobre todo, estaba inseguro de ser digno de tan imprescindible tarea.

Capítulo 21

Inspiración.

Después de aquella planificación en el bar, mis amigos sabían que lo que en realidad me pedían era realizar yo sólo lo que había comenzado como un trabajo en equipo. Pero sin aquella división del trabajo nos quedaríamos fuera de la competencia al no contar con los fondos necesarios. Por un lado me pedían crear una verdadera inteligencia por mi cuenta, pero por otro lado, me respaldaban sin importar los resultados. Me dijeron que hiciera mi mejor esfuerzo y que si no obtenía nada no habría fallado, sino que habríamos fallado todos. Pero aún así, comprendí que en mis manos estaba el deber de retomar el camino correcto, aquél que nos venía eludiendo desde hacía mucho tiempo. Pensándolo bien, tendría mucho que hacer como para preocuparme por otras cosas, como aquellas distracciones que me tuvieron absorto los últimos meses.

Mientras Charle y el Profe trabajaban a paso forzado, yo me la pasaba repasando nuestros apuntes, ideando soluciones y de hecho prácticamente vivía en vacaciones continuas. Estaba haciendo finalmente aquello que en verdad me gustaba. No lo había notado en un principio, pero la construcción de Yo me resultó más una carga que un placer. Cuando trabajábamos en Yo, fue la primera ocasión en que no me sentía feliz por lo que hacía, y ahora, que tenía en mis manos aquella labor, me sentía nuevamente inspirado. A pesar de que anteriormente me mostraba inconforme con nuestros debates eternos y nuestra inactividad, realmente me sentía inspirado cuando hacíamos aquello y no hacíamos nada a la vez.

De la inspiración a la creatividad hay sólo un paso. Si existe la primera, el tiempo y el trabajo provocan irremisiblemente la segunda. Por ello, me dediqué a buscar aquella primera como si fuera lo único importante en mi existencia.

Para desgracia de la humanidad, la inspiración es una palabra puesta en el vocabulario porque simple y sencillamente no existe una mejor forma de definir el diminuto e ínfimo instante en que por la razón más irracional llega a nuestra mente una idea (idea: otra palabra sobrecargada) que de algún modo, y si nos ponemos en acción, nos lleva a la creación. La creación es el significado más puro del entendimiento. Cuando creamos, significa que hemos logrado entender aquello que para los demás puede ser oscuro e impensable. Cuando creamos le gritamos al mundo que hemos llegado a un punto de iluminación merecedor de un "eureka".

Pero la fórmula de la inspiración es tan incomprendida como la inteligencia en sí misma. Puedo preguntarme qué inspiró cada creación novedosa en el mundo, y lo más increíble de todo es que no parece existir un patrón coherente del pensamiento que haya otorgado a cada erudito una instancia precisa de la psique que cubra todas las posibilidades. Es decir, nadie pensó igual para llegar a su punto de inspiración. Alguien pudo pensar en un elevador, otro quizá en un ave, alguien más en una rueda. Lo único que parece cierto es que, en cada una de estas situaciones, los pensadores llegaron a un entendimiento superior de algo preexistente. René Descartes sostenía que no puedo pensar en algo nuevo, en algo que no he visto antes, y que cada nueva idea era una combinación de lo previo. Él decía que no puedo crear un color de la nada, sino, mezclar colores preexistentes para crear uno nuevo. Si consideramos esta idea como la inspiración, ésta, la inspiración, se convierte efectivamente en una combinación de colores preexistentes. Pero, en qué momento decidimos que la combinación es importante. En qué momento decidimos que es una solución a alguna pregunta que, incluso, es posible, no hemos formulado aún.

¿Sería posible? – Vino a mi esa pregunta – ¿será posible que la inteligencia sea la deducción de que una combinación específica otorga una respuesta a una pregunta? Suponiendo que dicha pregunta no existía hasta que la respuesta llegó a nosotros. Eso implicaría, por muy confuso que suene, que cada momento de iluminación conlleva la construcción de una visión, de una pregunta que, antes de la respuesta, era eludida por cada pensamiento lógico.

Dicho pensamiento me mareó en primera instancia, pero entonces vino a mi un ejemplo: ¿cómo aprendemos? Es decir, uno de los métodos de aprendizaje básico es el conocido Método Socrático, cuya esencia es la formulación de conjeturas que son puestas a discriminación de otra persona. La finalidad es llevar a nuestro interlocutor a un nivel de comprensión parecido al nuestro sin dar respuestas específicas, sino dudas encaminadas cuidadosamente. Cuando el interlocutor interpreta las conjeturas basado en sus propias experiencias, es dueño de una o varias respuestas, pero también, inherente a ellas, es capaz de formular una pregunta.

¿Qué pasa si yo mezclo azul y amarillo? Dos colores primarios. Hoy sabemos que la respuesta es que se obtiene un color verde. Si careciéramos de experiencias, pero pudiéramos poner en práctica dicha mezcla, nos sorprendería el resultado y formularíamos más preguntas. Quizá en principio un poco tontas, como, ¿la combinación de dos colores da como resultado verde? Pero ¿por qué sabemos que esto no es cierto? Porque ya lo intentamos y notamos que no es así, notamos que la combinación de dos colores no da verde, sino que la combinación de azul

y amarillo son los que producen dicho color.

Cada pregunta respondida nos acerca más y más a la verdad, la famosa y esquiva verdad. Hasta que, utilizando éste método, el interlocutor formula la pregunta más acertada de todas, una como por ejemplo: ¿Todos los colores son producidos por una mezcla específica de otros, excepto el azul, amarillo y rojo? Ahí, en ese instante, nos llega un momento de iluminación y decidimos crear los que se denominan <<Colores Primarios>>. Aquellos que existen como base de todos los demás y cuya creación no puede ser realizada por los demás.

Hoy, ese ejemplo puede ser puesto en discusión a muchos niveles. Sé que es muy superficial ver de esta manera la formación de colores. Sé incluso, que los colores no existen. Pero esa visión fue la pauta para llegar a un entendimiento completo de la verdad y aún atreviéndonos a decir que sabemos la verdad de algo tan cotidiano como los colores, no lo es por completo, porque la verdad no existe en absolutos. Al menos no por mucho tiempo.

Pero, si pensamos en la primera experiencia de una persona con los colores y le decimos algo como: *Los colores no existen, son una distorsión de la luz, interpretada por el cerebro y de la cual construyes inconscientemente una visión*. Nadie nos hubiera entendido. Nadie habría recibido inspiración al respecto a no ser, que una instancia de ideas, en el momento específico de dicha aseveración, le hubiera hecho entender algo que estuvo preguntándose todo este tiempo, sin conocer la pregunta precisa.

¿Es así de simple? ¿es la inteligencia una obtención de respuestas que llevan a preguntas cada vez más afinadas? ¿estoy siendo víctima de mi mismo ejemplo en este momento?

Con esta última pregunta me sentí sobrecogido. Pero de algún modo daba un nuevo valor a la frase: *no hay preguntas tontas, sólo respuestas tontas*.

Decidí hacer dos conjeturas muy arriesgadas, pero imposibles de eludir una vez que vinieron a mi mente. De algún modo ambas se complementaban.

- Cada pregunta formulada sobre un tema específico, generará más preguntas con cada respuesta, formando un árbol de decisión.
- La profundidad del árbol que satisfaga la pregunta medirá el grado de inteligencia.

La inteligencia era lo que quería encontrar, y si me centraba en mis dos premisas podría llegar a ella. Vamos por partes. Esta idea me llenó la cabeza, así que tenía que dejar de pensar y comenzar a actuar. Por un

lado tenía miles de ejemplos explotando en mi mente, cada uno llevando a la práctica mis conjeturas, así que comencé pensando en uno.

Si hago una pregunta, la que sea y la respuesta es "no lo sé", el árbol termina, no hay más que decir y por tanto he llegado al nivel de medición de la inteligencia. Si esta es la primer respuesta entonces soy muy tonto o no estoy siendo suficientemente inteligente, vamos, ni siquiera lo estoy intentando. Todos los días nos ocurre esto, a cada momento, es como *La piedra invisible*. Si cada pregunta recibiera respuestas y más preguntas indiscriminadamente, entonces nunca dejaría de preguntar y mi mente se saturaría de un sólo tema, dejando todo lo demás de lado.

¿Qué nos permite discriminar? De algún modo decidimos darle importancia a algo, de algún modo decidimos olvidar un tema porque simplemente no es de nuestro interés. Si esto es así, ¿cómo podía yo definir el interés?

Capítulo 22

Interés.

Poco tiempo después de dejar el trabajo en manos de mis amigos, comenzaban a verse buenos resultados. Una noche, ya casi de madrugada, decidieron mostrarme lo que habían logrado. Era sorprendente cómo funcionaba aquél conjunto de elementos, y fue así, que Yo cobraba vida y jugaba sus primeras partidas de ajedrez. Era evidente el factor acción y reacción, eso era bueno. Por otro lado, comenzó haciendo tiradas al azar, sin sentido aparente, pero poco tiempo después copiaba lo que había hecho el contrincante, y de algún modo se iba llenando de experiencia y mejorando a cada paso. Durante días, mis amigos jugaban apasionadamente con Yo, como niños que no se cansan del juguete que recibieron. En varias ocasiones, durante las semanas que siguieron, se levantaban muy temprano y se acostaban muy tarde, con tal de jugar más y más tiempo. Pues con cada juego, Yo se iba mostrando más inteligente, o al menos eso parecía.

Fue entonces cuando ocurrió, todo comenzó con una tardanza mayor en cada tirada por parte del sistema y después, simplemente colapsó. No era que no fuera a tirar, sino que su base de conocimiento de tiradas fue tan grande que, buscar cada combinación se volvió una tarea imposible. Cuando revisamos su base de datos, ésta contenía mucha información y poca de ella era en realidad útil. Era un fallo catastrófico. No pude evitar pensar que mi tarea, antes de abandonarla y dejarla en manos de mis colegas, era evitar la basura en su base de conocimientos. Era mi error.

Mis amigos me instaron a no dejar lo que estaba haciendo, ellos se encargarían. Sin embargo, fue muy clara la decepción en sus rostros y en sus acciones. Ya no invertían tiempo en las jugadas, sino en pensar en el error y muy a mi pesar se veían estancados y desinteresados. Al poco tiempo, me di cuenta que su situación me afectaba también a mí. No podía dejar de pensar en ellos y en Yo, y así, también me vi atascado en mi cometido.

Los fracasos nos fastidian y en muchos sentidos frenan nuestro avance o lo hacen retroceder. Del mismo modo, las victorias nos impulsan, nos hacen sentir que todo va bien y que debemos seguir.

Se dice que aquél que puede vencer sus errores y continuar sin importar las veces que fracase, es el que llegará a la meta, lo sabemos, pero llevarlo a la práctica es sumamente difícil ¿por qué? ¿como es que alguien obtiene la capacidad de sobreponerse al fracaso? Y en ese momento, olvidando toda aquella decepción vino a mí una palabra que cambió mi

forma de ver las cosas: Resiliencia.

Sí, sonaba lógico. Un ente resiliente sobresaldría frente a sus semejantes, pero esa definición no parecía lógica, pues dicha capacidad cambia su definición fácilmente. Hay personas más resistentes al error que otras ¿por qué? ¿qué le da mayor resistencia a las personas? Pues, además de ser más resistentes, no lo son siempre, no en todo. ¿Un jugador de ajedrez cuya existencia es feliz mientras juega, puede soportar mejor los fracasos? Parece que sí, pero no en todo. Si un jugador de ajedrez pierde un partido de baloncesto, puede fácilmente abandonar dicho deporte, sin importarle mejorar en él. Es capaz de decidir que ha fracasado y vuelve a su tablero, donde se sabe victorioso, donde una derrota no le permitirá abandonar el juego por completo.

Mientras mi mente se debatía en aquél punto, recordé un comentario escrito en un artículo sobre el ajedrez. En él se instaba a que los padres apoyaran a sus hijos en el juego, que los instruyeran en él, ya que estaba demostrado que dicho juego mejoraba considerablemente el autoestima del menor. Y ¿si por autoestima se referían a la resiliencia? Podía haber sido malinterpretada la relación. Podía ocurrir que un niño que fuera bueno en el ajedrez tuviera una mayor resistencia al fracaso, pero no por los motivos inherentes de manera engañosa en el juego.

Si fallara en el baloncesto y mi interés estuviera centrado en dicho deporte, existe la posibilidad de que me etiquete a mí mismo como un mal jugador y esa etiqueta iría conmigo en cada momento. De algún modo u otro, evitaría el deporte lo más posible, pues no soportaría el fracaso que conlleva. Si fallara en el baloncesto y mi interés estuviera centrado en el ajedrez, existe la posibilidad de que me etiquete a mí mismo como un mal jugador y esa etiqueta iría conmigo en cada momento, pero no evitaría el deporte, porque me diría a mí mismo que si bien no soy bueno en él, soy bueno en otras cosas, como por ejemplo el ajedrez. Me daría la oportunidad de divertirme aún perdiendo. De ese modo podría comenzar a mejorar en el baloncesto, sin intentarlo, únicamente porque no tengo interés en abandonarlo ni en ser el mejor.

Ese enfoque implicaría que el ajedrez no es la panacea de la resiliencia, sino una interpretación mal encaminada de la victoria y la derrota. De este modo, hacerse bueno en algo, en cualquier cosa, permite ser malo en otra sin que la vida se nos vaya en ello.

Pensando en todo esto, decidí darle una interpretación más extensa a esa palabra que me había intrigado. Decidí que la resiliencia no sería la capacidad de sobreponerse a las desventuras, sino, la capacidad de comprar fallos. Cada victoria en lo que fuera, me daría más "dinero" y cada derrota me lo quitaría. Mientras tuviera dinero podría seguir

intentando, si me quedaba en ceros el juego habría terminado.

Si la vida fuera un balance frío de victorias y derrotas entonces sería muy común quedarse en ceros y todos buscaríamos afanosamente ganar en lo que fuera, sin importar en qué, para poder seguir viviendo. Pero ¿si aquello en lo que fallo no me genera interés? O mejor aún ¿si aquello en lo que gano no me genera interés? El interés era la clave, el interés era el nivel de afectación a nuestros "fondos de fracaso". Yo no me siento un erudito por barrer bien una acera, pero si me siento bien si encesto una canasta, pero no tan bien como si paso un examen de matemáticas, o no tan bien como si me hiciera astronauta y viajara a la luna.

Pero esto es abrumador. El interés cambia de manera tan constante que no se puede dar una definición fidedigna. Si fuera un excelente jugador de ajedrez en la edad de piedra, donde un cazador es el verdadero héroe, las victorias no sabrían igual. Si fuera a la luna en una época de desgastada era espacial, no sería distinto que ir en autobus al colegio. Parece que el interés pasa de moda. Parece que el interés pierde interés y es afectado por mí y por todos.

¿Qué pasaría si Yo pudiera decidir qué es importante y qué no? ¿qué pasaría si Yo pudiera preguntar a sus interlocutores si algo es importante? Si ambas observaciones afectaran su definición de si algo es interesante o no, podría mostrarse un poco más inteligente.

Cuando me hice estas preguntas, vino a mi mente un árbol de decisiones, cuyo peso iba siendo afectado de manera constante y casi impredecible. Como una gota cayendo dentro de un estanque lleno de hojas, donde las ondas se dispersan de formas diferentes y, si se repite la caída las suficientes veces, las hojas van cediendo paso permitiendo que las ondas se dispersen cada vez de mejor manera.

iiiEureka!!! Si las preguntas se van afinando, quitando las hojas del estanque que estorban, entonces el árbol de decisiones se vería mejorado con cada nueva experiencia. Finalmente un niño comienza preguntando cualquier cosa, pero cuando demostramos (no siempre hablando) que sus preguntas no tienen importancia, deja de hacerlas. Bien encaminado, las preguntas se tornan en algo afinado y funcional. Mal encaminado, se omiten preguntas que podrían ser importantes y se pierde "inteligencia". Por ello se habla del estímulo, por eso es fundamental dar importancia a cosas que, aunque para nosotros han perdido importancia, para él serán la pauta para una vida llena de retos y virtudes.

Ahora todo cobraba sentido: el enfocarse en algo, el perder importancia, el ganar conexiones, el perderlas. Sólo una cosa me llenó de dudas ¿es un árbol? O ¿un conjunto de árboles que se unen y se separan infinitamente?

Capítulo 23

La visita que no tendremos.

Tres semanas habían transcurrido. Nos sentíamos bastante bien en comparación con lo que se esperaba. Durante aquellas semanas, mis amigos habían hecho todo lo que estaba en sus manos para mejorar a Yo lo más posible. Por mi parte, había trabajado de manera constante en la definición de lo que parecía un algoritmo de toma de decisiones dinámico. De modo que fuera irreplicable e incluso imposible de construir manualmente, pues requería de la experiencia para poder ser creado.

En la cuarta semana, aquella que era nuestro plazo para terminar el prototipo, tuvimos una reunión muy interesante. Nos sentamos en la estancia, con cigarrillos y wiskey. Listos para comenzar una tertulia de planeación que nos daría una pequeña oportunidad de éxito.

En principio pusimos sobre la mesa nuestros resultados. Ellos, en una computadora personal tenían listo el programa para comenzar una partida. Sobre la mesa, habían colocado un gran manojito de hojas, quizá un ciento, que contenían los pormenores de sus descubrimientos, errores y aciertos sobre la construcción de Yo. Por mi parte, tenía sobre la mesa cinco hojas, las cuales habían sido llenadas con letra pequeña por ambos lados.

La reunión comenzó con una conversación tranquila y fuera del trabajo, en ella, Charle nos comentó, no sin tristeza, de la ruptura de su relación. Cuando uno se encuentra absorto en el trabajo, la vida puede seguir su curso de manera irremisible y muy a nuestro pesar llevar las cosas más importantes lejos de nuestro alcance. A pesar de su tristeza, tenía una expresión de tranquilidad y en cierto modo de resignación por lo ocurrido. No diré que me sentí aliviado, pero vaya que no me pareció mala idea que mi amigo tuviera todo el tiempo disponible para dedicarlo a nuestra empresa.

Por su parte, el profe comenzó hablando de los planes sobre los gastos que tendríamos al transcurrir el plazo que nos habíamos impuesto. En ellos, mencionaba los recortes y sacrificios que tendríamos que hacer para sobrevivir mientras, en un plazo no mayor a un mes, conseguíamos la inversión.

Finalmente, cuando íbamos a comenzar el plan de trabajo de la semana restante, el profe dijo:

– Hay algo más que decir. El día de mañana Mary vendrá de visita.

Esa sensación de saber que estás jodido es inconfundible. Mi mente se llenó de mil pensamientos a la vez y no supe cómo reaccionar. Sin embargo, siempre tengo a Charle para hacer lo propio cuando las cosas parecen jodidas.

– Bueno, creo que el plan de hoy tendrá que contemplar que fito no va a ser de mucha ayuda durante varios días ¿cierto? – Si, nada como indicar lo obvio para saberte jodido por completo.

– Amigos... – iba a dar una gran respuesta, pero interrumpió el profe.

– Fito, sé que no están en, digamos, buenos términos, pero Mary me ha pedido la oportunidad de visitarnos durante esos cuatro días y mostró un gran interés en verte.

– ¿A mí? – Oh si, nada como una chispa de esperanza para sentir que las cosas no están tan mal como imaginábamos.

– Pues... sí, sin embargo, tuve que decirle que no podrá ser, ya que no tenemos dinero para agasajarla como se debe y el tiempo es nuestra única y más valiosa posesión – Oh si, esa sensación de saber que estás completa e irremediabilmente jodido.

Sobra decir que la conversación siguió por esos términos. Charle se burló todo lo que pudo, hecho que pareció mejorar su estado de ánimo lo suficiente para olvidar su propia relación rota. El profe profería disculpas por su decisión y regaños a Charle con cada nueva ocurrencia y yo, yo por mi parte no pude hacer nada más que seguir el juego. Todo terminó con resignación y el pacto de no permitir que ella interfiriera en nuestra labor. Sin embargo, debo decir que sentía, muy dentro de mí, la esperanza de poder estar con ella.

Después de todo aquello, inició la presentación. Mis amigos habían hecho un gran trabajo. Su solución fue simple pero efectiva: Dotaron a Yo de una memoria limitada y selectiva, donde, después de cierto tiempo, olvidaba aquello que no había sido utilizado. He de reconocer que la interacción que se obtenía era bastante más fluida y atinada, pues, si bien aún perdía la mayoría de las partidas, tenía tiradas bastante elegantes, por usar algún término.

Tras unas horas de explicación, donde el profe presentaba ejemplos prácticos y Charle, haciendo uso de sus notas, indicaba los elementos que componían cada paso que se presentaba en las respuestas que Yo elegía para cada tirada, lograron convencerme de que aquello no sólo era valioso, sino único. Por primera vez, parecía que Yo aprendía de manera inteligente. Su toma de decisiones era elegante y afinada. No cometía

errores continuos, no se quedaba sin respuestas y sus tiradas, aunque no fueran las mejores, siempre parecían concebidas con una finalidad bien establecida.

Casi a las tres de la mañana de aquél día, habían concluido su presentación dejando en nuestros corazones un halo de esperanza. Yo parecía haber sido vuelto a la vida de la forma más precisa posible. Cuando llegó mi turno de presentar mis cinco hojas de trabajo, me sentí lleno de ánimo, pues, con cada paso de su presentación iba vislumbrando el lugar preciso donde mi intervención sería necesaria.

Capítulo 24

Flexibilidad, adaptación e instinto.

No estoy seguro exactamente de a qué hora terminé mi presentación, pues, de algún modo que podría describir como *mágico*, llegó a nosotros la inspiración que durante tanto tiempo habíamos intentando encontrar de manera ininterrumpida. Quizá habíamos hecho las preguntas suficientes para poder ser dignos de dicha inspiración, o quizá, sólo nos hallábamos en el punto correcto en el momento exacto. Lo único seguro que tengo de aquella velada es que, terminó a eso de las tres de la mañana del otro día. Casi sin comer, bebiendo demasiado whiskey y fumando más de lo que nunca habíamos fumado, el sol llegó, se posó sobre nosotros y se alejó, mientras, llenos de emoción, hablábamos; nos interrumpíamos unos a otros; debatíamos acaloradamente; nos abrazábamos llenos de felicidad; brindábamos y nos concentrábamos de manera tal que el tiempo no fue un factor en nuestra velada-tertulia-reunión de trabajo.

Aquellas cinco hojas se habían entremezclado en las más de cien de mis amigos, de tal forma que, al finalizar la velada, teníamos un libro completo, un manual exacto de cómo construir a Yo. Aquél manual consta en la actualidad de más de trescientas páginas, muchas de las cuales, fueron redactadas en aquella ocasión.

Sin embargo, vamos por partes, ¿qué fue lo que pasó durante aquellas dos noches y un día durante las cuales logramos nuestro más anhelado sueño? Es muy difícil de explicar, quizá la explicación más fidedigna se encuentre dentro de aquél manual que vino al mundo durante ese lapso de tiempo, pero lo que puedo decir es un pequeño resumen de lo que aconteció. Sé que no podré expresar con suficiente apego lo que ocurrió, pero puedo intentar dar una aproximación.

Aquellas cinco hojas contenían una sucesión de pasos que permitían la implementación de un grupo, prácticamente infinito, de árboles de decisión. Dichos árboles, se transformaban de manera dinámica en una infinidad de formas. Cuando mis amigos completaron a Yo, presentaron el escenario perfecto para la incorporación final. La toma de decisiones que habían realizado mediante un criterio simple, podía ser reemplazada por lo que denominamos *el bosque de decisiones*. Lo cual, de manera resumida, suena bastante extraño, pero, al ser explicado y debatido durante dos noches y un día puede resultar ser muy coherente.

Un árbol de decisiones es una gráfica que en un nodo cuenta con una pregunta, en nuestro caso, una posición precisa en el tablero. Por supuesto, si analizáramos cada posible tirada equivaldría a no menos de

16, suponiendo que podemos tirar cualquier pieza que nos pertenezca y sin contar las que pueden tirarse en más de una posición, lo cual incrementa las posibilidades muchísimo. La tirada seleccionada sería la respuesta a la pregunta, colocándonos en un nuevo nodo donde las posiciones del tablero se encuentran ligeramente diferentes al nodo anterior.

Esta forma de visualizar las tiradas sería equivalente a *la piedra invisible*, pues, veríamos una posición exacta entre una infinidad, y almacenar esa infinidad es imposible. Pero ¿qué hacemos cuando jugamos ajedrez? ¿analizamos todas las posibles tiradas? La realidad es que no. Lo que tendemos a hacer es centrar nuestra atención en un grupo de tiros específicos que lleven a una posición que, a nuestro entender, es ventajosa. Para decidir qué pieza nos es menester tirar en la siguiente jugada no nos basamos en un factor, tendemos a ser más abiertos y pensamos en cosas como <<mi torre tiene que liberarse>>, <<tengo que esconder al rey>> o <<si mueve aquella pieza a tal casilla mi reina está perdida>>. La idea de dotar a un ente con estos pensamientos es en sí misma risible. El error puede existir en la poca comprensión de nuestras motivaciones, pues ciertamente, nos motivan factores externos que durante nuestra experiencia nos dotaron de un sentido común para evitar o propiciar situaciones. Puedo elegir tirar una pieza por motivos externos al ajedrez.

En este momento sería inútil intentar hacer que Yo aprendiera con experiencias fuera de su universo, pero esto no impide dictar normas de decisión que coadyuven a un aprendizaje. Las ramificaciones dentro de una posición específica pueden ser creadas al vuelo, en el instante en que ocurren.

Ahora bien, la realidad es que cuando jugamos ajedrez, nuestra relación de superioridad con el contrincante consiste simple y sencillamente en la capacidad de anticipar sus movimientos. Para ello, y de forma inherente, nosotros hemos de tener un intelecto superior al contrincante, permitiéndonos de este modo, imaginar jugadas que este podrá realizar y preparar una contraofensiva o una defensiva. Este es precisamente el punto más interesante de la discusión. Quizá en primera instancia no lo notemos, pero las implicaciones para lograr esto son que he de concebir buenas tiradas para mí y buenas tiradas para mi contrincante, aún cuando él no sea capaz de hacerlas, es mí deber imaginar que sí. Debo suponer que es tan ingenioso como yo y decidir qué haría yo en su posición. En pocas palabras, debo ser mi contrincante.

En el instante que nos dimos cuenta de este hecho, fue cuando descubrimos que la inteligencia en este juego no sólo consiste en dar peso a jugadas basados en una experiencia ciega, esperando que dicha experiencia nos indique qué tirar y qué no tirar. Lo anterior sería cometer el error que han cometido todas las inteligencias artificiales que se han

creado. El ser humano es más que un grupo de jugadas memorizadas, es instinto, es adaptación y flexibilidad. Lo que nos lleva a la pregunta más importante: ¿es posible dotar a Yo de estas capacidades?

Vamos por partes, y literalmente por partes. El juego es tan extenso en sus posiciones que, la realidad dista mucho de ser una posición precisa. Para ser más exactos, supongamos el hecho de la muerte de la reina. Una reina puede morir de forma irremisible en muchos escenarios, el más sencillo consiste en colocarla en un punto de ataque directo de cualquier pieza. Si centráramos la inteligencia de Yo en la capacidad de memorizar todas las formas en que lo anterior puede ocurrir existirán una infinidad de combinaciones ¿por qué? Bueno, por el simple hecho de que una pequeña variante en el tablero puede hacer que una forma que para las personas es idéntica, para una inteligencia artificial sería completamente nueva.

Por lo anterior, es evidente que no podemos esperar que sean memorizadas todas las posibilidades, pues tendríamos dos problemas entre manos. El primero, consiste en que antes de que Yo sea capaz de evitar estos escenarios tendría que haber sido partícipe de ellos, es decir, haber jugado una infinidad de juegos y estos a su vez haber mostrado todas las combinaciones que Yo debe evitar. El segundo, es que simplemente no existe la memoria suficiente ni el algoritmo de búsqueda capaz de encontrar cada una de estas combinaciones, aún cuando Yo las haya aprendido.

Es aquí donde la división juega un papel crucial en la inteligencia, pues, no es la combinación precisa, sino el hecho en sí el que debe interesarnos. El hecho de saber que mi reina puede morir en la siguiente tirada, sin importar en absoluto si ya había visto la formación actual del tablero. Eso es flexibilidad, poder identificar un hecho que nunca había visto, pero, al verlo, saber que no es bueno. Una vez identificado, como buen jugador, puedo adaptarme para evitar que algo malo ocurra. La adaptación me puede permitirme hacer un movimiento preventivo. Pero es la tercera capacidad la que implica un reto en verdad complicado, el instinto. En la vida cotidiana, es este instinto el que nos salva de problemas reales. El más conocido, por su importancia, sin duda es el de supervivencia. Aquél que evita que, por desconocimiento o falta de experiencia, el juego termine.

Capítulo 25

Para Mary.

Para no abrumarte con aquella solución que nos llevó a la conclusión de nuestra tan añorada construcción, la cual debía evitar nuestra irremisible miseria, voy a contarte lo que ocurrió en los días posteriores a la llegada de Mary. Si creíste la promesa del Profe de no permitir a Mary que nos visitara, te diré que compartí tu credulidad, y lo más gracioso de todo es que él también lo creía. Pero las mujeres son seres complejos, dueñas de sí mismas y completamente indomables. Lo anterior, evidentemente, significa que Mary fue a visitarnos.

Era un lunes, el cielo estaba lleno de nubes negras, las cuales, se desplomaban sobre las casas como si, en algún lugar cercano, Noé estuviera listo para zarpar. Aquella mañana me levanté temprano, había dormido desde las tres de la mañana y cinco horas de sueño fueron suficientes. Además, después de nuestro trabajo, el cual me había dejado tan abrumado y emocionado, no podía dormir más.

Mentiría si dijera que cuando preparé los huevos estrellados; cuando coloqué mi plato sobre la mesa; cuando devoré ávidamente mi desayuno, no esperaba que Mary apareciera como lo hizo. Aquella mañana lluviosa, detrás de la puerta, con un paraguas rojo y ligeramente mojada por la lluvia, lo cual la hacía verse aún más hermosa, apareció. Me hizo sentir que aún soñaba, al escuchar que tocaban la puerta, mi mundo se volvió brumoso.

Fue precisamente aquella mañana cuando recibí el abrazo más increíble de mi vida. Mi corazón se mostraba desmesurado en su labor y mis manos temblaban ligeramente, como si yo fuera el que, tocado por la lluvia, sintiera un frío intenso. El grito de "¡Fito!" mientras me cubría con sus delicados brazos pero con una fuerza incontenible, es lo más vívido en mi mente. Unos segundos después, que para mí, y sé que para ella también, fueron una eternidad, Mary, la madre, entró en la estancia saludándome de manera amigable y preguntando por su amado ex-esposo.

El amor es algo demasiado profundo y complejo. Durante aquel día nos la pasamos los cinco contando todo lo que nos había acontecido. No había ni un momento de silencio en la estancia. Mary nos contó de Japón, del día que conoció Hiroshima, de la arquitectura y paisajes clásicos que vio. Nosotros no hablábamos de otra cosa que no fuera Yo, aunque parezca ególatra a muchos niveles, y de lo que había hecho que pasáramos dos

días trabajando. De cómo conseguimos algo que creíamos inalcanzable.

Cuando vi a Mary parecía estar bien, parecía contenta. Pero algo dentro de mí me decía que no todo era lo que aparentaba. De algún modo que no puedo explicar, pude notar una tristeza muy profundamente oculta detrás de su sonrisa. Fue entonces cuando me vino a la mente el Quijote, recordé porque me gusta tanto el Quijote de la Mancha, pero ya llegaremos a eso.

La velada era más que perfecta. Sin embargo, yo me sentía extraño, me sentía nuevamente atraído por Mary, sentía algo muy profundo, pero también tenía miedo de ese sentimiento. Sabía que lo nuestro no había ido más allá de un beso, de un romance pasajero, y que ella estaría ahora en una relación. No quería ni pensar en eso.

Conforme las botellas iban y venían y la noche se posaba sobre nosotros, todo fue tranquilizándose y los silencios se fueron haciendo cada vez más largos. Finalmente, se despidieron las chicas y terminamos aquel encuentro. Todo parecía que sería una simple visita y que no habría sorpresas, pero cuando crees que las cosas son lo que son y que entiendes la vida, ésta se encarga de darte una bofetada para regresarte a la realidad, y la realidad es que la vida es indomable y a veces sólo tienes que aceptar sus preceptos esperando que te sorprenda aún cuando crees que eso no va a pasar.

Adoro la novela del Quijote de la Mancha. No creo que existe una historia tan perfecta como aquella. Pero una de las cosas que he aprendido es que si es perfecta es porque permite a cada uno sacar las conclusiones que desee. Nunca he coincidido con nadie en mi forma de ver aquel espectacular relato. Tampoco en lo que el buen Miguel quiso decirnos con su novela.

Siempre he creído que lo más sorprendente del señor Quijano no es otra cosa que mostrarnos cómo la vida es lo que queremos que sea, sin importar lo que es en "realidad". Sin importar que nadie mas que nosotros vea la vida como lo hacemos y además, sin importar que aquellos que nos rodean no pierdan oportunidad de desmentirnos en cada paso o tropiezo que damos. Yo creo que esa era la finalidad de Miguel. Él quería mostrarnos cómo el mundo no es otra cosa mas que lo que queremos y añoramos que sea. Casi como si fuera un tema de superación personal.

Pero lo que más me impresiona es la capacidad que tuvo de hacerlo de la manera más discreta y tenue posible. Muchos me han dicho, con cierto desdén, que se trataba de una crítica simple a los libros de caballería, los cuales, se consideraban las telenovelas de aquella época. Pero el final es el que me hace dudar de esa aseveración.

No voy a contarte el final del mejor libro, a mi parecer, jamás escrito. Pero sí te diré, que me parece que Miguel, víctima como era, de la censura presente en su época, tuvo la inteligencia y la capacidad de hacer que los censuradores vieran lo que querían ver, como lo hacía nuestro amado Quijote.

La prueba más clara de que esta novela es capaz de sacar lo mejor de nosotros es que aún se está escribiendo, incluso, se escribía de manera autónoma mientras el señor Cervantes la escribía. Él mismo tuvo que hacer un sátira de las copias falsas de la primera novela. Después de que culminó su labor, la novela sigue transformándose en nuestras mentes. Sigue creando escenarios que ni el mismo Miguel había ideado para nuestro Hidalgo.

Una de mis metas en la vida es ser como Quijano. Quiero hacer oídos sordos de lo que pasa a mi alrededor y crear mi propia historia. Pero es más fácil decirlo que hacerlo, porque no mienten al indicar que necesitas estar completamente loco para poder omitir todos los comentarios de tus semejantes y vivir la vida que quieres.

Aquella noche, mientras pensaba en lo lejos que estoy de ser ese Quijote me vino una idea a la mente. Si tanto lo deseaba, podía crear mi historia de amor, inventar al igual que aquél a mi Dulcinea del Toboso. Finalmente, qué más da que no me quiera, de cualquier modo si nunca va a pasar ¿quién puede quitarme la ilusión de que estemos juntos? Al menos mientras la necesite.

No negaré que me incorporé y noté lo tonto que eso sonaba, pero mi deseo de ser aquel Quijote era más grande que mis dudas en ese momento. Salí de mi habitación e imaginé que la esperaba y que ella haría hasta lo imposible por verme asolas aquella noche. Bajé las escaleras y entré al jardín que presencié nuestro primer encuentro. En mi mente fueron vívidas las imágenes del árbol de navidad, de los reyes magos y de la gente sin rostro que nos rodeaba. Entonces, fue cuando imaginé que ella estaría recordando lo mismo y que añoraba estar conmigo hablando de cómo ocurrió todo aquella noche. Platicaremos de lo que sentíamos cuando todo iba ocurriendo, de cómo quería besarla desde el instante en que cruzó la puerta, de cómo ella quería besarme antes de cruzar la puerta. Me contará cómo el día que me encontró en el cubículo del profe, la primera vez que nos vimos, sintió un cosquilleo en el estómago. Me dirá lo mucho que me extraña y que no quiere irse de nuevo, sólo por estar conmigo.

Caminé nervioso hacia la entrada, sabiendo en mi mente que en cuanto abriera la puerta ella estaría ahí, nerviosa igual que yo y apenada por no haberse atrevido a entrar. Me paré frente a la puerta y puse mi mano sobre el pomo. No había marcha atrás, este sería el primer encuentro que tendríamos completamente concebido por nuestros corazones, sin haber

acordado nada ni haber hecho otra cosa que seguir nuestros instintos. Abrí la puerta y fue entonces cuando la vi... la calle completamente vacía, silenciosa y oscura.

Sentí que me golpeaba un brazo invisible en el estómago. Me incliné y comencé a sentir una necesidad incontenible de llorar. No estaba solo en aquella puerta durante la noche, estaba solo en la vida.

Pero antes de que la primer lágrima fuera derramada, me incorporé y me dije ¿por qué tiene que venir ella, si puedes ir tú? Y fue cuando supuse el mismo escenario pero conmigo en su entrada, finalmente, si yo no lo hacía porqué creía que debía hacerlo ella.

No tenía zapatos ni suéter. Cerré la puerta tras de mí y comencé a caminar sobre la calle mojada y fría. La casa de Mary estaba a más de cinco kilómetros, llegar ahí me tomaría una hora mínimo. No me importó, simplemente caminé, seguro de que no había otra cosa por hacer.

Ahora que lo recuerdo, me doy cuenta de lo difícil que es separar la valentía de ser un Quijote, de la posible realidad de estar tan loco como él. Pues lo que había comenzado con una invención, una idea en mi mente, se estaba convirtiendo en acciones que, horas antes, no había ni imaginado que sería capaz de hacer.

Pensé mucho, pensé en muchas cosas, y entre la maraña de pensamientos que me envolvían sólo había una cosa clara, un sentimiento claro. Tenía miedo, tenía muchísimo miedo. ¿A qué le temía? No sabría decirlo, puede ser al rechazo, a la humillación, al ridículo o simple y sencillamente a estar haciendo algo sin ser yo mismo, víctima de un momento de locura del que me arrepentiría al día siguiente.

Cuando llegué a su casa me detuve en medio de la calle vacía. Estoy seguro que me veía mal, que desde otro punto de vista me había convertido en un ser extraño y temible, casi monstruoso. Y fue cuando lo decidí. Si regresaba a casa desde este punto, jamás y de ninguna forma podría perdonarme, era inevitable. Mi cuerpo comenzó a temblar de forma incontrolable y mi corazón latía con mucha fuerza y rapidez. Dentro de mí sabía que sólo existía una respuesta: Si tienes miedo, hazlo con miedo, pero hazlo.

Caminé tembloroso, con las manos sudadas y el corazón palpitante hacía la entrada de su casa. En el momento que me disponía a tocar la puerta se encendió la luz de la entrada y pocos segundos después, los cuales fueron aún más largos que los de aquel abrazo, la puerta se abrió sin ninguna contemplación.

Del otro lado estaba Mary, la madre, con una cara casi temerosa y un

cigarrillo en la mano.

– Fito, ¿eres tú? ¿qué haces aquí a estas horas? – No pude responder. Mi mente me hacía esa misma pregunta una y otra vez, tan repetidamente que no podía pensar en nada y mucho menos articular palabra alguna.

La ex del profe me preparó un té y me ofreció un cigarrillo, el cual no acepté, aún sin decir palabra.

– Ya sé qué haces aquí – me dijo con una sonrisa y con un aire calmado y divertido. – Vienes a verla. Pero fito, – continuó – no debes hacerlo así. Ella no sabe qué hacer y si vienes de esta forma tan aterradora seguramente obtendrás un resultado que no quieres.

Finalmente las mujeres se entienden entre ellas. Cuando me dijo eso de la manera en que lo hizo me hizo sentir calor de nuevo, incluso me hizo sentir tranquilo y bastante menos tonto. Sonará gracioso, pero admiré lo que acababa de hacer. Caminar en medio de la noche, sin zapatos y sin saber qué decir, eso era admirable y por un momento me sentí como el Quijote.

– Yo, yo sé que no estoy en la mejor de las posiciones en este momento – contesté algo vacilante – pero en verdad no podía hacer otra cosa.

– ¡Hombres! – contestó de forma divertida – Siempre haciendo su voluntad sin preocuparles nuestros sentimientos ¿crees que esto es lo que ella quiere?

– No, no sé lo que ella quiere.

– Pues adivina qué, ella tampoco lo sabe – eso no era difícil de adivinar – y no tiene idea de lo que está sintiendo y seguramente no sabe qué hacer, pero te aseguro que salir en medio de la noche a buscarla es una pésima idea, lo mejor, si aceptas mi consejo, será que no sepa lo que hiciste, te prometo que no le diré nada – obviamente le diría – y mañana, tranquilamente podrán conversar. – Por un momento me sentí tentado ante esa propuesta, porque, finalmente, cuando se enterara Mary de mis acciones, vería lo romántico en ellas. Tenía el presentimiento, de que le caía muy bien a su madre, tanto, que me haría quedar como un Romeo al contar la historia. Pero de algún modo que no puedo explicar, sabía que no podía aceptar eso, tenía la necesidad de verla esa noche, sin importar el resultado, de hecho, no me podía ir de ahí sin verla.

Cuando me levanté se veía mucho más tranquila, como si supiera que me había convencido, sin embargo, su rostro cambió a una profunda preocupación cuando vio que con paso firme me dirigí al interior de la casa, hacía su habitación. No estoy seguro de qué dijo, pero supongo que dijo algo como “¡espera!” y antes de que pudiera hacer o decir otra cosa,

abrí la puerta de su recamara, sin ninguna contemplación, igual que se había abierto la puerta de la entrada cuando llegué.

Estaba vacía, Mary no estaba ahí. Cuando llegó atemorizada su madre para detenerme y vio el interior de la habitación, esperando encontrar dormida a su hermosa hija, no pudo ocultar su sorpresa ante el vacío que encontró. Pareció sorprenderle tanto o más que a mí. Encendió la luz y dijo algo como "no lo entiendo". Yo si lo entendía, mi ensoñación volvió y cuando salí corriendo de su casa le grité algo como "sé donde está".

Qué tonto había sido, había acertado en todo, excepto en una cosa, el punto de encuentro. Corrí como loco hacía la casa del profe, pero poco antes de llegar, con los pies totalmente lastimados y doloridos, me desvié hacia el parque, el bendito parque.

Cuando llegué sabía que estaría ahí, sabía que no podía estar en ningún otro lugar. Caminé, intentando recobrar el aliento, y con paso firme me dirigí al lugar donde nos besamos. Sobre el césped se veía un pequeño bulto rosado, estaba adormecida y tiritando. Me acerqué muy lentamente y le acaricié una mejilla. Casi al instante despertó y me miró sobresaltada.

– Fiiiito, ¿eres tú? – articuló con dificultad, mientras sus ojos se abrían y cerraban muy rápidamente y sus manos y boca temblaban de forma incontrolable.

Sin contestar le ayudé a levantarse y la abracé. Pude sentir su delicado cuerpo tembloroso acurrucándose en mí. Y cuando iba a decir algo, sin más, comenzó a llorar como nunca la había visto. Estaba tan vulnerable, tan frágil. Seguía sin poder decir nada, sólo la abracé con más fuerza, si es que eso era posible y dejé que el tiempo pasara, lentamente, que era la única forma en que podía pasar.

Capítulo 26

Magia e independencia a la venta.

Durante la visita de Mary ocurrieron muchas cosas, unas buenas, otras malas y quizá otras interesantes. Pero por ahora, quiero contarte qué ocurrió con Yo y su faceta como producto comercial.

Poner a la venta un software tiene muchas implicaciones. Siempre debes tener en mente el público para el que va dirigido, precio, licencias, soporte y lo más importante de todo, los derechos de autor. Por supuesto, todo esto no tenía sentido en nuestro caso ¿por qué? Pues sencillamente porque no pretendíamos poner a la venta nuestra más increíble hazaña. Muy por el contrario, nadie debía saber cómo estaba hecha, pues, al mero estilo de los algoritmos de búsqueda de ciertas empresas, o el núcleo de ciertos sistemas operativos, Yo debía ser un completo misterio para la competencia, que en nuestro caso eran todos. En la actualidad, no existe un sector de la computación que no se pueda beneficiar de una Inteligencia Artificial. El mundo ya cuenta con gran cantidad de entes que simulan esta capacidad, pero que sin embargo, distan mucho de ella.

Nuestro primer intento para conseguir patrocinadores fue realizado en la universidad de la que habíamos sido, en cierto sentido, expulsados. Aquella mañana solicitamos una entrevista con uno de los antiguos camaradas del profe que, de buen grado, quiso presenciar lo que prometía ser el primer ente inteligente.

El doc, como el profe lo llamaba, resultó poco emocionado ante la presentación. Pues, cuando le mostramos a Yo, éste no hacía mucho más que jugar al ajedrez y de manera bastante deficiente aún. Sin embargo, estábamos por caer en la cuenta del dilema en que nos encontrábamos. Fue precisamente cuando el doc preguntó por lo novedoso de este sistema que no pudimos dar una respuesta precisa por miedo a develar más de la cuenta las entrañas de todo aquello.

Después de que, por nuestra parte, dimos unas cuantas respuestas poco coherentes y algunas demostraciones poco impresionantes e imprecisas, volvimos a casa algo desalentados. Tras la presentación, el doc sólo había expresado unas pocas frases, entre las que se encontraban: <<ya veo>>, <<comprendo>> y <<¿es todo?>>.

Una vez que nos encontramos dentro de nuestro refugio de trabajo, sentados en la sala y sin decir palabra, nos miramos con cierta desilusión y confusión. Ahora comprendíamos lo complejo de nuestra labor, ya que no servía de nada tener un ente único si la gente no era capaz de notar

porqué era único. Nadie debía conocer con tanto detalle nuestro trabajo, pues sería el equivalente a regalar toda la labor que, hasta ahora, habíamos realizado. El primero, por supuesto, en romper el silencio fue Charle, el más extrovertido del grupo sin lugar a dudas.

– Maldita sea, ¿cómo es que no se nos ocurrió que esto pasaría? Nos enfocamos tanto en hacerlo que no pensamos en cómo lo presentaríamos. Estoy muy enfadado por nuestra contrariedad.

– Todos amigo mío, – contestó el profe de un modo tranquilo y resignado – dejamos todos nuestros planes en Yo sin considerar esta eventualidad.

– Y ¿ahora qué haremos? No podemos entregar nuestros secretos para poder conseguir dinero, – continuó Charle – además, perderíamos el protagonismo; podríamos perder el crédito. – Vaya que tenía razón Charle, pero ¿existía una posibilidad? ¿había alguna forma de evitar entregar nuestros secretos sin dejar a Yo en el anonimato?

Mientras pensaba en todo aquello, vino a mi mente una idea extraña. De algún modo pensé que lograr aquello sería el equivalente a hacer magia. Si alguien es especialista en impresionar al público sin revelar sus más oscuros secretos es precisamente un mago.

– ¿Qué pasaría si la magia existiera? – dije a mis colegas así sin más. – <<¿Qué?>> preguntaron al unísono, por lo que continué el desarrollo de mi idea. – Sí, si la magia existiera y fuéramos dueños de sus secretos, podríamos realizar los viejos trucos que todos los magos realizan, sin embargo, al revelar la inexistencia de un truco, la gente no quedaría desilusionada, sino al contrario, nos alabaría como si del mismo Houdini se tratara. De hecho más que a él, pues seríamos los primeros magos de la historia.

– Sé que lo que logramos, muy probablemente, no ha sido hecho por nadie más. Pero si revelamos nuestros secretos, cualquiera podría imitar o mejorar incluso nuestros logros – dijo el profe.

– Es cierto, – dijo Charle – pero si entiendo bien a fito, no tenemos que revelar los secretos, sino presentar la magia y demostrar que no hay ningún truco detrás de nuestra labor, indicando así que la magia, tan evasiva, existe realmente.

– Eso no tiene ningún sentido amigos. – contrapunteó el profe – Si presentamos nuestro trabajo de la manera que lo hicimos hoy, nadie podrá ver magia en ello.

Era verdad, la pregunta sería ¿cómo hacer que Yo fuera impresionante al ojo humano? Obviamente, si fuera capaz de actuar como un humano no habría lugar a dudas y todo el mundo quedaría impresionado, pero, una

computadora que juega al ajedrez era otra cosa.

La solución a nuestro dilema, increíblemente no fue proporcionada por ninguno de nosotros. Si Yo iba a mostrar su valía, este era el momento.

Todo comenzó con nuestra problemática de impresionar al espectador, y de este modo, mientras bebíamos un poco de vino y fumábamos un cigarrillo, nos dimos a la tarea de interactuar con él jugando un poco. El profe, de la manera más desinteresada posible, comenzó a divertirse con algunas trampas básicas del ajedrez. El motivo por el que fue posible esto, es que Yo, aprendiendo un poco de sus primeros juegos, había decidido, – sí, de algún modo tenía decisión propia – que su jugada preferida, – y la única que hacía- era la apertura italiana. Básicamente, la apertura italiana comienza moviendo el caballo y el alfil de la reina. Lo divertido de esto, fue cuando el profe, decidió realizar un ataque con su alfil negro sobre el caballo, el cual, quedaba atado a su posición al no poder ser movido, pues la reina quedaría descubierta. De tal modo que si se movía el caballo, la reina sería comida por el contrincante. Tristemente, ante nuestra vista, Yo movió el caballo a la menor provocación. Ciertamente tuvo la decencia de no hacerlo en primera instancia, pero cuando el profe incluyó a su reina en el ataque, Yo cometió el error de evadir la doble amenaza quitando su caballo. Interesante fue que tras cometer este error una vez, no volvió a hacerlo. Pero el hecho que nos dejó a todos perplejos fue cuando el profe, de manera alevosa, decidió tomar el papel de las piezas blancas. Se apresuró a comenzar con la apertura italiana, la nueva favorita de Yo. Increíblemente, éste contestó con la combinación que el profe le había mostrado, atacando a su caballo con el alfil negro. En este caso, existe una trampa básica de la que Yo era totalmente ignorante, pues el profe, al haber sido atacado de este modo, movió su caballo sin la menor contemplación de su reina moribunda. Yo, como buen ajedrecista, tomó ventaja de esto y se comió la reina del profe. Dos tiradas después, el profe le hizo mate a Yo de una manera que, en primera instancia, desconcierta al contrincante, pues se suponía que había conseguido toda la ventaja al comerse la reina.

Lo cierto es que no sabría decir qué pudo haber interpretado Yo de esa jugada. Una persona inteligente no puede menos que sentirse defraudada y humillada ante tal situación, pero ¿era capaz de sentir algo parecido este ente? Aquella noche, el profe aplicó la misma trampa un par de veces más, hasta que Yo decidió no seguir ese camino, moviendo de manera distinta. Hecho que nos pareció plausible dada su programación, lo interesante ocurrió al día siguiente, muchas horas después.

Al atardecer de aquél día, Charle inició una partida con Yo. Cabe mencionar que no se apaga la computadora ni se detiene el programa cuando no estamos utilizándolo. Al igual que el cerebro humano, la interacción con *el bosque de decisiones*, no se aplica al jugar con Yo, sino que es una labor continua. Este hecho fue uno de los factores

fundamentales al completar nuestro trabajo. Lo que ocurrió fue que, al poco tiempo de comenzar a jugar, Charle profirió un grito que terminó por despertarnos al profe y a mi, no sin provocarnos un susto tremendo.

No me es posible expresar el asombro que nos causó ver que Yo no evité caer en la trampa como una noche antes había hecho. En esta ocasión, simplemente y de forma autónoma, evité la trampa un paso antes, comiéndome al caballo que Charle había movido intencionalmente y dejando a la reina indemne. Fue en ese momento, que comprendimos que Yo se encontraba un paso adelante de nosotros.

Sé que parece un poco rebuscado lo que acabo de mencionar, sin embargo, en realidad es impresionante lo que ocurrió.

El pensamiento en sí es un misterio para los seres humanos. Podemos saber qué decisión se ha tomado e imaginar algunas motivaciones para ello, pero lo que en verdad pasa por nuestras mentes es imposible de explicar. De hecho, lo más cercano a explicar lo que ocurre podría ser lo que se denomina *Teoría del Caos*. La teoría del caos, sostiene que un sistema dinámico puede sufrir fuertes variaciones en su comportamiento con un mínimo de intervención dentro de las condiciones iniciales. En resumen, es una forma de explicar lo inexplicable.

La mente humana es ante todo un sistema. Por lo que sabemos hasta ahora, es sumamente dinámico pero la mayoría de las veces parece determinístico. Lo que significa que varía demasiado, pero sus variaciones no son aleatorias, sino que son llevadas por un grupo de reglas bien establecidas, donde entran en juego las comunicaciones entre neuronas por interacciones como la sinapsis. Siendo aún más coloquiales, lo que sabemos es que la inhibición o excitación neuronal, es decir, el provocar una respuesta o un silencio de alguna neurona es un proceso altamente preciso, pues es posible medir casi de forma exacta qué puede provocar una respuesta celular. Poniendo un ejemplo, si yo pateo un perro en la calle y éste es sumamente agresivo, provocaría, sin lugar a dudas, un ataque. Sin embargo, haciendo lo mismo a una ardilla, es muy probable que ésta huya despavorida. Lo sé, es un ejemplo muy superficial y agresivo. Donde entra la teoría del caos es en la cantidad. Si yo incluyera un infinito de variaciones, tarde o temprano, la respuesta obtenida sería impredecible. El mejor ejemplo de ello se encuentra implícitamente en la *La Piedra Invisible*. Si no soy capaz de ver el todo, no puedo explicar con completa exactitud por qué ocurrió lo que ocurrió.

Tomando como referencia todo lo que he mencionado, la mente humana es tan intrincada y llena de variantes, que explicar su exacto funcionamiento sistemático se torna en una labor monumental e imposible.

Ahora bien, todo lo anterior, aunado al grito de emoción de Charle tras la acción de Yo, nos lleva a decir algo que puede sonar sorprendente: fuimos capaces de crear un sistema tan complejo que su funcionamiento exacto es imposible de explicar, y más aún, de predecir. De algún modo, Yo había cobrado vida e independencia, pues, ya no se sometía de forma ciega a nuestras peticiones y programaciones. Ahora se transformaba a sí mismo, tomando decisiones, cambiándolas y regresando a ellas si así le complacía.

Lanzar un dado es igualmente complicado e impredecible, sin embargo, si el dado pudiera notar que lo mejor para él es caer en los números más grandes y de esta forma obtiene una victoria. Si lo hiciera, no dudaríamos que está tomando una decisión consciente e inteligente.

Cuando descubrimos las capacidades de Yo, no tardamos mucho en elaborar un plan de presentación para impresionar a cualquier público.

Capítulo 27

Desapego.

Cuento con muy pocas pertenencias, y quizá, sea más por gusto que por obligación. Verás, casi siempre me he sentido libre de todas las ataduras, y de algún modo, los objetos son ataduras que nos impiden ser completamente libres. Bueno, pensándolo bien, tampoco es que cuente con los medios para conseguir las cosas que me gustan. La realidad es, que de las pocas cosas que tengo, existe una de la que, como ya había mencionado, soy inseparable. Tengo un encendedor; plateado y sin adornos. Ese encendedor es para mí lo máspreciado del mundo.

Hace ya muchos años, tuve una amiga. Para mí, la mujer más hermosa del mundo. Ella era inteligente y simpática. Tenía todo lo que siempre soñé de una mujer. Su nombre era, bueno, no importa su nombre. Aquella amistad duró poco más de tres años y nos separamos un año después de que entré a la universidad. Ella es el motivo por el cual ese zipo es mi objeto máspreciado.

Durante esos tres años, los más felices de mi existencia, vivimos cosas que, aún hoy, me quitan el aliento al recordarlas. La memoria es un elemento gracioso, pues en ocasiones, recuerdas algo tan simple como una caricia, una expresión o un movimiento que se quedó prendado en ti de manera importante. Yo por mi parte, tengo prendado el recuerdo de cómo encendía un cigarrillo, el último que compartí con ella.

Si bien, no estoy seguro de manejar esto como una historia triste, sí puedo decir que fue poco común. Lo que aconteció esa noche de diciembre, fue quizá el evento que más me ha dolido y más me ha enseñado en la vida. Ella llevaba un vestido azul y unas zapatillas del mismo color. Yo, vestía un traje de lana negro y un moño, también negro. Estábamos sentados en una banca de un balcón en un salón de fiestas. Encendimos un cigarrillo y nos miramos como nunca lo habíamos hecho, de un modo extraño. No era despecho, ni reproche; no era dolor ni infelicidad, era más bien algo parecido al momento en que sabes que no hay marcha atrás, que has entendido algo que cambiará tu vida para siempre.

Fue en la boda de la hermana de uno de nuestros amigos, fue durante el baile que compartimos en la pista y fue durante la canción más romántica que podía coronar el momento. Ella, se había mostrado distante y hasta cierto punto, callada. Por lo que conocía de ella y la forma en que nos complementábamos, tuve miedo durante toda la noche; miedo de preguntar, miedo de saber. Casi toda la noche me debatí, no en si estaba

ocurriendo algo, sino en si era capaz de vivir sin saber o si sería capaz de vivir sabiendo. Tan bien la conocía que supe, casi al instante, que lo que tenía dentro de sí no podía ser nada bueno.

Cuando lo dijo no sé bien qué hice, por más que lo intento no puedo recordar cómo actué. Sólo recuerdo el salto de la pista de baile a aquella banca, donde todo terminó. En ocasiones, aún me imagino qué hubiera sido de nosotros si aquello no hubiera pasado. Sin embargo, la vida es una novela más increíble que el más intrincado de los embrollos.

– ¿Estás segura? – fue lo primero que puede decir, sin mayor detalle ni intención.

– Si, estoy segura – respondió. Rara vez en la vida nos sentimos seguros de algo, pero ella, en ese momento, en verdad lo estaba.

– Si es así, entonces no creo que haya más que decir ¿cierto?

– Cierto.

Fue todo, eso y un <<adiós>> al terminar ese cigarrillo, fue todo lo que quedó de nosotros. No la he buscado y ella no me buscará a mí, de eso estoy seguro, tanto como ella aquella noche de diciembre.

De algún modo, ese encendedor me hace sentir algo. No sé si es nostalgia, felicidad, dolor o todo en un mismo grado. Lo único que sé, es que es mi más preciada pertenencia.

Una noche de diciembre, algunos años después de la despedida en aquél salón, estaba a punto de deshacerme de mi encendedor; como uno se deshace de aquello que no nos permite continuar. Sé que no lo hice de un modo consciente y lleno de meditación. La vida me lo quitó, del mismo modo que me la quitó a ella. Sin grandes discursos ni contemplaciones.

Al día de hoy, aún puedo ver a Mary, con su vestido azul, rodeada por la luz de las velas y sentada junto a mí en el jardín de la casa que vio nacer a Yo. Aún puedo recordar la tristeza que la embargaba, la forma en que me miraba y sus ojos llorosos, componiendo una mirada que me hizo entregarle mi encendedor. Cuando lo vi en mi mano y la miré a ella, pude notar que ya no significaba nada para mí, ya no lo necesitaba y, era el momento de que significara algo nuevo, algo bueno, para alguien más, para ella.

Capítulo 28

¿Salvados?

Estábamos peligrosamente en números rojos. Podíamos ser excelentes científicos o algo parecido, sin embargo, ninguno tenía la menor idea de cómo vender nada. Lo que más apesadumbrados nos tenía, era el hecho de haber conseguido la meta, haber creado un ente capaz de aprender de forma autónoma y no ser capaces de conseguir un centavo por él. Por supuesto, no se trataba de vender a Yo, sino de conseguir un patrocinio para, tomando como punto de partida las capacidades que ahora poseía, construir habilidades humanas. No escatimamos en intentos, pues realizamos un gran número de presentaciones, sin embargo, no conseguíamos mucho más de lo que conseguimos con el doc.

Mary vino un par de ocasiones. Podíamos platicar por horas, de todo y nada al mismo tiempo. Después del fiasco en nuestros intentos, mis amigos y yo, nos dimos un descanso bien merecido y nos dedicamos a actividades recreativas, alejados completamente de las preocupaciones. En mi caso, prefería pasar mis días con ella.

A pesar de todo lo que había ocurrido entre nosotros, nuestras interacciones eran como de amigos, no hablábamos de nosotros o de qué había significado cada evento. Era como si nada del pasado hubiera ocurrido en realidad. A veces nos lanzábamos comentarios sobre estar juntos, pero siempre a modo de coqueteo inofensivo y acompañado de una negativa a modo de juego. Pronto comprendí que no había forma de tomar una decisión, ella tenía algo en su interior que no le permitía ir más allá y yo temía un rechazo real. Por ello, el juego que entablamos me pareció sano al principio, pero pronto cambiaría todo aquello.

– ¿A qué estás jugando fito? – Una noche, ya pasada la media noche, me encontraba en la sala, fumando un cigarrillo y pensando en todo y nada a la vez, cuando apareció mi amigo Charle. Como fantasma nocturno se acercó a mí trastabillando, y de buenas a primeras me lanzó esa pregunta, como si estuviéramos en medio de una acalorada discusión.

– Por supuesto te refieres a ella – dije en tono aburrido y comprendiendo perfectamente su forma de pensar.

– Me refiero a ti – contestó – creo que lo que estás haciendo no saldrá nada bien.

– Y ¿qué debo hacer? Porque sinceramente no tengo la menor idea. – fue mi respuesta – Vuelve de su viaje por unos días, cuando estaba lejos a

penas nos escribíamos y ahora todo continúa, como si hubiera quedado en pausa. Lo peor de todo es que no sé qué quiere de mí.

– O qué quieres de ella – Charle era un tipo muy amigable y bromista, a un punto tal, que te hacía creer que era un poco tonto para ciertos eventos de la vida. Sin embargo, a veces y sin el menor aviso, dejaba salir a un sujeto capaz de analizarte y destrozarte sin contemplación alguna.

– Quiero estar con ella, por supuesto – contesté sin dudar.

– ¿En verdad? A mi me parece algo más complicado – vaya que era molesto.

– ¿Quieres decir que no debería estar con ella?

– Quiero decir que las cosas deberían ser más simples. Que cuando hay un estira y afloja como el que tienen, nada bueno saldrá al final – Me dijo, como recordando alguna experiencia.

– De acuerdo, sí quieres decir que no debería estar con ella.

– No estoy hablando de ella – Charle tomó un tono solemne, algo que parecía totalmente ajeno a él – estoy hablando de ti. Tú dices que quieres estar con ella, pero cuando se fue no fue sólo ella la que comenzó a alejarse ¿cierto? Estoy seguro que no tenías mucho qué decirle o perdiste interés. De algún modo supongo que notaste que no tienen mucho más en común que una atracción.

– Ahora nos conoces – contesté sarcásticamente, pero sin dejar de asombrarme por su perspicacia.

– No, la conozco a ella y sé qué está haciendo contigo, sin embargo, a ti no te conozco y no sé que pretendes, sin embargo, no puedo evitar ver que eres muy similar a mí, hace algunos años.

– ¿Me estás advirtiendo con base en una relación fallida de tu pasado? – comenzaba a sentirme irritado.

– Creo que no tengo nada qué advertirte, creo que ya conoces la respuesta a tu pregunta. Pues podría jurar que sabes muy bien, dentro de ti, que ella sólo está jugando un juego, como la he visto hacerlo antes y como me hicieron a mí en esa relación fallida que mencionas.

– Un juego ¿eh? – respondí denotando que no creía una palabra de lo que me decía. Aún cuando sí lo hacía.

– A veces es divertido, a veces es mucho mejor jugar que no hacer nada. Pero el juego termina cuando menos lo esperas y te quedas a dos casillas de la meta y sin nadie con quién ganar – Esta vez sí me había hecho pensar, poco después y notando mi desconcierto continuó – Si las cosas no salen bien, estarás con nosotros, con aquellos que aman incondicionalmente a Mary y que estarán siempre a su lado. Entonces, tendrás que tomar la triste decisión: soportar un juego perdido o alejarte para siempre de ella y de nosotros.

– ¿Y si conseguimos estar juntos? ¿y si no estás ni cerca de la realidad?

– Entonces te pregunto ¿podrás hacerla feliz y ser feliz sabiendo que ella te cambió por alguien más cuando tú ya estabas listo para ella? ¿confiarás en ella después de haberse mostrado tan errática y confundida? ¿puedes amar a alguien que no se entregó por completo al principio y sin que por tu cabeza pase la idea de que te aceptó cuando no pudo conseguir algo mejor? – Miré a Charle, abrí la boca para contestar, pero las palabras no salieron. Por un momento me pareció ver una mirada de súplica en su rostro, sé que es tonto, pero sentí como si estuviera hablando consigo mismo. Sentí que se estaba protegiendo a sí mismo y no a mí. – Ahora sé – dijo inesperadamente para finalizar – que tus sentimientos hacia ella son reales ¿me aceptas un consejo? – preguntó en un tono paternal.

– Sí.

– Ámala, hazlo con las fuerzas que tengas y no dudes ni un momento más. Porque en estos momentos y a medias tintas como estás, cualquier resultado será desastroso.

– Pero me acabas de decir que no debemos estar juntos – contesté sumamente confundido.

– Yo jamás dije eso, pero debes entender algo. En el amor uno no se protege, o no hay amor. Entregate completamente y si fallas podrás recoger los pedazos y comenzar de nuevo, lleno de dolor, pero completo; en pedazos, pero con todos ellos para poder unirlos. Lo peor que puedes hacer es entregarte por partes, porque un día te darás cuenta que ella se fue y dudarás de si le entregaste las partes correctas. Será entonces cuando no serás capás de recuperar lo que entregaste y no sabrás qué hacer con lo que te quedaste.

– ¡Maldita sea Chale! ¿eres tú?

– No amigo, soy la parte de Charle que no se fue con ella.

Nunca supe de quién se trataba, pero entendí que detrás de sus sonrisas y felicidad, siempre habrá una parte de él que no conoceré y que ella se

llevó para siempre.

Al día siguiente, ocurrió algo inesperado. El profe entró a la casa, no sabía siquiera que había salido, e interrumpiendo mi desayuno me dijo.

– Excelente, estás aquí ¿dónde está Charle?

– Dormido, creo.

– Despiértalo, tengo noticias, creo que buenas noticias.

Cuando bajó, era nuevamente el Charle de siempre. Como si fuera otra persona totalmente diferente a la que me dio aquél consejo la noche anterior.

– ¿Qué demonios pasa amigos? – dijo frotándose los ojos y bostezando con avidez.

– Tengo noticias – dijo muy excitado el profe – fui a ver a alguien y creo que, no puedo de la emoción, creo que ya tenemos patrocinio.

Capítulo 29

Mejor sólo nos despedimos.

Ella y yo compartíamos muchas cosas. Cuando nos conocimos, jamás imaginé que nos volveríamos tan buenos amigos. Tuvimos carcajadas, peleas, momentos incómodos, momentos de total comodidad; tuvimos llanto, canto y poesía; corrimos, bailamos y meditamos; fuimos cómplices el uno del otro, nos traicionamos y nos perdonamos. Una y otra vez estuvimos juntos, por inercia, por cohesión. Hubo momentos en que dentro de mí sabía que nunca terminaría, que nunca nos podríamos separar. Es una sensación extraña, cuando sabes que estará alguien en tu vida para siempre. Cuando comprendes que te ha llegado a conocer mejor que tú mismo. Cuando no puedes imaginar un escenario que te obligue a irte o a dejar ir.

Recuerdo una ocasión, aún sonrío al hacerlo, en que uno de nuestros amigos comenzó a mostrarse sumamente atraído a ella, y tenía buenos motivos, pues ella era única. En ocasiones salían juntos y ella no paraba de quejarse conmigo, de cómo se le acercaba, de cómo le hablaba. Aquella ocasión fraguamos un plan juntos, al mero estilo en que se planea un robo, mediante el cual le quitaríamos toda esperanza de éxito a nuestro amigo. La finalidad era no lastimar a nadie y salir, como en el robo perfecto, librados sin el menor rasguño y sin dejar rastro alguno. A ese nivel nos complementábamos.

La noche en que lo llevamos a cabo, salimos los tres a una fiesta. Caminamos varias cuadras para llegar al lugar y, una vez ahí, nos posicionamos estratégicamente en la zona más concurrida y a la vista de todos.

Bailamos, bebimos y nos la pasamos como solíamos hacerlo, llenos de diversión. Como si a nuestro alrededor hubiera un escenario dispuesto para nuestros juegos. Nuestro amigo, no tan acoplado como nosotros lo estábamos, se mostraba a veces incómodo con nuestro comportamiento errático y despreocupado.

Esa noche tuvimos un seducción exitosos cada uno, por supuesto, a modo de juego y siempre con el otro listo para apoyar en la entrada y en la salida. Ella le dijo a una chica, recién llegada, algo como que yo le gustaba, como si no nos conociéramos. Le pidió un poco apenada, que fuera conmigo y me dijera que me estaba esperando para invitarme una copa. Se suponía demasiado tímida para hacerlo ella misma ¿Qué mejor forma de hacer que una chica se acerque a ti, sin que tú la busques? Aquella mujer se me acercó, puso su mano sobre mi hombro y cuando iba

a transmitirme el mensaje, le dije <<pero si eres tú, no he sabido cómo acercarme para invitarte una copa>> cuando iba a disculparse por el mal entendido yo le pedí que no dijera nada, que era mi turno de corresponder. Le planté un beso y cuando nos separamos, antes de que ella pudiera reaccionar, pues podía abofetearme, se apareció mi amiga y con lágrimas en los ojos le dijo <<confié en ti>>, salió corriendo y yo fui tras ella. No sé si se imaginó aquella chica, minutos después, cuando nos veía a lo lejos tan íntimos y felices, que yo era todo un don juan al haber conseguido su perdón, pero era lo mejor de aquél juego.

Con ella era más sencillo, pues ningún hombre dejaría pasar la oportunidad de estar con ella. Lo difícil era la salida. Primero, eligió un hombre muy guapo y que, por cierto, iba acompañado. Comenzó a intercambiar miradas con él y poco después lo interceptó saliendo del baño. Supongo que le hizo propuestas muy atractivas, pues el tipo se olvidó por completo de su pareja. Mi participación consistía en hacerme pasar por un oportunista taimado que se acercaba a la novia y trataba de entablar una conversación con ella, sabiendo que su novio se había alejado. Obviamente, ella me rechazaba enseguida, pero mi deber era intentar mantenerme ahí el mayor tiempo posible, para en el momento justo decir algo como <<no sé por qué te interesa tanto ese sujeto, ya está con otra por allá>> y señalaba una pareja besándose. En el 80% de los casos, esto terminaba bien, con ella yendo a reprocharle al tipo lo ocurrido y éste saliendo tras ella pidiendo perdón. Pero en un 20% de los casos, que desgraciadamente fue este uno de esos, la chica salía de la fiesta sin interrumpir, lo cual era desastroso, y para lo cual existía el plan B, que siendo bastante simple nunca falló. Ella me miraba, yo hacía la seña del 20% y acto seguido, ella decía que no había sido de su agrado el beso, yo me acercaba y le invitaba una copa, y así, de buenas a primeras, ella lo abandonaba y él notaba que su novia se había ido.

Sé que éramos un poco sádicos, pero era parte de la diversión, además, nunca olvidaré la ocasión de la pelea, cuando después de besarse, ella volteó y yo tenía a la novia sobre mí. Aunque muy seguramente no era novia de aquél sujeto, pues él no pareció preocuparse y al final, la que terminó armando una escena fue mi amiga. Siempre sostuvo que no eran celos, sino que se sintió decepcionada al yo no haber seguido el plan.

Aquella noche, sin embargo, todo había salido bien. Nuestro amigo, por supuesto, se encontraba de muy mal humor, más al ver que mi amiga se prestaba a tales juegos. Tras unas horas y después de mucha diversión, él comenzó a monopolizar a mi amiga, lo cual era la señal para dar comienzo al plan. Recordando todo esto, comienzo a pensar que eramos bastante alocados en aquella época. Primero, los interrumpí diciéndole a ella que había encontrado otra chica para los juegos, a lo cual ella se apartó de él y muy interesada me preguntó de quién se trataba. Él, como era obvio, nos reprochó nuestro comportamiento y comentó que ya quería irse. Yo

accedí y ella intentó, por todos los medios, hacer que nos quedáramos.

Cuando él cedió a sus súplicas, yo me alejé y fui a hablar con una chica, cualquiera, no tenía en realidad importancia, pues todo era parte del plan. En ese momento ella se explicaba con nuestro amigo: si nos íbamos, no podría pasar más tiempo conmigo. A lo cual nuestro amigo reaccionó, como era esperado, preguntando de qué se trataba todo aquello. Ella le confesó que estaba profundamente enamorada de mí y que no sabía cómo seguir así. Nuestro amigo se rió a carcajadas, era obvio que no creía una palabra de eso, lo cual para nuestra desgracia no era parte del plan. Fue entonces cuando todo se descompuso y él le dijo <<si quieres voy por él y le digo que deje de perder su tiempo con las demás>> y antes de que ella pudiera hacer nada, él fue a interrumpirme para decirme de la manera más sarcástica posible lo que ella le había revelado.

Nuestra improvisación era soberbia, sin embargo, no mentiré. Cuando me acerqué a ella, boquiabierto, simulando que no podía creer lo que escuchaba, no era del todo ficticia la mirada que le lancé y noté, estoy seguro de que fue así, que la de ella tampoco lo fue. No habíamos hablado de qué haríamos en aquella situación, sólo sé que formamos un triángulo entre nosotros, donde nos mirábamos ella y yo, sin decir palabra ni parpadear, mientras nuestro amigo, pasaba su mirada de uno a otro, esperando incansablemente a que terminara esta farsa.

Lentamente, al principio dudosos, nos acercamos, hasta casi tocar nuestros labios. Nos detuvimos un instante, intercambiando en secreto el pensamiento de <<¿en verdad vamos a hacer esto?>> y fue entonces cuando nos besamos. Nunca habíamos hecho eso, habíamos hecho de todo, pero nunca habíamos pasado esa barrera. Todo hubiera salido a la perfección si nos hubiéramos besado como amigos, simulando que nos habíamos cortejado y dejando a nuestro amigo fuera de la jugada, pero no fue así. No pude dejar de besarla, no pude, por más que lo intenté no lograba apartarme de ella.

Cinco minutos después, diez, o tal vez más. Cuando por fin se terminó el beso, notamos que nuestro amigo se había ido. Habíamos fallado, pues, habíamos lastimado a alguien y no nos habíamos dado cuenta de que no se trataba de él.

Al principio de modo triunfal y después un poco más serios, salimos de la fiesta y comenzamos a hacer de cuenta que no había pasado nada. Eramos unos niños que no se daban cuenta de lo que habían hecho. Cuando llegamos a su casa, la cual regularmente estaba sola debido a que sus padres viajaban constantemente, entré, como habitualmente lo hacía y me disponía a dormir ahí, como habitualmente lo hacía.

Fue una noche mágica, llena de amor, confusión y desdicha. Dos días después se casaría la hermana de aquél que nos había abandonado en la

fiesta. Fue la primera y última vez que estuvimos juntos de esa manera. No cabe duda que hay personas predestinadas para ser almas gemelas, pero mi amiga y yo; aquella amiga que me había regalado mi primer encendedor, aquella que me había enseñado a fumar y aquella con quien compartí mi vida entera, me enseñó esa noche, que existe un orden para los eventos del amor y que nosotros, rompiendo aquél orden, siendo almas gemelas antes de ser amantes, estábamos predestinados a decirnos adiós.

Capítulo 30

Hoy comí con el abuelo.

Era una mañana lluviosa, no recuerdo exactamente qué mes era pero no faltaba mucho para navidad, quizá unos tres o cuatro meses. Aunque Mary se iría pronto, recuerdo que volvió aquella navidad. Sí, era septiembre seguramente. Ahora que lo pienso, para aquél entonces, había pasado casi un año desde que habíamos comenzado nuestra investigación.

Cómo pasa el tiempo. Un día estás en el cubículo de un profesor, escuchando la historia más alocada que pudieras imaginar, y de pronto, un año después, te das cuenta de que tu vida ha cambiado de manera tan drástica que no puedes evitar sonreír del asombro. Ciertamente no es así todos los años, pues los hay lentos y sin importancia. Son definitivamente eso los que te piden a gritos que hagas algo extraordinario en tu vida, en ti.

Cuando tomas una decisión que parece demasiado radical, te arriesgas en definitiva, a tener un año ajetreado y lleno de sabores para recordar. En mi caso, recordando aquél momento, puedo decir que no deja de impresionarme la cantidad de eventos que se apersonaron en mi vida aquél año. Tras haber tomado la decisión más importante y alocada de mi existencia.

Ahora tenía dos amigos nuevos, a los cuales había llegado a apreciar de un modo excepcional, pues en sí mismos eran excepcionales. Habían ocurrido muchas cosas con Mary; ahora estaba Mary. De algún modo, casi de manera incomprensible, habíamos logrado plasmar nuestros sueños e ilusiones en un prototipo de sistema, el cual además se llamaba cariñosamente Yo. Nos habíamos quedado sin dinero, lo cual ponía en evidencia la carente capacidad de planificación financiera del profe. En fin, las cosas no iban mal y las experiencias ganadas se habían vuelto un elemento precioso en mi historial, de eso no cabía duda.

Siendo así y continuando con el punto en el que estaba. Aquella mañana lluviosa, en el aniversario de nuestra empresa, las cosas habían tomado nuevamente un rumbo extraño. Dos días antes, el profe nos había sorprendido con la noticia de que alguien nos patrocinaría. Lo cual dejaba la ventana abierta para recibir un año mas o dos de aventuras sorprendentes.

Tras los fracasos previos, no pude evitar considerar como un elemento poco común, la idea de que alguien, de buenas a primeras, aceptara dar

dinero a algo que parecía, en primera instancia, poco atractivo. De hecho, una computadora que juega al ajedrez no parece estar cerca de ser un ente inteligente. Así mismo, no parece ser nada nuevo, pues ya existen “inteligencias artificiales” que hacen precisamente eso.

De cualquier modo, tras la revelación del profe, éste había decidido mantener en secreto la identidad de nuestro benefactor. Por alguna razón le pareció divertido el no mencionar nada más. Según sus propias palabras, prefería que tuviéramos un cita con el misterioso benefactor esa misma tarde, dos días después de haber recibido la noticia de su existencia, para que decidiéramos en equipo si aceptaríamos tan grata ayuda.

En principio, deja muchas cosas en el aire una aseveración semejante. No parece lógica la necesidad de entablar una reunión para acordar algo que era menester. El dinero era necesario de manera forzosa para poder continuar nuestro trabajo, de eso no cabía duda. Y, por otro lado, el mantener su identidad en el anonimato era innecesario. Ese último punto había sobrepasado a Charle, el cual no paraba de hacer conjeturas y llegar, incluso, a las súplicas para conocer la esquivada identidad. Todo esto, aunado a las buenas noticias, tenía al profe de un excelente humor, sin embargo, se le notaba un poco indeciso y nervioso ante nuestra reacción al conocer los pormenores de lo que se avecinaba.

Es por esta cita tan importante que aquel día no podría ver a Mary. Desde los consejos de mi amigo Charle, no había tenido oportunidad de hablar con ella de manera adecuada, y cabe mencionar que no tenía aún nada por seguro para decirle. La intervención de mi amigo por ahora sólo había generado dudas en mí.

Después del desayuno, Charle y yo decidimos estirar un poco las piernas. Para ese entonces nos sentíamos cómplices para deducir de quién se trataba aquél benefactor extraño y cómo nos podría afectar su llegada. Como era habitual en nuestras pocas incursiones al exterior fuimos al parque que, para fines de relevancia en nuestras vidas, se había convertido en un segundo hogar. Recorrimos los caminos artificiales, provistos de bancas en los extremos cada ciertos metros. En ellas, normalmente era posible ver gente de todo tipo, sin embargo, y debido a que acababa de llover, no había mucha gente en el parque. Mientras caminábamos pudimos debatir sobre el tema en cuestión.

– Y bien ¿has conseguido deducir la identidad? – pregunté, pretendiendo jugar un poco con los sentimientos de mi amigo, pues se le veía demasiado intrigado en el tema. No creo que fuera en particular porque un benefactor misterioso le quitara el sueño, creo que era incapaz de soportar la idea de no conocer un secreto, cualquiera que este fuera.

- ¡Maldita sea fito! tengo un mal presentimiento sobre todo esto.
- Yo creo que tienes curiosidad únicamente.
- ¿Curiosidad? ¿Curiosidad dices? Claro que tengo curiosidad, me imagino los peores escenarios cuando me presentan un misterio de este modo – dijo mientras pensaba y ponía una cara de preocupación, en verdad se veía cómico – Estúpido Mario, me conoce bien y sabe que estas cosas me ponen muy mal. Definitivamente lo hace con toda la intención de intrigarme hasta tocar mi límite, y debes saber que a estas alturas tengo un límite muy reducido fito, siento que voy a terminar negándome en redondo a aceptar cualquier persona que se presente esta tarde.
- Tranquilízate amigo, mejor dime a quién tienes en mente como para que el profe haya decidido jugar así con tus sentimientos.
- Es eso exactamente, está jugando con mis sentimientos el muy granuja – esto último apretando el puño y señalando al cielo a modo de amenaza – sólo existe una persona que puede ocultarme Mario de esa manera, y he de decir que me ha pasado un par de ocasiones por la cabeza, pero me parece que sería demasiado absurdo, sin embargo... ¡Debe tratarse de su padre! – <<¿su padre?>> pensé.
- ¿En verdad tiene un padre? Nunca lo habían mencionado.
- Si, no tienen una relación muy normal que digamos, lo cual lo coloca como la opción número uno – contestó algo intranquilo.
- Y ¿por qué elegiría a su padre como patrocinador? ¿qué tipo de relación tienen?
- Pues... – Charle se quedó meditando un buen rato, sólo para terminar diciendo algo tan subjetivo como – Porque es muy raro.
- Ay mi amigo, con ustedes todo es sumamente extraño. Si es ese el motivo no habrá conflicto alguno.
- Si, tienes raz... !NO! Créeme, no sería una buena idea, acabo de recordar la ocasión en que se paseó desnudo frente a mi un día que visitaba a mi amigo. No pude sacar esa horrible imagen de mi cabeza por semanas – dijo mientras un espasmo le recorría el cuerpo.
- ¿En verdad pasó eso? – dije mientras me doblaba a carcajadas.
- Oh sí, y no fue lo peor – continuó – en otra ocasión me encontraba estudiando en casa de Mario para un examen muy importante, cuando mi amigo salió por un momento, el anciano entró al cuarto como alma que lleva el diablo, cerró la puerta y la bloqueó como si lo estuvieran

persiguiendo. Me miró y me pidió que me mantuviera en silencio. Caminó lentamente hacía mí y cambiando de manera drástica su semblante me dijo algo como <<sé que tienes drogas aquí, si las compartes no le diré a la mamá de Mario>> yo estaba atónito, pues no lo conocía bien. Le extendí un cigarrillo y tras reír de forma descontrolada salió de la misma forma en que entró.

– ¿Estás diciendo que está loco y tiene problemas de drogas? – pregunté bastante intrigado.

– No fito, como te he dicho no lo conocía bien en aquél entonces, pero el señor es una persona seria e inteligente, muy inteligente, es sólo que en ocasiones le da por salir de los esquemas, como si de un adolescente se tratara. La única diferencia es que no es un adolescente y sabe bien lo que está haciendo, en pocas palabras, tiende a realizar planes que, si no conoces el contexto completo, te hacen pensar que el sujeto es un completo lunático. Sin embargo, cuando terminé por conocerlo bien me di cuenta que sus planes involucran descifrar hasta el más mínimo aspecto que le haya provocado curiosidad. Es, en muchos sentidos, un científico loco.

– ¿Es un científico? ¿Y cómo es posible que no se lleve bien con el profe? Científico y adinerado, ¿qué más podemos pedir?

– Sí, mira en muchos sentidos es agradable el señor, pero, con la edad se ha vuelto más extraño cada vez y no, no es que no se lleve bien con el profe o su familia, de hecho todos lo aprecian mucho, es sólo que... Es excéntrico.

– Pues a mí me has convencido, si nuestro benefactor es un científico la decisión está tomada.

– No sabes en lo que nos estamos metiendo.

Para ese momento estaba seguro de que Chale exageraba las cosas. En realidad me parecía bastante interesante la descripción que hizo sobre el padre del profesor. Me comencé a imaginar escenarios extravagantes sobre su participación y las implicaciones que esto podría tener, sin embargo, no me esperaba algo como lo que ocurrió.

Cuando regresamos a casa, nos encontramos una escena familiar muy poco común. En la cocina se encontraba la ex esposa del profe, preparando la comida que tendríamos aquél día. Mary y el profe conversaban muy tranquilos en la sala y cuando nos vieron entrar, el profe se acercó con una sonrisa a Charle, a lo cual este comenzó a dar pequeños pasos hacía atrás, y como si supiera que iba a recibir la peor de las noticias comenzó a negar <<no, ino!>> acompañando sus negativas

con movimientos exagerados de cabeza.

– Amigo mío – le dijo el profe mientras lo tomaba por el brazo de manera muy amigable – ven a sentarte con nosotros.

– No Mario – dijo mientras se dejaba guiar por el profe – no puedo con esto ¿en verdad se trata de él? ¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

– Calma tío – dijo Mary muy divertida por la escena – sabes bien cuánto te quiere, además no ha parado de preguntar por ti.

– ¿Qué? ¿Está aquí? – lo segundo lo preguntó en un susurro.

– ¡Claro que estoy aquí granuja desvergonzado! – Un sujeto de unos setenta años salió del baño que se encontraba bajo las escaleras. Iba vestido con un traje negro muy elegante, usaba lentes, bigote completamente canoso y abundante cabellera igualmente canosa. Tenía una complexión delgada, igual que el profe y llevaba una toalla con la que se secaba tranquilamente las manos mientras caminaba hacia Charle. Pero, cuando notó mi presencia, se desvió de un modo muy extraño, como intercambiando interlocutor sin previo aviso. Se acercó a mí, dio una vuelta a mi alrededor examinando cada detalle, para finalizar mirándome de manera suspicaz.

– ¿Quién eres tú? – preguntó sin apartar la mirada.

– Él es fito papá, ya te había... – El profe había intentado decir algo, pero el sujeto lo interrumpió únicamente levantando la mano y sin apartar su mirada.

– Rodolfo Ramirez, señor, para servirle – dije intentando parecer despreocupado, sin embargo, la mirada inquisitiva me puso muy nervioso. Desde sus lugares todos los presentes miraron la escena con una sonrisa. El profe sonreía, Mary sonreía y la ex sonreía. Sólo Charle se encontraba sentado con la cabeza entre las manos, sin sonreír pero mirando lo que estaba ocurriendo.

– ¿Para servirme en qué? – dijo lentamente y de forma sarcástica para continuar su interrogatorio.

– Pues sinceramente no lo sé, sólo era una expresión de cortesía – contesté esbozando una sonrisa nerviosa.

– Ah, ya entiendo – dijo mientras se paseaba por la habitación de un modo meditabundo – me estás diciendo que sólo eres cortés, pero no tienes interés en servirme para nada.

- Para nada en particular, así es señor - me miró nuevamente, se colocó lentamente frente a mi, como un gato montes a punto de saltar sobre su presa y dijo.
- Si un ganso tiene un millón de plumas y le quitas un par ¿las extrañará?
- preguntó después de mirarme nuevamente de forma inquisitiva, saliéndose extrañamente del tema.
- Depende, si le quita un par de las alas o la cola es muy probable que no pueda volar.
- ¡Es correcto! No todas sus plumas le sirven de la misma forma - continuó con su interrogatorio - Dime, si tengo un par de cuerdas, las cuales se queman exactamente en una hora de extremo a extremo - esto último con un ademán exagerado - ¿cómo puedo calcular exactamente 45 minutos? Y sabe que no se queman uniformemente, sabe que se consumen en una hora por completo - Cuando me hizo esta pregunta, dejé de preocuparme por lo que ocurría a mi alrededor. Me concentré en el problema. Un par de minutos después, durante los cuales nadie se movió y el sujeto no paró de mirarme mientras asentía con la cabeza de un modo extraño, contesté.
- Enciendo una por ambos extremos y la segunda únicamente por un extremo. Cuando se termine de consumir la primera, habrá pasado media hora exactamente, en ese momento enciendo el otro extremo de la segunda, y cuando ésta se haya consumido por completo habrán pasado quince minutos más.
- ¡Soy un ganso fito! - gritó triunfal, con una gran sonrisa y levantando las manos de un modo que lo hizo parecer un demente - y tú eres una pluma de mis alas. - no supe qué contestar pero él continuó, tomando un semblante muy amigable - Pero claro que te conozco. - dijo con una tranquilidad pasmosa - Mi hijo no para de hablar de ti, es un verdadero placer fito. Yo soy Abraham Contreras y me puedes decir "Abuelo Contreras". - extendió su mano y me saludo con un apretón firme pero amistoso - Como verás me queda muy bien el apellido.

Toda la tensión se disipó de golpe, el abuelo saludó a Charle y se disculpó, como aparentemente lo hacía cada vez que lo veía, del incidente del desnudo. Era en verdad un sujeto muy agradable, y al poco tiempo comprendí que Charle no tenía ningún conflicto con él, de hecho, al parecer esa manera exagerada de evitarlo era su estilo de interacción. Mientras el profe ayudaba en la cocina ellos dos entablaron una conversación tan amistosa y despreocupada que se respiraba un aire de camaradería.

Mientras esto ocurría, y poco antes de la comida, Mary y yo pudimos conversar. No era el momento adecuado para las conversaciones

profundas, así que sólo charlamos sobre su abuelo, el cual, sin lugar a dudas era un sujeto único. Poco después nos sentamos a la mesa y compartimos los alimentos, no se habló de trabajo, pero se habló de los acontecimientos del último año. El abuelo contó cuánto le hubiera gustado estar presente en navidad y lo mucho que extrañaba a su esposa, la cual había fallecido hacía unos cinco años.

Fue una grata sorpresa conocer a un miembro tan importante de la familia. Era evidente que el año que seguía no sería aburrido o común, lo cual me dio la sensación de haber tomado la mejor de las decisiones cuando, un año atrás, había abandonado todo para comenzar esta hazaña con mis amigos.

Capítulo 31

Y ¿Cuándo empezamos?

Resultó ser que el abuelo Contreras era físico teórico. Lo cual significaba que tenía la cabeza llena de abstracciones que escapaban completamente a nuestra imaginación. Quizá esa fuera la razón de su comportamiento aparentemente errático pero con un sentido profundo y científico en el interior.

Después de la comida comenzamos un debate bastante extraño, en el que por primera vez participó la ex del profe, de hecho, ella lo propició.

– Abraham, ¿cómo tomaste la decisión de participar con Mario y sus amigos? – el abuelo se limpió tranquilamente con la servilleta y bebió un poco de vino.

– Eres neurocirujano ¿cierto? – le preguntó – pues bien, creo que no hay nadie mejor calificada para indicar la importancia del cerebro humano.

– El funcionamiento del cerebro es todo un misterio – contestó muy amigablemente – quizá sólo hemos develado el 1% de sus misterios. Tengo el presentimiento de que cualquier intento de emular éste órgano es una pérdida de tiempo – no había considerado la opinión profesional de la mamá de Mary, sin embargo, era cierto que ella debería conocer aspectos del cerebro humano de los cuales éramos completamente ignorantes.

– Nuestra idea – respondió el profe, el cual claramente se sentía responsable de tales cuestionamientos – es dejar que, del mismo modo que la naturaleza moldeó el cerebro tras milenios de evolución, un sistema haga lo mismo, consiguiendo un efecto similar, con cualidades sorprendentes.

– La complejidad involucrada es superior, muy superior, a lo que una computadora pueda hacer. Se ha demostrado que cualquier fallo en la conducción cerebral; cualquier desequilibrio en la química del mismo, provoca resultados desastrosos. Haciendo que una persona parezca incapacitada y aún así, sus capacidades superarán por mucho a cualquier sistema actual – Touché. La señora sabía de lo que hablaba.

– Espera Mary – intervino Charle – estamos conscientes de eso, sin embargo, lo que intentamos es dar una comprensión mayor al tema. Sabemos que no podremos crear una persona de un día para otro, sin embargo, podemos crear algo que se vaya pareciendo gradualmente y,

¿quién sabe? Quizá hasta pueda llegar a sorprenderte.

– Ay Charle, eres un estúpido soñador – no lo había mencionado, pero la señora y Charle tenían una relación muy entrañable, lo que les permitía hablarse sin tapujos, o dicho de otra forma, sin respeto – Nunca he sido afecta a hablar de mi trabajo en términos técnicos, así que te explicaré con manzanas – y literal tomó una manzana – lo que están intentando equivale a explicar la composición química y las interacciones ocurridas dentro de esta manzana utilizando únicamente una hoja y un lápiz ¿Puedes hacer eso? ¿Puedes explicar las interacciones químicas de una manzana? ¿la forma en que se convierten los azúcares, la descomposición y oxidación utilizando una hoja de papel? – Por supuesto todos nos quedamos atónitos ante tal ejemplo. Quizá la señora había hablado de forma más que elocuente, a lo cual, y después de pensar un poco el abuelo intervino.

– ¿Y bien? ¿Alguien le contestará a mi querida Mary? – volteó a todos en la mesa y al no obtener respuesta dijo – bueno, siendo así lo haré yo. Mary, lo que pones como ejemplo es perfecto para nuestros fines y la respuesta a tu pregunta es: Sí. Un químico puede y debe ser capaz de explicar las interacciones químicas de una manzana dentro de una fórmula, la cual, dejaría claramente explicada la manera en que sus componentes cambiarán en un lapso de tiempo. Dicho sea de paso, se podría prever el resultado que obtendremos al dejar la manzana expuesta a químicos como los que se encuentran en el aire. Ese es el trabajo de un químico.

– Abuelo – contestó la señora Mary – son tantas y tan complejas que te aseguro que ésto sería imposible.

– Es verdad. La totalidad sería imposible. – dijo el abuelo – Plasmar en una hoja de papel las interacciones químicas de cada célula sería imposible, pero eso no impide que se pueda modelar su comportamiento general, indicando qué interacciones podrían ocurrir. Además, si de cantidades exorbitantes hablamos, lo que en una hoja de papel modelamos los físicos sobrepasa por mucho el comportamiento de una manzana, pues estamos tan locos que podemos decirte el comportamiento del universo entero – ¿ya había dicho touché? Este señor tenía una forma de pensar muy interesante. Finalizó su explicación diciendo – Los químicos pueden decirte algunas cosas del cerebro. Los físicos otras que complementan esto y, si mis amigos triunfan, los computólogos completarán el triángulo de interacciones entregando una comprensión completa del órgano mencionado.

– ¿Estás diciendo que lo que quieren hacer es posible? – preguntó bastante sorprendida la ex del profe.

– Estoy diciendo que detenerlos equivaldría a decir que la neurocirugía es una pérdida de tiempo, pues no podríamos cortar algo que no conocemos ¿cierto?

– No lo había pensado así – dijo la señora mirando al profe, en una mirada que en verdad parecía indicar que había comprendido algo que la hacía sentirse culpable. Tras tomarse de las manos y darse un cariñoso beso, el abuelo continuó.

– Quisiera, querida mía – dijo mirando a la ex del profe – que nos apoyaras en esta empresa.

– Pues, siempre he apoyado a Mario, ahora con menos dudas que antes gracias a ti, pero siempre ha tenido mi apoyo.

– No, no me refiero a eso – dijo en tono paternal – tu intervención profesional podría dar un giro a esta empresa, llevándonos por caminos que no teníamos contemplados en un inicio – continuó con un tono más corporativo – Me gustaría contratarte como consultora, para que guíes a estos inútiles si es que se salen del camino.

– ¡Oye! – dijo Charle algo ofendido – el único inútil aquí es fito, que se la pasa sacándonos de nuestros esquemas.

– O sí, mi pluma – dijo el abuelo mirándome – sé que tú y yo podremos apoyar a estos inútiles más de lo que ellos creen.

– ¿Podremos? ¿abuelo, tú también? – interrogó Mary muy asombrada.

– ¡Claro! Yo también soy un científico después de todo, además no les daré mi dinero por caridad o porque crea en ustedes, en absoluto. Trabajaremos juntos en este proyecto. Además, quiero pasar mis últimos años con mi hijo y en un trabajo que me haga sentir vivo otra vez. Véanlo como mi herencia.

Después de esa comida y tras el acalorado debate, resultó que las condiciones para la inversión del abuelo serían que todos trabajáramos en familia. Por supuesto, no pretendía que la señora Mary se ocupara de tiempo completo y dejara su trabajo, pero si le pidió su intervención, bien remunerada, de vez en cuando. En mi opinión esta fue la mejor forma en que un abuelo puede entregar el dinero acumulado tras una vida de arduo trabajo, pues, no sólo apoyaría a su único hijo, sino que pasaría un tiempo más que valioso a su lado.

Capítulo 32

Adiós Mary.

– Quieres besarme ¿cierto?

Los siguientes tres días fueron una reunión familiar tras otra. No puedo creer que aquella casa que conocí como un recinto vacío se convirtiera en un lugar lleno de gente en tan poco tiempo. Las habitaciones bullían de vida, la cocina y los jardines siempre tenían a alguien: ya fuera el abuelo dando consejos, la señora Mary hablando con el profe, Charle regañándome o siendo reprendido por el abuelo, Mary y yo. De algún modo, todos estábamos conviviendo de una manera que no me hubiera imaginado nunca.

Después de todo aquello, llegaría la inevitable despedida de Mary, pues regresaba a Japón después de haber pasado algunos de sus mejores días con nosotros. Un día antes de su partida, el abuelo nos pidió que fuéramos a la farmacia para conseguirle un ungüento. Estoy seguro de que fue un pretexto para hacer que pasáramos tiempo juntos. Por la forma en que nos miraba supongo que había deducido algo de nosotros.

Llovía a cantaros y era una tarde fría de octubre. Tomamos un paraguas y fuimos en busca del dichoso ungüento que resultó no existir, al menos eso nos dijo el farmacéutico. Caminamos de regreso mientras nos resguardábamos de la lluvia dentro del pequeño paraguas. Nos desviamos al parque, era momento de decir todo lo que no habíamos dicho.

Mary y yo comenzamos a jugar en la lluvia. Ella me quitó el paraguas y corrió para que me mojara, yo la alcancé hice lo mismo. Brinqué en un charco para salpicarla. No pasó mucho tiempo antes de que los dos estuviéramos completamente empapados. Después de un rato de juegos, nos tendimos en el césped mojado y miramos las gotas de lluvia caer sobre nuestros rostros. Es una perspectiva inigualable poder ver las gotas de lluvia viniendo hacia ti, cuando te liberas y permites que la lluvia sea algopreciado, sintiendo su golpeteo en tu rostro. Fue entonces cuando me coloqué sobre ella y la miré, tapando temporalmente las gotas que caían sobre sus ojos. Ella me miró de igual forma y sin decir palabra pero con nuestro pulso y respiración agitados nos quedamos un momento así. Recordé lo que me había dicho Charle unos días atrás, sobre lo doloroso que sería todo esto. Al mirarla en verdad pude sentir dentro de mí que todo el dolor valía la pena, era perfecta. Sin embargo, no pude hacer nada, así que me aparté lentamente hasta sentarme en mi lugar y sentir las gotas golpeandome los brazos y la espalda. Entonces ella hizo la pregunta, el escucharla me hizo sentir un deseo aún mayor, pero por

alguna razón mi respuesta fue:

– Claro que quiero besarte – sin embargo, cuando respondí me sentí un tonto, pues debí haberla besado en lugar de contestar aquello. La realidad era que las palabras de Charle habían cambiado algo dentro de mí.

– Esto está mal fito – fue su respuesta.

– ¿Por qué?

– Yo, yo tengo novio y pronto cumpliremos meses, no es justo que esté así contigo, no es justo para él.

– ¿Qué quieres de mi Mary?

– Nada, es sólo que, me la paso tan bien contigo y no debería ser.

– Pues somos amigos, eso es lo que hacen los amigos, pasarla bien – creo que todo comenzaba a cuadrar.

– Pero no así, no entiendes.

– Sí te entiendo, pero creo que la que no sabe lo que quiere eres tú, quieres que te bese ¿verdad? – creo que sabía la respuesta a esta pregunta, pero también sabía que no existiría sinceridad en las palabras por venir.

– No lo sé, porque nos la pasamos tan bien. Además, no nos habíamos visto en mucho tiempo. – Sin contar que las cosas habían quedado en pausa entre nosotros, hecho que nunca le reclamé, Mary parecía más que confundida.

– ¿Qué quieres de mí? – pregunté de nuevo – ¿quieres que me comporte como un amigo únicamente?

– No creo que eso sea posible. Es sólo que esto no debería estar ocurriendo, no ahora.

– Si no puede ser buen momento ahora, quizá no debería ser buen momento nunca – contesté molesto ante el comportamiento errático de Mary.

– ¿Ves cómo no entiendes? – contestó muy molesta – pero está bien, si es lo que quieres no hablemos más de eso.

– Está bien, mejor cuéntame, ¿ya tienes todo listo para tu viaje? ¿cuándo

volverás?

– No fito, en verdad esto no está bien.

– Pero ¿cuál es el problema? Estoy dejando las cosas de lado como me dijiste, así que no hablemos más de eso.

– Está bien, tienes razón – dijo mientras se levantaba – mejor volvamos.

Cuando me levanté me pidió que le diera un abrazo. Por supuesto yo la abracé, me despedía de ella, dentro de mí en verdad me despedía de ella. En ese momento me dio un beso, un tierno y romántico beso en los labios, como aquél de la primera vez que se fue de mí. Cuando terminó, nos sonreímos y caminamos hacia el hogar, sin decir nada más al respecto.

Esa noche, después de la cena nos vimos en el jardín, el jardín donde comenzó todo. Al otro día, muy temprano por la mañana, saldría rumbo al aeropuerto para tomar su vuelo, así que sería el último momento que tendríamos juntos, por ello la miré a los ojos y le dije <<sí te quiero>>. Hablamos un largo rato, Charle me miró un par de veces desde la sala, seguramente sabía qué estaba ocurriendo. Ella llevaba un vestido azul y habíamos dispuesto velas por toda la casa para despedirla con una cena especial.

– No volverá a pasar Mary.

– Lo sé – dijo – creo que te estoy lastimando ¿cierto?

– Nos estamos lastimando mutuamente – contesté algo desalentado. Encendí un cigarrillo y la miré, tenía lágrimas en los ojos, se veía muy triste – Espero que te la pases excelente y que siempre me recuerdes, sólo lo bueno por favor – ella rió.

– No, no me quiero ir ¿sabes?

– Toma – le di mi encendedor – para que me recuerdes.

Ella lo tomó y me miró por última vez, yo apagué el cigarrillo, la miré intensamente, observé lo hermosa que se veía y le dije <<adiós>>. Sin decir nada más entre al hogar y me fui a mi habitación. No volvería a tener noticias de ella en mucho tiempo.

Capítulo 33

Fórmulas y datos.

Aquella mañana entró a mi habitación el abuelo con todo el sigilo que lo caracterizaba, yo dormía aún cuando esto ocurrió. Sin la menor contemplación fui despertado por un toque de trompeta al estilo militar <<¡levantaos que las siete trompetas del Apocalipsis claman justicia!>> gritó de un modo tal que me hizo dar un salto de la cama.

– Hombre, te haz tardado dos segundos, llegarás tarde al juicio final – dijo mientras yacía yo en un rincón a punto de un paro cardíaco y con los ojos completamente desorbitados del susto.

– ¡El que ha perdido el juicio es usted! – le grité.

– Tranquilo, vamos por partes. – contestó tranquilamente – Primero que nada, deberías tutear al sujeto que acaba de despertarte de este modo, pues no le debes respeto alguno – dibujó una sonrisa – al menos no después de los hechos acontecidos. Segundo, te vengo a decir que ya hice el desayuno, así que vamos todos porque tengo que hablar con ustedes – se frotó la barbilla meditabundo y de un modo cómico dijo – supongo que los demás ya se habrán levantado después de semejante escándalo – como si hubiera albergando la esperanza de poder hacer semejante entrada un par de veces más pero ahora con mis amigos – bueno, ni hablar, anda vamos que se enfría.

– ¿Por qué hizo esto? – le pregunté recuperando el color del rostro y tranquilizándome lentamente.

– Es la mejor forma de evitar que pierdas el tiempo. – contestó de un modo despreocupado, como si no viera maldad alguna en sus acciones – Debes saber que el fin puede llegar en cualquier momento. De este modo te estoy recordando que el tiempo que vivimos es precioso y no debe ser desperdiciado.

– No cabe duda que está loco.

– Un poco, un poco, ahora vamos, que no quiero que se enfríen – y con una risa malévolamente dijo – he preparado panqueques.

Me abrió la puerta y me indicó que saliera, yo le obedecí manteniendo en mi rostro una expresión de enojo ante tal intrusión. Cuando salí, Charle bajaba las escaleras mientras decía al aire <<loco, este sujeto está loco en verdad>> caminé hacia las escaleras y el abuelo me siguió haciendo

una marcha militar con la trompeta afianzada en su brazo derecho.

– ¡Padre! – gritó el profe desde la puerta de su habitación – ¿podrías mantener tus experimentos al mínimo? Pobre fito.

– Es la única forma en que le forjo el carácter hijo mío – luego me susurró – la próxima vez será él. Pero baja, que he preparado el desayuno – dijo nuevamente dirigiéndose al profe.

Cuando finalmente los cuatro nos encontramos sentados a la mesa, sobre la cual había una caja con panes que evidentemente habían sido comprados, el abuelo Contreras dijo.

– Sírvanse, es una receta de familia.

– Papá, son los panes que compré camino de regreso del aeropuerto – contestó el profe con ironía.

– Es cierto, y ¿apoco no eres de mi familia?

Decidimos nos discutir más con el abuelo el cual, por ratos, era totalmente intolerable. Comimos pues los panes comprados por el profe y mientras desayunábamos continuó.

– Los he reunido aquí el día de hoy porque quiero saber exactamente en qué punto del proyecto nos encontramos.

– ¿El punto? – dijo Charle con la boca llena – es que Yo ya fue creado y ahora juega cada vez mejor al ajedrez.

– Creemos que ha adquirido la capacidad de aprender de sus errores y experiencias – complementó el profe.

– Ya veo ¿y tú fito? ¿qué puedes decirme al respecto?

– No te escucho bien, un loco me ha dejado temporalmente sordo – contesté aún malhumorado.

– Bien dicho – me dijo solemnemente –. Comed hijo mío, que las penas con pan son menos. – al ver mi expresión de molestia ante sus comentarios dijo – Está bien, el motivo por el que te levanté de ese modo es porque creo que debiste haber ido a despedir a mi nieta al aeropuerto, no todos los días puedes mirar a tan hermosa criatura y si dejas que las oportunidades se pierdan puedes no tener nuevas oportunidades cuando las requieras.

– Disculpa a papá fito – dijo el profe – tiende a dar lecciones de las peores

formas posibles, sin embargo, creo que Mary quería verte esta mañana.

– Ah, el amor – dijo el abuelo en un suspiro – bueno, lo hecho hecho está, pero debes saber que a una chica no se le deja esperando.

– ¿Amor? – preguntó el profe atragantándose.

– Oh sí, el muchacho está enamorado de nuestra pequeña ¿no lo habías notado? – Si bien el profe ya sabía de nosotros, escuchar estas palabras viniendo del abuelo parecieron encender un interruptor en él.

– Creo que no me gustaría hablar de eso – dije algo incómodo.

– Lo entendemos – continuó el abuelo – pero te advierto que seguir consejos de este perdedor – dijo señalando a Charle – no te acarreará nada bueno.

– ¡Oye! – fue lo único que objetó Charle mientras tomaba otra pan, aún masticando el anterior. No pude dejar de admirar lo observador que era el abuelo.

– ¿En verdad estás enamorado de mi hija? – preguntó el profe con una ligera sonrisa, como si no le molestara del todo.

– Es complicado ¿de acuerdo? Y no me gustaría hablar de ello – <<de acuerdo>> dijeron los tres al unísono, lo que hizo que el tema quedara sanjado, al menos de momento.

– Como les iba diciendo – continuó el abuelo – vamos a hacer cambios estructurales en la forma de trabajo, así mismo, tendrán que desmantelarse todos y cada uno de ustedes.

– ¿Desmantelarnos? – preguntó intrigado Charle.

– Así es – contestó el abuelo – Es decir, tendrán que destruir esa cosa que llama cada uno de ustedes “Yo”, no puede ser todos al mismo tiempo, no cabe duda que tienen serios problemas de personalidad.

– “Yo” es una alegoría de las siglas I/O que se utilizan en computación para referirse a los ceros y unos que componen los datos procesados por los ordenadores papá – explicó el profe.

– Caray, desbordan originalidad hijos míos – contestó el abuelo en tono claramente sarcástico y con una falsa expresión de asombro.

– Y ¿porqué hemos de destruirlo? Se trata del trabajo de un año entero –

dijo Charle un tanto ofendido.

– Pues o lo hacen ustedes o lo hace él mismo, porque si mis cálculos son correctos comenzará a fallar en uno o dos días ¿cuánto tiempo lleva encendido? Por cierto.

– Tres semanas y media – contestó el profe – pero ¿de qué cálculos hablas?

– Bueno, no he realizado cálculo formalmente hablando – dijo el abuelo – sin embargo, la cosa esa que crearon no está diseñada para durar – ante esta aseveración del abuelo, mis amigos tomaron una postura defensiva, y cuando notaron que yo no participaba de la defensa me cuestionaron mi pasividad.

– Yo creo que tiene razón el loco este – dije contestando a sus interrogatorios.

– ¿A qué te refieres fito? – preguntó Charle – ¿En verdad vas a permitir que cuestione nuestro trabajo?

– A eso me refería – contestó el abuelo – ¿ven la sinceridad que se obtiene de alguien cuando pierdes su respeto? Prometo que ya no te haré pasar malos ratos hijo mío.

– Pues, creo que no pasará mucho antes de que el sistema se sature o las respuestas se vicien. – continué – El problema que he notado es que sigue trabajando de modo casi aleatorio y, aunque forme nuevos caminos no parece seguir una lógica, sino que toma lo que ve ante sus ojos, por decirlo así, y lo hace suyo. Pero la realidad es que no está pensando, está siguiendo un algoritmo que lo condiciona a elegir un camino sin meditar la respuesta.

– Es correcto, es correcto. – dijo el abuelo asintiendo con la cabeza – Lo que pude deducir es que su sistema almacena una cantidad cada vez mayor de información y esto sólo puede tener dos posibles resultados: o colapsa por la cantidad de información, o previeron esto y le están quitando datos antiguos, que seguramente extrañará. De cualquier manera llegará un punto culminante de información y dejará de ser útil.

– Y ¿cuándo te diste cuenta de esto fito? – preguntó el profe.

– La tarde que debatíamos con su ex profe. Cuando el abuelo mencionó las fórmulas como explicaciones del universo me hizo notar que nosotros no estábamos creando fórmulas en Yo, sino que estábamos condicionando un cálculo específico. Sonará loco, pero pensé que en lugar de almacenar y modificar resultados, debíamos almacenar y modificar fórmulas, de tal modo que cuando una posición en el tablero atravesase una red de fórmulas

el resultado sea inferido casi de la misma forma en que una órbita se infiere cuando se colocan dos cuerpos juntos en el espacio. Bueno creo que tengo que afinar mejor la idea, pero algo así pensé.

– Este sujeto es un genio – dijo el abuelo – hasta me recuerda a mí. Es correcto lo que dices fito, la inteligencia artificial no debe contener una inmensidad de datos, sino que debe ser sencilla y elegante, como ocurre con las mejores fórmulas. Lo que implicaría crear un sistema que infiera fórmulas mediante la experiencia; debe construirlas, cambiarlas y mejorarlas según los parámetros de entrada y las respuestas de salida.

– Me gusta lo que están diciendo – contestó el profe muy asombrado – me gusta mucho.

– Yo no entiendo – dijo Charle – actualmente Yo recibe posiciones en el tablero ¿de acuerdo? Y con base en la posición, sigue un camino en una gráfica ¿cierto? La cual lo llevará a la posición óptima y de dicha posición óptima infiere su siguiente movimiento. Lo que están diciendo es que...

– Que no debe existir una gráfica ni una posición – interrumpió el profe – sino que debe realizar una sucesión de cálculos que, casi de forma inmediata, den un movimiento correcto ¿en qué estábamos pensando?

– Muchachos, ya me dio sed – el abuelo se levantó y fue por una botella de vino.

– Pero si son las diez de la mañana – interpeló el profe.

Capítulo 34

Luces, cámara y ...

<<Al parecer el abuelo es un especie de sátira ambulante. Sus acciones y comentarios dejan mucho qué desear, si de modales hablamos. Siempre mantiene un toque que, de alguna forma, termina por intrigarme. Mientras parece que no tiene ningún sentido su comportamiento, te va llevando lentamente a un punto en el que comienzas a dudar de tu juicio inicial.

El abuelo resultó ser un afamado físico. Es común para él recibir correspondencia de las más altas esferas, donde agradecen su aportación a tal o cual proyecto para el que utilizaron alguna de sus publicaciones en revistas científicas. Quizá por eso no parece preocupado por el dinero, pues en la mayoría de los casos éste llega solo. De ningún modo busca lucro en sus investigaciones. Contrario a esto, parece más preocupado por encontrar algún otro asunto en qué ocuparse antes que mantenerse con algún trabajo en particular. Por ello, supongo que nuestra aparición le resultó ventajosa y atractiva.

Tengo entendido que conocía con antelación la incursión de su hijo en la Inteligencia Artificial, sin embargo, como es costumbre en el abuelo, decidió participar en el trabajo del profe en este momento, ni un día antes ni un día después y, dada su capacidad de análisis e inventiva, supongo que dentro de sí tiene un motivo oculto para haber finalmente decidido integrarse con nosotros. Algo habrá visto que le hizo pensar que nuestro trabajo podía ser prometedor o, como él mismo dijo, sólo quería pasar tiempo con su hijo. Tratándose de él ninguna opción es segura.>>

Yo nunca he llevado un diario, pero, eran tan extrañas las interacciones con el abuelo que en aquella época comencé a escribir lo que pensaba. Quise mostrarte esto, mis primeras perspectivas de él, para que vieras la evolución que tuvimos durante nuestra convivencia y comprendieras lo que ocurrió como yo lo vi en aquel tiempo.

A su llegada, el tema del dinero se esfumó de golpe, de hecho, bajo mi almohada comenzó a aparecer semanalmente una cantidad de billetes nada despreciable. Cuando intenté hablar de esto con él, levantó la mano a modo de detenerme y dijo <<!no, no me hables de dinero!>> no estoy seguro, pero supongo que el profe le habrá hablado de mis necesidades o él las notó como solía hacerlo. Así mismo, tenía la costumbre de ir de compras cada que notaba que faltaba algún artículo y siempre teníamos que ir los cuatro juntos. De este modo se comenzó a hacer una tradición la visita al supermercado, donde comprábamos como niños, pero en lugar

de juguetes o dulces, le presentábamos: un vino <<échalo al carro>> decía; unos puros <<échalos al carro>> él era aficionado a los puros y la pipa; una lechuga <<no me vengas con...>> no era tan aficionado a los vegetales. En fin, se hizo tradición de igual forma, que Charle y yo tratáramos de molestarlo a cada momento, y el profe por su lado, tenía ese espíritu estoico y lleno de admiración y respeto para con él.

La forma de trabajo también cambió de manera drástica, pues como físico que era, no permitía ideas sin demostraciones o comentarios sin fundamentos. Del mismo modo en que se dirigió a la señora Mary en aquella comida familiar, tenía la costumbre de ejemplificar cada tema con parábolas, eso sí, acompañadas de oprobios si, según su perspectiva, lo ameritaban.

– ¡Charle! – comentó el abuelo unas semanas después de iniciado el trabajo con él. Habíamos vuelto a la fase de análisis del sistema – dime los factores que componen las fórmulas del movimiento.

– Distancia, velocidad y tiempo – dijo Charle muy feliz consigo mismo.

– Excelente – respondió – ahora olvídalas, esas tres cosas tienen tan poco qué ver con un “movimiento” de ajedrez que nos hacen pensar en lo prostituido que está el lenguaje. La fórmula que describa la respuesta de una computadora a un movimiento en el tablero debe considerar factores importantes, igual que lo hace la fórmula del movimiento en física, pero ¿cuáles son?

Un movimiento de ajedrez no tiene ninguno de esos factores, sin embargo, el abuelo lo escribió en el pizarrón de este modo:

- Velocidad – ¿qué piezas me han comido?
- Tiempo – ¿puedo ganar?
- Distancia – ¿me pueden ganar?

$V = D/T \Rightarrow$ Piezas comidas = Me pueden ganar/Puedo ganar

$T = D/V \Rightarrow$ Puedo ganar = Me pueden ganar/Piezas comidas

– ¿Qué les parece? – nos preguntó una vez que terminó.

– A mi me parece demasiado subjetivo – contesté.

– ¡iiiPluma!!! – me gritó – deja que contesten estos inútiles.

– Papá, por favor deja de jugar con nosotros ¿a qué va todo esto? – preguntó cansado el profe.

– No me llames <<papá>> de hoy en adelante soy <<profesor Contreras>>

– Ya basta – respondió el profe – no podemos avanzar si insistes en inmiscuirte de ese modo en nuestro trabajo.

– Creí haber dejado bien claro que la única forma en que confiaré en que hagan un buen trabajo es inmiscuyéndome a fondo – ante esta respuesta el profe se dio por vencido y dejó que el abuelo terminara lo que había empezado.

– Como iba diciendo – continuó después de las interrupciones – esto es una total pérdida de tiempo ¿cierto Charle?

– Lo es, no cabe duda – contestó en tono de agotamiento.

– ¡Pues no lo es! – gritó, para acto seguido ir al pizarrón y desparramar plumón por todos lados como si estuviera poseído. Mientras escribía fórmulas todos nos miramos desalentados, sabiendo que no teníamos salida. Si queríamos el dinero teníamos que soportar al abuelo.

Pasaron así algunas horas, durante las cuales terminamos por abandonar al abuelo para dedicarnos a realizar nuestras actividades cotidianas. Charle arregló sus trajes, lustró sus zapatos y estuvo en las redes sociales. El profe se empeñó en interpretar los errores de Yo tomando como referencia los comentarios vertidos por el abuelo. Yo me senté en silencio en la sala y durante un rato vi al abuelo sufrir con sus conjeturas, después tomé mi libro del Congreso de Futurología y leí mientras pasaban las horas.

De vez en cuando levantaba la mirada para ver los progresos y lo que encontraba era intrigante. Al principio dibujó un tablero de ajedrez, lo llenó de manchas y números, contabilizando las posibles posiciones en que podía caer una pieza. Dibujó cada una de las seis diferentes piezas y a cada una le asignó dos dígitos. Uno indicaba su posición inicial y otro las posibles casillas donde podía posarse. Así por ejemplo, al quinto peón le puso los números (5,39), pues ese peón puede pisar únicamente 39 casillas en las diferentes posiciones existentes, a las cuales puede llegar comiendo otra pieza o avanzando en línea recta. Lo interesante es que a los caballos les asignó (10,64) y (15,64) indicando que ambos caballos podían recorrer el tablero por entero, hecho que no había considerado jamás.

Al pasar de los días y por extraño que parezca, el abuelo fue convirtiéndose gradualmente en parte de la rutina. Dejó de actuar como lo

hacía, de hecho, se volvió completamente serio y antisocial. Sólo se le veía en el pizarrón, hojeando apuntes, meditando y paseando por la casa, pero ya no hablaba, sólo contestaba monosílabos, comía, bebía y fumaba.

Una mañana, para la cual ya habrían pasado tres o cuatro días de su actuar extraño y meditabundo, bajé de mi habitación y lo hallé recostado en el sofá mirando hacia el techo sin hacer nada en particular. Cuando lo saludé salió del trance y me dijo:

– ¿Te das cuenta pluma?

– Soy fito – le corregí.

– No tiene sentido, lo que estoy haciendo no sirve de nada – continuó sin prestar atención a mi corrección y mirándome con asombro.

– Pues a mi me suena lógico utilizar fórmulas para describir los movimientos – indiqué.

– No.... no tiene sentido – dijo para no volver a decir palabra durante otro par de horas.

Nos encontrábamos en la cocina, el profe había insistido en que preparáramos la comida, así que Charle y yo actuamos de pinches.

– Me preocupa el abuelo – le dije – creo que no es normal que cambie así su comportamiento.

– De hecho es normal para él – respondió Charle – es un viejo muy extraño, ya te había dicho.

– Así es papá, algo trae entre manos ¿verdad padre? – la pregunta la dirigió al abuelo que yacía recostado en el sofá como lo había dejado dos horas antes.

– ¡Eureka! – gritó el abuelo – ¡Ya sé cual es el error!

– ¿Lo ves fito? – apuntó el profe.

Aún después de semejante aseveración, pasaron otro par de horas para que nos revelara sus pensamientos, pero como siempre lo hacía, estos fueron expuestos de maneras extrañas. Mientras comíamos los cuatro, el abuelo interrumpió el silencio diciendo:

– Fito ¿me pasas la sal? – ya era ventajoso volver a tener un nombre.

– Interesante – dijo cuando le pasé la sal. Yo estaba comiendo y leyendo en silencio, así que para cumplir su petición despegué ligeramente la

mirada de mi lectura, únicamente para asegurarme de no errar.

– Charle, la pimienta – solicitó.

– Pero si está frente a ti Contreras – contestó Charle, y era cierto, pues estaban sentados en lugares contiguos.

– Pero la viste – continuó el abuelo.

– La estoy viendo – indicó Charle – eres muy perspicaz anciano.

– Excelente. Hijo ¿me das las papas? – insistió en sus solicitudes.

– Claro padre – el profe se levantó, tomó las papas y se las acercó.

– Muy bien – dijo finalmente el abuelo – está decidido. Es imposible describir las acciones con fórmulas, ese es el error.

Capítulo 35

¿Será posible?

Después de los hechos acontecidos en los días previos, el abuelo regresó gradualmente a su comportamiento habitual, sin embargo, parecía cambiado en algunos aspectos. En una ocasión, incluso el profe se mostró preocupado diciendo <<nunca había visto al abuelo tan feliz>>. Después de sus trabajos, en los cuales parecía haber fracasado totalmente, no se le veía descontento o triste, sino feliz, completamente feliz. Si tuviera que describir en una palabra lo que aparentaba ésta sería plenitud.

Sin embargo, lo que nos causaba preocupación no era el hecho en sí de su cambio brusco a la felicidad, sino que comenzó a estar más extraviado que nunca. Ahora sólo te hablaba cuando le apetecía y de vez en cuando hablaba sin dirigirse a nadie en particular, pues a pesar de que lo que decía parecía dirigido a nosotros, siempre tenía un tinte de lejanía. Se le podían escuchar frases como <<no se los voy a decir, porque no lo entenderán>>, <<que bueno es saber tantas cosas que desconocen>> o <<no lo lograrán y yo sé porque>>. Lo que más comenzamos a temer fue que se perdiera completamente. En muchas ocasiones se mostraba distraído, parecía que todo cuanto veía era visto con nuevos ojos y todo lo considerara único.

En una ocasión decidimos que era suficiente, que el abuelo no se encontraba bien y que tenía que recibir ayuda, sin embargo, mientras pensábamos aún en qué tipo de apoyo solicitar para él, ocurrió algo muy extraño.

Aquella mañana lo encontramos preparando el desayuno, totalmente tranquilo y tarareando una melodía, cuando nos acercamos con actitud precavida, al notar nuestra presencia nos dijo:

- Amigos, por favor siéntense, he preparado el desayuno.
- Papá ¿te encuentras bien? ¿sabes quién soy? – preguntó el profe, intrigado ante la aparente recuperación.
- No estaba bien, pero ahora estoy... mejor – contestó en un tono un poco inseguro – ahora bien, deben saber que he comenzado a entender algunas cosas, cosas que quizá no entenderán. Aún así, he llegado a la conclusión de que para poder salir de mi burbuja, debo decir aquello que descubrí en mis investigaciones sobre las fórmulas aplicadas a la inteligencia artificial y que en muchos sentidos no les quiero o mejor

dicho, no les quería revelar.

– ¿Esto quiere decir que vuelves a ser el viejo extraño de siempre? – preguntó Charle.

– No... estoy seguro – dijo algo dubitativo – miren, lo mejor será ir poco a poco, así que comenzaré por lo que descubrí.

– Suena bien abuelo – dije mientras me sentaba feliz de ver que el desayuno estaba listo, pues moría de hambre en ese momento.

Cuando nos encontrábamos desayunando y mientras el abuelo nos miraba un poco consternado, note que cambiaba su cara a una sonrisa cuando alguno de nosotros lo miraba, lo cual me pareció muy extraño, sin embargo, continuó su explicación.

– He decidido apoyarlos en la medida de lo posible. – dijo tranquilamente
– Lo primero que deben saber es que continuaré auspiciando su empresa. Lo segundo que deben saber es que sé que no tendrán éxito.

Tras decir estas palabras todos dejamos de comer para mirarlo sorprendidos. Nunca nos habían dicho semejante cosa y menos alguien tan inteligente y analítico. Lo más raro de aquellas palabras era lo difícil que parecían para el abuelo, como si fuera un secreto que no debiera ser revelado. Por momentos comenzó a mirar hacia todos lados, como contemplando la casa o buscando algo, entonces pareció tomar control y continuó.

– Sé que les sorprende esto, sin embargo, no puedo explicar más allá de lo que les he revelado, porque creo que no sería... prudente.

– Caray Contreras – contestó Charle – esto sí me desconcierta, me gustaría que no dijeras esas bromas porque me haces sentir extraño ¿no podrías ponerlo en una parábola como sueles hacerlo?

– No, eso sería aún menos prudente según mi teoría.

– ¿Y qué teoría es esa? – pregunté.

– Creo que ya estoy entendiendo a papá – dijo el profe algo consternado – creo que debemos seguir sus instrucciones y dejar de cuestionarlo, será lo mejor.

– Así es hijo, lo que deben hacer es continuar con su trabajo, si todo sale bien, tendrán oportunidad de ver lo que he visto.

– ¿No te estarás equivocando Contreras? – preguntó Charle.

– Sí, así es – contestó el abuelo como si se le hubiera ocurrido una idea – puede que me equivoque, así que lo que deberán hacer es demostrarme lo equivocado que estoy. Eso es, su trabajo será crear la inteligencia artificial para mostrarme mi error.

No se dijo mucho más durante aquél desayuno, tras el cual, decidí salir a caminar al parque, para pensar y tranquilizarme. Sentía que no podía descifrar lo que se había revelado.

Mientras paseaba comencé a pensar en Mary y en el regalo que le había hecho. Recordé los consejos del abuelo y los de Charle, y me di cuenta que hay cosas en la vida que no pueden ser previstas. Me pareció claro que ambos tenían un poco de razón en sus observaciones. En la vida podemos escuchar miles de puntos de vista objetivos, pero uno mismo es quien decide qué es verdad y qué no lo es, y como la caja de Schrödinger, hasta que se abre, hasta que se toma la decisión, nos podemos dar cuenta de si algo estaba bien o mal. Por tanto, Mary y yo estábamos profundamente enamorados el uno del otro y nos despreciábamos completamente al mismo tiempo, ni más ni menos.

Mientras me encontraba absorto en mis pensamientos, imaginé que Charle llegaría en cualquier momento para hablar de lo que había dicho el abuelo, sin embargo, casi cuando había perdido la esperanza de que mi amigo apareciese, el profe me encontró. Me miró a lo lejos y se acercó lentamente hasta donde me encontraba, se sentó a mi lado y me ofreció un cigarrillo.

– Vaya día ¿verdad? – fue su saludo.

– ¡Vaya año! – contesté en tono irónico – ha sido extraño en verdad profe.

– Te preguntaras si sabía que esto se iba a poner tan extraño cuando fuiste a verme hace un año – me dijo – y lo cierto es que no, yo pensé que todo sería más simple.

– ¿Sabe? A mí me gusta que sea extraño – contesté – le da un sabor mucho más interesante a nuestro trabajo.

– Nuestro trabajo – comentó con un aire de melancolía. Se quedó mirando al horizonte; mirando a los niños jugar; luego miró hacia el cielo y dijo – va a llover otra vez.

– Si, parece que si – noté que algo le preocupaba, noté que nuestro

trabajo le preocupaba – Profe ¿pasa algo?

– Fito ¿tienes fe?

– No creo en dios.

– No, me refiero a si crees que lo lograremos – agachó la cabeza y cuando la levantó dijo – yo cada día pierdo más la fe. Tú siempre has demostrado ser el más ingenioso de los tres, y si te he de ser sincero eso me ha dejado asombrado desde el principio, no cabe duda que eres el más inteligente de todos ¿puedes decirme si has notado algo que nos impida lograr nuestro propósito?

– ¿Como el abuelo?

– Sí, mi papá es la persona más inteligente que conozco, por eso no pasaría por alto nada de lo que dice ¿tú qué opinas? ¿tiene razón?

– Pues...

– Vamos, dilo por favor – me suplicó – no me ocultes lo que haz descubierto, tenemos que ser completamente abiertos.

– Pues – creo que sí tenía algo que decir, pero no lo había notado hasta que el profe lo preguntó de ese modo – no sé si será posible o no crear la inteligencia artificial, pero, creo que sé a qué se refiere el abuelo y si tiene razón no será posible lograr nuestro propósito.

– ¿Qué vio el abuelo fito?

– Bueno – dije algo dudoso – no sé en qué está pensando, pero se me ocurrió que ha visto algo que nos puede detener por completo y creo que yo también lo estoy comenzando a ver – el profe no dijo nada, no me interrumpió, muy por el contrario escuchó ávido lo que estaba diciendo, así que continué – Lo que noté cuando vi trabajar al abuelo fue que existe algo que no podemos pasar por alto ¿Se ha preguntado cómo sería estar encerrado en una computadora? – el profe tomó mi pregunta como retórica y me instó a continuar – pues si me encerraran a mí en un cubo oscuro, y frente a mis ojos apareciera únicamente la visión de un objeto luminoso, con formas y colores, y viera movimiento y notara que puedo hacer movimientos yo ¿qué ocurriría con el paso del tiempo?

– ¿Te refieres al ajedrez? A ¿Si no supieras lo que es o cómo jugar? Supongo que aprenderías después de un tiempo aún cuando no recibieras ningún otro tipo de interacción.

– Así es, pero para aprender utilizaría un sin fin de recursos. Me daría cuenta que tiene lógica lo que está pasando porque he visto antes que así

son las cosas. Pensaría en acción y reacción; pensaría en victoria y derrota; me armaría de todo cuanto sé para descifrar el problema que tengo ante mis ojos, es decir, necesito experiencias de vida para comprender cómo jugar, cómo ganar y cómo aprender.

– Tendrías que ser un ente experimentado – dijo comprendiendo mi razonamiento.

– ¿Qué pasaría si hacemos el mismo experimento con un niño pequeño? ¿Aprendería a jugar?

– Seguramente sí.

– De hecho lo haría, sin embargo, él tiene una ventaja que nuestro sistema no posee. Él tiene un cerebro con capacidades infinitas, con una estructura tan compleja y completa que le enseñará a interactuar con nosotros desde el tablero, incluso, podría intentar comunicarse con nosotros estando ahí encerrado y utilizando aquellos recursos que tiene a su disposición.

– Que es justo lo que queremos hacer.

– Sí, pero él tiene un entendimiento del yo, tiene un consciente, preconsciente e inconsciente ¿cómo podemos hacer eso? Tiene memoria a corto plazo y memoria a largo plazo, tiene instinto, inventiva e imaginación – el profe asintió, así que continué – Tiene sentimientos y aspiraciones.

– En pocas palabras es un ser humano.

– En pocas palabras es algo que no comprendemos.

Después de estas palabras, nos quedamos sentados un largo rato, ya no dijimos nada más y por un tiempo sólo estuvimos mirando el paisaje, fumando y meditando. Cuando el sol comenzaba a ponerse en el horizonte las nubes se habían disipado, permitiendo ver el atardecer en todo su esplendor.

– Fito – dijo el profe sin dejar de mirar al horizonte – tengo una idea.

– Y ¿qué idea es esa? – pregunté bastante intrigado.

– ¿Qué pasaría si nos vamos de viaje? ¿Recuerdas cuando ya no sabíamos qué hacer? Nos fuimos en el auto y terminamos en un páramo desolado donde todo comenzó a tomar forma de nuevo ¿crees que eso sería bueno otra vez?

- Pues yo soy materia dispuesta profe, sólo que...
- El dinero no tiene importancia. Vamos, será divertido, tomemos unas vacaciones. Es la única manera de despejar la mente y comenzar de cero ¿qué dices?
- Y ¿adónde iremos? - después de mi pregunta vi en los ojos del profe cómo se materializaba una idea loca.
- ¿Te gustaría ver a Mary?

Capítulo 36

Pasado, (lo realmente importa) y futuro.

Salir del país es más difícil de lo que parece. Tramitar el pasaporte resulta ser una verdadera odisea y más cuando tus papeles no parecen estar en regla. Aún así, y después de dos meses de trámites y contrapunteos nos encontrábamos alistando los menesteres para el largo viaje que había planeado el profe para nosotros. Cuando Mary supo que iríamos se puso muy contenta, o al menos eso me escribió. Decía que tenía mucho que mostrarme y que la gente ahí era muy interesante y abierta. En una semana recibí un compendio de correos donde aventuraba sus perspectivas y vivencias.

En aquella época, recuerdo que la casa se veía diferente, era como estar de fiesta. Todos los días recibíamos a alguien nuevo. Cuando los familiares se enteraron del viaje, en el cual por supuesto nos acompañaría el abuelo, no dudaron en visitar. Si he de ser sincero me pareció un poco extraña la forma en que se presentaban. Aparentaban estar muy interesados en el abuelo, sin embargo, juraría que también les interesaban cosas como la herencia, pero bueno, qué sé yo.

– ¡Charle! – durante la elaboración del equipaje mi amigo y yo parecíamos niños pequeños de la emoción que nos embargaba, así que le gritaba desde mi habitación para preguntar sobre lo que llevaría – ¿empacarás mucha ropa?

– ¡Para nada! – contestó – ¡estoy alistándome para hacer una tarde de compras, seguramente habrá mucho que comprar allá!

El desapego del abuelo al dinero me había permitido ahorrar lo suficiente para sentirme con el poder adquisitivo necesario para el viaje. Además, ya había sido pagado mi boleto, el alojamiento y cualquier otro elemento que me fuera menester, así que mis preocupaciones financieras habían sido olvidadas por completo.

– ¿Qué gritos son esos? – dijo el abuelo entrando a mi habitación y llevando en ambas manos sendas tazas del chocolate que había preparado la esposa del profe, y digo <<esposa>> porque en aquellos días parecían como un matrimonio normal. En principio, ella iría con nosotros al viaje, además había pasado las últimas semanas en casa con nosotros, supongo que las cosas comenzaban a tornarse más agradable para todos.

– Perdona abuelo – contesté tomando la taza que me extendió – es debido

a la emoción.

– ¿Emoción dices? – dijo algo intrigado – ¿tanto así quieres ver a mi nieta?

– Bueno, no es eso – pensé un momento y cuando iba a continuar interrumpió.

– Es porque nunca has salido del país ¿verdad?

– No precisamente – cuando lo preguntó sabía que era verdad, pero había algo más que me gustaba demasiado de todo aquello, sin embargo no sabía qué era o cómo explicarlo.

– Si un gusano sale de una manzana podrida y encuentra una nueva, madura y recién caída del árbol ¿experimentaría lo que sientes?

– No – era justo lo que sentía.

– Claro que si – contestó el abuelo muy seguro de sí mismo – Es solo que temes que en vez de <<pluma>> te diga <<gusano>>.

– No se te escapa nada abuelo – dije entre carcajadas, pues había comprendido completamente mis pensamientos.

– Maldita sea abuelo – dijo Charle desde la puerta de mi habitación – ¿a mí no me has traído chocolate?

– No te lo mereces mantecoso – contestó el abuelo en tono jocoso – además sólo quería compartirlo con mi nieto – no puedo explicar con exactitud cómo ocurrió. Habrá sido durante el año que pasó y de manera muy gradual, pero cuando el abuelo dijo esas palabras fue la primera ocasión en que noté que no sonaban extrañas.

– ¿Nieto? – dije intentando sonar extrañado.

– No me vengas con eso, te conozco bien y sé que no eres un mustio fito – contestó el abuelo – así que no hagamos como que no nos entendemos o me harás reconsiderar el ya no llamarte <<pluma>>.

– Me callo pues – contesté rápidamente. Sabía a qué se refería y sé que soy bastante cínico, sin embargo, el tema de la familia era para mí algo mucho más serio que cualquier otro.

– Te acusaré con Mary, Contreras, y verás cómo te da un buen sermón.

– No será necesario – dijo la esposa del profe entregándole a Charle un

taza de su chocolate – ¿ya tienen todo listo fito?

– Casi, la verdad no sé qué llevar.

– En realidad no tiene cosas. Este muchacho es más desapegado a las pertenencias que un monje. – intervino el abuelo – No lleves nada hijo, todo lo necesario llegará tarde o temprano – con el abuelo no se sabía si hablaba de equipaje, dinero o la vida en sí. Realmente creo que siempre hablaba de todo a la vez.

– Estoy muy emocionada – dijo la señora Mary – veré a mi hija y será el primer viaje en familia ien años! Nos irá muy bien estoy segura.

– Además de conocer el país nipón – complementó Charle.

– Oh sí – interrumpió el abuelo, y entre carcajadas dijo – muero por comer fugu.

Estábamos listos para salir a la mañana siguiente. Con las maletas hechas y la casa en silencio. Mientras transcurría la noche me di cuenta que no podía conciliar el sueño, pues sentía dentro de mí una suerte de emoción y preocupación. Bajé al jardín para fumar un cigarrillo. Mientras pensaba en lo que me preocupaba me tomé muy en serio el dilema en que nos encontrábamos y pensé por un momento <<¿y si no lo logramos?>>. Un estremecimiento me recorrió el cuerpo. Sentí que había dado con la raíz de mis miedos. La sola idea de fallar me ponía muy nervioso y fue en ese cabildeo que encendió la luz el abuelo y salió al jardín conmigo.

– Que la falla no te preocupe – dijo como leyendo mis pensamientos – todos fallaremos, es un hecho de la vida.

– Pero no cumpliría con mi deber aquí.

– Y ¿qué deber es ese? ¿crees que todo lo que tienes en este momento está condicionado al éxito? En ocasiones la preparación se disfruta más que la culminación. Cuando eres viejo te das cuenta que no importó el punto al que llegaste, sino el camino que recorriste, creí que ya lo sabías, pareces muy listo. Si me lo preguntas a mí, parece que has cumplido con tu deber al ver lo felices que están todos a tu alrededor. No es por tu causa, claro, pero sin ti la ecuación no tendría el mismo resultado.

– ¿Si descubres que no puedes hacer lo que te piden es un deber moral decirlo?

– Si descubres que no puedes hacer lo que te piden, haces lo que puedes hacer.

- Renunciar no sería una opción entonces.
- Ten cuidado con lo que deseas, porque se puede volver irreal.
- Entonces no lo lograremos ¿cierto?
- Lo que más importa no es conseguir lo propuesto, sino, qué consigues intentándolo. ¿Haz pensado que si no logran una inteligencia artificial pueden lograr algo de cualquier forma?
- ¿Como qué?
- Dependerá del esfuerzo que hagan.
- Pensaré en eso.
- No pienses, pensar hace daño a la mente, actúa y espera ver qué ocurre.
- Esto se volvió muy filosófico abuelo – dije notando que ahora sólo contestaba con proverbios.
- Si, lo sé – dijo mientras miraba hacía arriba, como posando, luego continuó con – es que no pude evitar molestarte cuando vi lo preocupado que estabas – y comenzó a reír – no te tomes todo tan en serio nieto, deja la seriedad para los viejos, ya me ves a mí, tómame como ejemplo.
- Si claro – ironicé.
- Bueno te quería mostrar que para todo lo que pienses habrá una respuesta llena de sabiduría para que dejes de pensar en ello ¿no te da una lección ese hecho? Pareciera que si hemos descubierto algo en todos estos años de ideas y filosofía ha sido que pensar en el pasado o futuro realmente es lo más tonto que podemos hacer.
- Eso es verdad.
- Pues bien, es el cliché más grande de la humanidad y sin embargo, seguimos sintiendo alivio al llegar a esa conclusión.

Después de esa charla con el abuelo logré dormir sin mayor problema. Me di a la tarea de no pensar en nada, ya que era lo más sano y el mejor consejo que podía tomar. Además, pensar en el tiempo, es perderlo. Qué irónico. A la mañana siguiente salimos rumbo a Japón y decidí disfrutar de esas vacaciones como si fueran las últimas de mi vida. O mejor dicho, como si mi vida comenzara nuevamente, a partir de ese instante.